intervalo

PUBLICACION PARA ADULTOS



PRECIO: 25 PTAS.

Nº 311

EXTRAORDIN[...]IO

D.E.S.P.L.A., S.L. Reg. Import. Nº 358

12 NOVELAS COMPLETAS





IORST BUCHOLTZ

EL GRAN VALS



MARCELLO MASTROIANNI

LIZA, UN AMOR PARA LA ETERNIDAD

2 SUPERPRODUCCIONES A TODO COLOR ®

álbum de obras gráficas completas

intervalo ALBUM

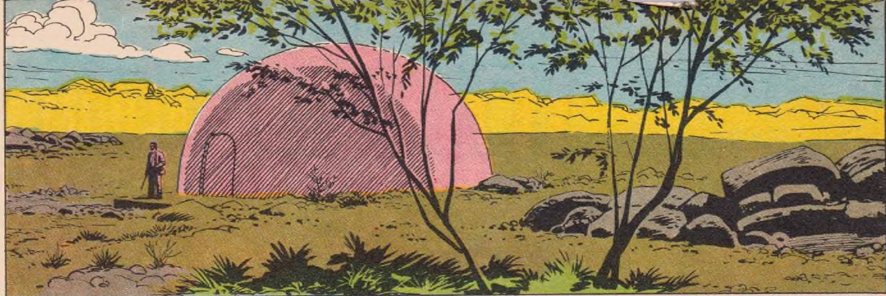
AÑO XXIV Nº 311

EXTRAORDINARIO



ÍNDICE

T 160



LIZA, UN AMOR PARA LA ETERNIDAD



Una magnífica película, maravillosamente fotografiada en las islas del Mediterráneo y en París, interpretada por Catherine Deneuve y Marcello Mastroianni como sólo ellos saben hacerlo y dirigida con genio, de modo que transmite el íntimo mensaje del amor, por Marco Ferreri.

Una magnífica película en la que hasta Melampo, el perro, "dice" su parte en el argumento pleno de tensión, de pasiones..., de amor.

Una magnífica película que dedicamos especialmente a nuestros lectores con la seguridad que serán satisfechas todas sus exigencias.







LIZA, UN AMOR PARA LA ETERNIDAD

Una película TRANSOCEAN,
dirigida por Marco Ferreri.
Adaptación: Paula Marín.
Dibujos: García Seijas.

REPARTO

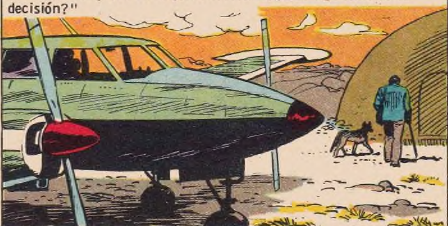
LIZA *CATHERINE DENEUVE*
GIORGIO *MARCELLO MASTROIANNI*
NINA *CORINNE MARCHAND*
MICHEL *MICHEL PICCOLI*


N1641
ERNESTO R. GARCIA SEIJAS
9894

"¿Estás resuelto, Giorgio? ¿De veras quieres irte a vivir a la isla? Sabes bien lo que es aquello, ¿no?"



"¿Estar solo? ¿Quieres estar solo? ¿Por qué? Aquí, en París, lo tienes todo: un oficio que te produce buen dinero, la casa que fue de tus padres y que tú mejoraste... Nina. ¿Qué dice Nina de tu decisión?"





Los perros sólo hablan en los dibujos animados. Y es justamente eso lo que él hacía antes, en París.






Con la misma expresión de asombro que tú, Michel, se quedó mirándome en silencio, esperando. Creía, acaso, que faltaba algo más.
E.R.A.S.


Y no se equivocaba. Porque enseguida agregué, pegando mis labios a su mejilla: "Y no me voy a morir porque estoy segura de que vas a regresar pronto. . ."


Eso está mejor, Nina.


Resta todavía una cosa: lo que yo pienso de Giorgio. ¿Quieres saberlo, Michel? ¿Te interesa?
Soy su mejor amigo. Además, el productor de sus obras. Habla.


Está loco, o a punto de estarlo. El último tiempo no salíamos a ninguna parte. Venía aquí, al estudio que instalamos en mi casa, pasaba las horas dibujando, y a veces. . .


. . . lo advertía con los ojos clavados en mí. Fijos, indescifrables. Tengo miedo, Michel. Solo, en la isla, es capaz de cometer una tontería.


"No cometas una tontería, Giorgio", fue lo último que me dijo Michel cuando me prestó su avión y me dio las llaves de su cabaña. ¿Te das cuenta, Melampo?


Yo me limité a sonreír, pensando en algo que no le dije: "¿Es una tontería buscar la soledad para sentirse libre de culpas?"


No tardaré en ir a verlo, Nina. En cuanto mis asuntos me dejen un par de días, volaré a Córcega, y desde allí alquilaré una lancha para llegar a la isla.


¿Qué haces aquí arriba, sola? ¡Baja y únete a la fiesta! ¿Me oyes?


Contesta, Liza. ¿Qué pasa contigo hoy?
No pasa nada, André.



Vamos, vuelve conmigo. Necesitas un trago y escuchar alguno de los graciosos cuentos de nuestro amigo...

¡Suéltame! Lo que preciso es estar sola.







No encendió la luz cuando las sombras ganaron el camarote. Por el ojo de buey entraba una difusa claridad; alguna estrella desolada recorría fugaz el círculo que demarcaba. Por fin se asomó y vio aquello.












¿No puede usted dormir, mademoiselle?
Así es. Me preocupa aquella luz que se ve lejos, en medio de la silueta de lo que parece una isla.


Es realmente una isla. Pero inhóspita. ¿La luz? Algún ermitaño o un fugitivo. Antes del alba estaremos en Córcega. Habremos de buscar amparo en un puerto porque el cielo anuncia tormenta.


Bajó otra vez a su camarote. Cuando regresó traía su maleta y unos billetes que mostró al timonel.
¿Son para mí si hago algo por usted? ¿Qué, mademoiselle Liza?


Ayudarme a bajar al mar uno de los botes salvavidas luego de acercarse a la isla. ¿Qué dirá mañana cuando noten mi ausencia? Que yo se lo ordené, monsieur.


Y que usted obedeció, porque consideró que la amiga del dueño del yate tiene ciertos derechos... ¡Au revoir! Olvídese del sitio al que voy.
(Una verdadera locura. Pero no puedo impedírsela.)


Pronto se desatará la tempestad, Melampo. Soplará el viento y el mar rugirá enloquecido. Estaremos seguros aquí.


Pero..., ¿adónde diablos vas ahora? ¿Tienes miedo? ¿Te alteran los ruidos? Son las voces del viento, amigo mío.
GUAU
GUAU


¡Esa bestia va a despedazarme si no la contiene! ¿Me oye usted?


Ordenó silencio a Melampo y el perro obedeció a duras penas. Desde el principio quedó establecida la oposición entre el animal y la intrusa.
¿Quién es usted? ¿Cómo llegó a la isla?
Amarré mi bote en su muelle, monsieur.

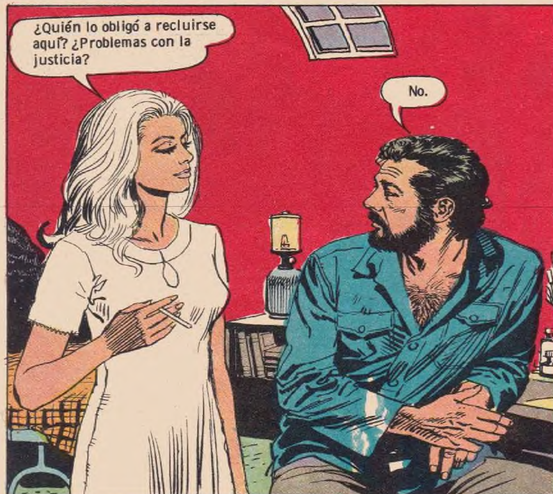

Iba en un barco que me hartó. Necesitaba irme de allí. La silueta de su isla era tentadora. Pero el viento está helando mi cara. Muéstrese hospitalario y hágame pasar.


Su café no es tan malo. Mi deseo es pasar la noche aquí. Me acomodaré en cualquier sitio y le pagaré el hospedaje.


¡Guárdese su dinero!
Bien. Es usted agresivamente generoso. Pero no me asusta tanto como su perro. ¿Puede ordenarle que deje de mirarme?


El sabe que vino a turbar nuestra soledad. No necesitábamos a nadie. Mañana, cuando la tormenta pase, se marchará.
Seguro.


Subiré a mi bote, encenderé el motor fuera de borda y buscaré otra isla. Empieza a desencantarme ésta donde sólo hay un perro hosco y un hombre salvaje.


¿Quién lo obligó a recluirse aquí? ¿Problemas con la justicia?
No.


¿Una mujer?


Puede dormir aquí. Hay mantas en el mueble, junto a la chimenea. Yo lo haré en mi cuarto. Buenas noches, mademoiselle.


(Sí, una mujer. Siempre es una mujer la culpable de la soledad de un hombre. A pesar de todo será una pena alejarme de él mañana. Parece interesante... e inconquistable.)


El café de la mañana se le antojó amargo. Ya no llovía. El viento secaba los charcos sobre las piedras. Fueron silenciosos hasta el rústico muelle. Sólo vieron la cuerda cortada.
Ya no tengo bote, monsieur. Estará lejos, flotando a la deriva.


-De todos modos puede irse. Tengo un avión. La dejaré en Córcega. Son apenas un par de horas de vuelo.
¿Lo usó para llegar aquí? ¿Va y viene cuando se le antoja?


Es usted un civilizado ermitaño. Un ser extraño y fascinante. Querría pedirle una cosa.
¿Cuál?


Que me permitas quedarme. De pronto siento que tu isla me gusta. Tiene todo lo que deseé siempre. Incluyendo a un hombre como tú. Noté cómo me mirabas cuando tomaba el café.


No. Eras un hombre solitario contemplando a una mujer. Nadie me despreció jamás, ¿sabes? Ahora mismo quieres lo mismo que yo. ¿Dejarás que me vaya?


No.


¡No hay como un baño de mar para comenzar el día! Fortalece la piel y tonifica el espíritu.


Te congelarás si no te secas enseguida, Giorgio.
¿Seguirás este juego, ésta comedia de amor hasta que resuelvas irte?


¡No me iré nunca! Te amo. Encontré mi Adán y mi paraíso.




Melampo era la serpiente. Seguía odiándola. Como el amigo exclusivista que advierte que están cortándole los lazos de la amistad.
¡Basta ya! ¡Cállate!
El me odia. Un día se lanzará sobre mí y...


¡No lo hará! ¡Deja de ladrar, Melampo! ¿Me oyes?
¡Castígalo, Giorgio!




Es la primera vez que lo hago. Huye ofendido a las colinas. Sólo regresará cuando tú te hayas ido.
Entonces no volverá.


Poco a poco ella fue metiéndose en su corazón. Sumisa como otro perro fiel, le mostró un amor que Nina jamás le había brindado. El la dejaba hacer. Hasta que comprendió que también la amaba. Una noche...
¡No soporto los gemidos lastimeros de Melampo!


Tampoco soporto yo las preguntas que deseo hacerte. ¿Quisiste a otro, antes?
Tu nombre borró mi pasado, Giorgio. ¿Qué importan los demás ahora?

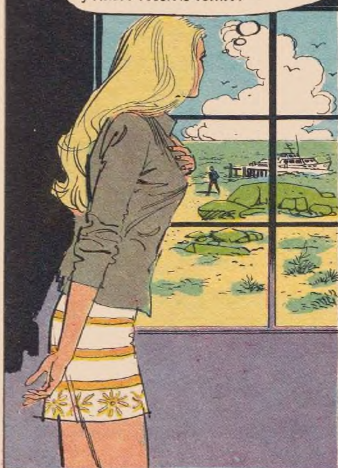

¡El pasado puede regresar y alejarte de mí! ¡Es sólo un juego lo que te obliga a quedarte!
Me haces daño. Mi conciencia está en paz. La tuya es un enigma, sin embargo. ¿Pregunto yo qué mujer te impulsó a venir aquí?


Tienes razón. Perdóname. No sabes nada de mí. Hay, hubo una mujer: Nina.


¿Murió?
Vive. En París, esperándome.


Una vez por semana, Giorgio se iba con el avión hacia Córcega, en busca de alimentos y todo cuanto necesitaba para subsistir en esa hostil soledad.
Cinco horas apenas, Liza. Estaré de regreso antes del atardecer.


(Aquí me encontrarás, aguardándote. Soy tuya, íntegramente tuya. Nadie vendrá a buscarme. André estará rabioso y habrá encontrado ya quien me reemplace...)


Ese día llegó la lancha. Se dibujó como un punto en el horizonte, y creció hasta su verdadera dimensión cuando amarró al muelle.
(Un hombre descendió y viene hacia la cabaña. Acaso el marinero habló y André resolvió venir.)


¿Estás ahí, Giorgio? ¿Qué pasa con Melampo que no me recibe ladrando?


(Advirtió la falta del avión y se detuvo. Debe conocer las costumbres de Giorgio. Será un pariente o un amigo. Puede que se vuelva hacia el muelle y...)




¿Quién es usted?


(¡Una lancha en el muelle! Alguien llegó. Debe estar a solas con Liza.)
N 1641
N1641


¡Michel!
Ella me dijo que no tardarías, Giorgio.


Me importa saber qué le dijiste tú. ¿Le hablaste de Nina? ¿Es Nina quien te envió a la isla?
Sí. Está enferma en París. Pide verte. Liza me contó que tú ya se la habías nombrado, y que llegó aquí de casualidad una noche.


¿Es verdad o la trajiste tú? ¡Respóndeme! ¿Querías mi cabaña para vivir una aventura con esa muchacha?
¡Deja de pensar tonterías! ¿Es grave lo de Nina?


-Sí- dijo Michel. Y entraron. Liza estaba esperándolos. Con sus ojos sumisos y angustiados. Tras un silencio que duró demasiado, comenzó a mover los labios, trémulos.
¿Irás a París?


¿Qué harías si alguien que alguna vez amaste te reclama en su lecho de enfermo?


Michel partió al alba en la lancha que lo había traído.
Avisaré a Nina que estarás con ella en un par de días. Sólo eso, Giorgio.
Gracias, amigo mío.


Quiero ir contigo a París. Conocerla. Asegurarme de que vas a decirle la verdad sobre lo nuestro cuando mejore.
Eso es imposible. Vendrás en el avión hasta Córcega. Allí te quedarás esperando mi regreso.




Dejaron el aparato en un club deportivo de Ajaccio, la capital. Y Giorgio consiguió un hotel para ella.
Tu avión a París parte en una hora. Esta misma tarde estarás frente a ella. ¿Volverás?
Lo he prometido.


¿Y tu otra promesa, esa que debiste formularle a Nina cuando la amabas? Michel me contó que estabas a punto de casarte con ella.
También estuve a punto de morirme una vez.


Vete ya. Necesito estar sola y pensar. Quiero habituarme cuanto antes a tu ausencia.
Bien. Sólo resta decir hasta pronto. Sabré si lo tuyo es o no un juego de muchacha divertida cuando vuelva.


Vagó por el aeropuerto esperando la partida de su vuelo. Bebió café en un bar y no pudo resistir el deseo de oírla otra vez.
Sí, ocupa el cuarto quince. ¡Dígale que es urgente, por favor!


La ocupante de ese cuarto abandonó el hotel, monsieur. Su llave está en el tablero. Recuerdo que abonó su cuenta hace media hora.


(No tardó en hacerlo. Mi sospecha era cierta: un juego. Fui nada más que eso para Liza.)
"Pasajeros del vuelo doscientos uno a París, favor de acceder a la pista por la puerta dos. . ."
(Vivió su aventura con el extraño ermitaño y podrá contarla a sus amigos para divertirlos. Y yo creía en su amor, que fue una máscara..., la misma que usé yo con Nina.)
DC-8


París lo abatió. Llena de ruidos y de rostros indiferentes pasó por sus ojos mientras el taxi lo llevaba a casa de la mujer que lo esperaba.
TAXI

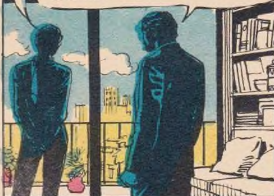

(Michel estará con ella. Oirá el timbre y me abrirá. Luego nos dejará solos, frente a frente. No tendré coraje de decirle la verdad al saberla enferma. Seguiré con la máscara puesta. . .)

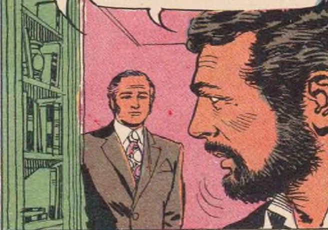

¡Nina! Michel me dijo. . .
Pasa, Giorgio. A mí también me dijo algo Michel.


Pensé que vendría contigo. ¿Dónde la dejaste? Me refiero a esa mujer que estaba en la isla.
El me aseguró que no te contaría nada. ¡Mintió tanto como al informarme que estabas enferma!


Fue una trampa para atraerte. Necesitaba hablar contigo. Ocurrieron cosas en tu ausencia. O antes, si debo ser más precisa. Mi amor se fue enfriando ante tus extrañas actitudes.


Se convirtió en temor, en angustia. Te suponía al borde de la locura. Por eso sentí alivio cuando resolviste irte a la isla. Después. . .
Continúa, Nina. Vamos, adelante. Sigue con tu verdad.


Me sentí libre al saberte lejos. Michel estaba cerca de mí. Yo sabía que me amaba desde siempre. Escuché sus palabras. Acepté su ofrecimiento.
¿Me ha reemplazado en tu amor?


Sí, Giorgio. Y aquí me tienes. Insúltame si quieres. Tienes derecho a hacerlo.
¿Por eso le contaste lo de Liza?


Nina tenía remordimientos. Pensé que de esa forma dejaría de sentirlos. Ella te abandonaba; tú también.
Es verdad, Michel. La abandonaba... Todo está bien ahora. Hay equilibrio. Nina y Michel; Giorgio y Liza.


Se dio tiempo para encender un cigarrillo. También el se sentía libre, mucho más que el día que partió hacia la isla.
(Me fui porque notaba que dejaba de amarla y me dolía que llegara a descubrirlo. No tuve coraje de decirle la verdad. Nina sí lo tuvo.)


(Es feliz ahora. Cree que también yo lo soy. Pero Liza se marchó del hotel de Ajaccio para siempre. Su aventura terminó. La mía comienza. Volveré a la isla solo, más que antes...)
Y bien, Giorgio. ¿Vuelves a la isla?


Sí, Nina. Ella, Liza, me aguarda allá. También Melampo, el perro que una vez compramos juntos, ¿recuerdas?
Melampo era de los dos, pero se encariñó contigo. No vaciló en seguirte cuando te marchaste. Michel debe decirte algo más.


Podrás trabajar allá. Te enviaré libros a Ajaccio que deberás ilustrar. Cada dos semanas podrás pasar por ellos y dejar tus dibujos en el correo de la ciudad con el avión.
Has pensado en todo, amigo mío.


Lo ayudaban a organizar su felicidad. Dijo que haría el trabajo. Besó la mejilla de Nina y apretó la diestra de Michel. Le agradó que no lo mirasen con piedad. Hasta sonrió para parecer tan feliz como lo suponían.
Escríbenos de tanto en tanto, Giorgio.


Michel me dijo que esa mujer, Liza, es muy bonita. Cásate con ella y hazla dichosa.


Un perro ladró desde el parque de una casa vecina. Pensó en Melampo. Todavía estaría allí, entre las peñas altas del fondo de la isla.
(Se marchó cuando lo castigué. Creyó que le robaban mi amistad, o que yo era un canalla al engañar a Nina.)


(Cuando me vea regresar solo, volverá. Le contaré todo, aunque no me entienda. "Esa mujer ya no está, Melampo. Tuvo su aventura, jugó al amor con un ermitaño y...")
¡Aguarda, Giorgio!


¡Liza!


No hubiese podido soportar la espera en Córcega. Te seguí. Vi cuando entrabas en esa casa. Esperé por ti. Escuché lo que ella, Nina, te dijo al despedirte. Todo está bien, ¿verdad?
Sí, está bien. Ahora está bien.


Abordaron el primer vuelo a Ajaccio. En el jet ella le fue contando todo.
Cuando dejaste el hotel, pagué la cuenta y salí. Busqué uno de esos aviones que hacen viajes particulares, sin escalas. Estuve en París antes que tú.


Aguardé el arribo de tu vuelo y seguí al taxi que tomaste. Quería saber cuanto antes la verdad de lo que harías.
Ya la sabes. Y yo sé la tuya. No era un juego de amor.


Después el otro avión, y la isla desde lo alto. Un paraíso que ya no abandonarían jamás.
Había perdido la paz cuando llegué. Me creía incapaz de amar a nadie. Y llegaste a probarme lo contrario.


¿Oyes eso?
Sí, parecen... ladridos.


¡Melampo! ¿Tú también sabes que ya todo está bien?


Liza le acarició el pelaje enmarañado y sucio. El animal no se opuso. Ya nadie le robaba ninguna amistad. Sólo tenía que compartir un tiempo de amor. Caminó junto a los dos, hacia la casa, sumiso.
E.R.G.S.
FIN

MI NOVIA Y YO

Por ROBIN WOOD

¿QUIÉN CREE EN LOS FANTASMAS?

Dibujos de VOGT

















Ufa. Sí. Evrizín al pelo, che. Salvo algunos billoncitos de gotas que caen por aquí.

Bah.

¿Llueve siempre aquí?

No. Sólo cuando no hay niebla.

Qué belleza. Ustedes deben tener un folklore más deprimente que una serenata de tartamudos, ¿no?

¿Sorry...?

Venga, mister Espinoza, usted participará en el juego nacional. El lanzamiento del madero.

Ah. ¿Es algo así como el ping-pong?

Sí...

Pero lo que se lanza es esto.

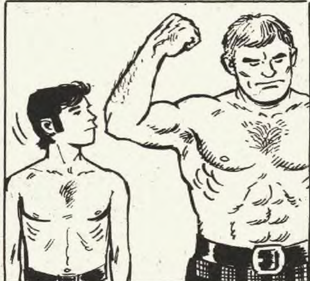
¿Sabe? Yo querría ir un momento a telefonear a mi mamá, ¿sabe? Ella pelea esta noche con Cassius Clay por el campeonato mundial y...

Ah.

Póngase al lado de Rory y Kirk

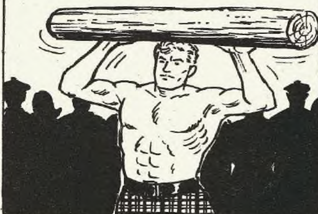
Ah. ¿Esos dos transatlánticos?

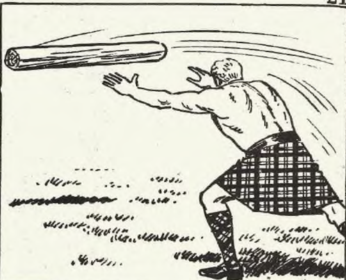




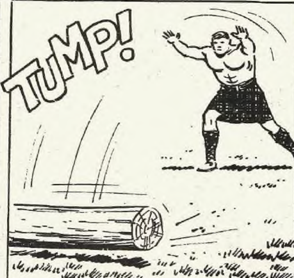



Bah. También tiene que haber intelectuales, ¿no?


Y un transatlántico se movió, tomó un madero que parecía apenas más pesado que una albóndiga de pensión gallega y...




Bah. Nada extraordinario, ¿eh?
Bien... Yo... En fin... Yo no lo criticaría.


TUMP!


Puaff. ¡Estos no son hombres!
No. Claro que no. Más bien rinocerontes.


A ver, mister Espinoza. Hemos oído hablar mucho de la fuerza física de los sudamericanos. Espero que usted nos sorprenderá.
De eso no le quepa duda, viejo. Lo dejaré con la boca abierta.


Grññññ...


Pjññññ...


¡Va!


TUMP!


¡¡AAAAAHHH!!!


Sí. La boca la abrió y debo decir que todas las islas británicas debieron enterarse de mi hazaña.


Oh, no se preocupe, Tino. Siempre ocurren accidentes de ese estilo aquí.
¿Sí? Pavada de farra que se mandan ustedes, ¿eh?


Creo que lo mejor que podemos hacer es comer algo e ir a dormir.
Como idea es fenómena. De todas maneras dudo mucho que el viejo McHannas nos invite a ir a bailar esta noche.


Bien. Jeremy lo llevará a sus habitaciones.
Tanto gusto.


Ustedes no se imaginan cómo puede crujir un castillo y la cantidad de corredores que hay que recorrer. Y cada puerta que se abre cruje así.
ÑIIIEEEEK
UIRK
JJJJJRACK


Este... ¿No hay luz eléctrica aquí?
No. Los McHannas han conservado las tradiciones de la vieja Escocia desde la época de Robert El Bruce.


Ahá. ¿Y qué hay allí abajo?
La sala de torturas. Muchos hombres murieron en ellas. Y se dice que sus espectros vagan en la noche por los corredores.


Of course, que os digan eso mientras os pasean en una semitiniebla llena de crujidos y velas y gatos sumamente simbólicos que vagan de aquí para allá basta y sobra para que de golpe y porrazo descubráis que el coraje del que disponías debió haberse quedado en la aduana.


Vuestro cuarto, señor.
Ejem.


Este... ¿Y quién duerme aquí cerca?
Nadie. Esta ala del castillo ha estado siempre cerrada luego..., luego de..., en fin..., prefiero no decirlo.


No. No. Dígame. Yo tengo un interés bárbaro en historia, a veces...


Pues bien. ¿Oyó hablar de Macbeth? ¿Las brujas? ¿El crimen?
Este..., sí..., Shakespeare y todo eso, ¿no?


Aquí.


¿Aquí?
Aquí.


Qué cosa rara. De repente se me fue todo el sueño. ¿No le interesaría jugar un poco al ludo?
Buenas noches, señor.

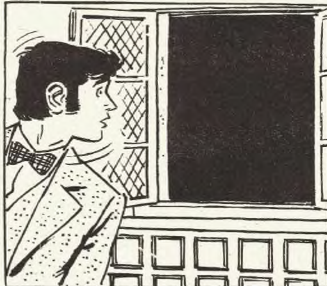

Pero...
SLAM


En fin, me dejaron solito con una media oscuridad que era como un puntapié en el hueso dulce del valor.
En fin... Yo no creo en estas cosas, ¿no es así?


¡Claro que no! ¡Ja, ja, ja! ¿Creer en fantasmas? ¡Sólo los ignorantes...!


¿No es verdad, Tino, que vos no creés en los fantasmas...?


Este...




(Yo... Yo creo que lo mejor será que me meta en camita... Hace un poco de frío aquí...)


(En fin... Vamos a tratar de...)


(Hmmm. ¿Qué corno de ruido es ése?)
CLICKETY-CLANG
CLING-CLINKETY


Pero...


Perdón, ¿os desperté? No era ésa mi intención, pero, sabéis, estos hierros...


Este... ¿Con quién tengo el gusto...?
Oh, perdonad. Soy Rory McHannas, señor de Drurifield y fiel súbdito del rey Bruce...


Del rey Bru...este, ¿seguro?
Por supuesto. Fui uno de sus hombres más leales pero un día cometí un cierto error de cálculo con el tesoro real. Desgraciadamente el rey no lo cometió y me hizo ahorcar.


Yo tengo pasadas unas cuantas experiencias terribles, desde el primer panqueque cocinado por mi novia hasta tener que cuidar a un boxeador epiléptico pero esto me agarró ligeramente de sorpresa.
¿Así que usted...? ¿Usted es un...?
Sí. Así nos llaman. ¿Le doy miedo?


¿Miedo? ¡En absoluto!


PLOF!


Calma. No es para tanto. Os juro que somos inofensivos. Después de todo no somos más que una especie de jubilados.
Sí... Tal vez pero... pavada de jubilación, ¿eh?
PAT PAT


Venid conmigo. Os mostraré el castillo. Hoy es nuestro día de salida. Nos dan uno al año.
Ahá. Veo que "allá" no exageran mucho con los feriados.


¿Cómo estás, Rory? ¿Quién es el caballero que os acompaña?
Un amigo, Lilien, a quien he invitado a conocernos. Esta es mi prima Lilien.


HAT-CHIIIIS!!
Pero...


¡Rápido! ¡Ocultémonos! ¡Boltar se acerca!
¿Quién...?


Silencio. Boltar no es como nosotros. Los siglos no lo han cambiado para nada. Hay gente que nunca se corrige con el tiempo.
Es cierto. Los acreedores por ejemplo.


Allí está Boltar. Ni un ruido hagáis.


ATCHIS!
¿Dónde se esconden? ¡Boltar busca!
HAT-CHUUUH!


ATCHIS!
Se va.
Boltar era verdugo en el castillo pero un día en vez de cortarle el cuello a un condenado le estropeó el pie al señor del castillo que estaba mirando la ejecución. Parece que estaba resfriado y estornudó al bajar el hacha.


Y entonces...
Ahá. Entiendo.


Qué época. Evidentemente ustedes nunca oyeron hablar de la convivencia pacífica, por lo que veo.


Ven. Te presentaremos a los otros.
Eh... Será un gusto... espero...


Ese es Alistair, el Llorón. Murió al atragantarse con una cebolla.


Esa es la dama Gertrud. Su marido la sorprendió besando al cocinero. Furioso, condenó al cocinero a muerte y envió a su mujer a la cocina.
¿Y después...?
HOUSE COOKING


Una vez que probó la primera comida hecha por su esposa, perdonó al cocinero y la ejecutó a ella.


Y aquel es Raimundo el artillero. El mismo preparaba la pólvora de sus cañones. Un día, un amigo que volvía del Nuevo Mundo le trajo unas hojas de tabaco y quiso enseñarle a fumar...


Y ése es Rob, el distraído. Murió al tomar un baño.
¿Un baño? ¿Se resfrió?


No. Se olvidó de sacarse la armadura.


¡Rory, querido! ¿No has visto a Angus?
No, lady Margareth. No lo he visto.


Esa es lady Margareth. Hace tres siglos su marido le dijo: "¡Te apuesto a que no me encuentras!". Y allí la tiene. Aún no se da por vencida.


(Pucha que hace frío aquí...)


¡Ah! ¡Finalmente atrapo a alguien! ¡Boltar entrará en acción nuevamente!
¡Mama!


¡Ten cuidado con lo que haces, Boltar! ¡El no es de los nuestros, así que no juegues!
Eso, Boltar. Francamente...a su edad...


¡Bah! Boltar no se detiene ante nada.


Pe-pe-pero... ¡Este tipo va en se-serio!


¿Tienes miedo, perro?
Verá, viejo: yo de valiente no laburo, así que, si eso lo calma, le diré que sí y en grandes cantidades.


¡Bah! ¡Ahora se terminará todo!
¡Mamama!


AH-AH-AAAA-


TCHISSS!!


¡Buahhh! ¡Siempre lo mismo! ¡Desde aquel día se repite siempre! ¡Quedo en ridículo cada vez! ¡Buahhh!
Calma, viejo.


Calma, no es para tanto.
Snurp...
PAT PAT


Vení. Yo te voy a mostrar cómo solucionar esto.
Ñufff...


Eso es. Va a ver cómo dentro de un rato va a estar al pelo. Y nada de pasearse en pechito después, ¿me oye? Póngase una camiseta de lana y no me ande descalzo, ¿entendido?
Ñuf. Sí.


Y más tarde...
¡Estoy curado! ¡No estornudo más! ¡Por fin! ¡Después de tantos siglos! ¡Ahora podré decapitar...!
Dejáte de bromas y dejá el hacha tranquila. Yo te voy a enseñar algo mucho mejor para pasar el rato.


Vengan ustedes también.


Tengo un pálpito, dijo el negro colador, pálpito negro tengo y ¡flor!


¡Truco!
¡Quiero!


Pero...


Es la hora...


Toma, Tino.


Adiós.


Adiós.
Adiós.
Adiós.




(Pucha...)


(Y justamente cuando tenía un flor de truco...)
CARLOS ENRIQUE VOGT. 73




Buenos días, señor. ¿Durmió bien?
¿Hmmm?


¡Buah! La verdad que sí, che. Y tuve un sueño de lo más divertido. Con fantasmas y todo.
Ah. Muy interesante. ¿Cómo fue su sueño?


Bueno... Resulta que aparece un tipo que...


...que...






¡Mi madre...!
fin

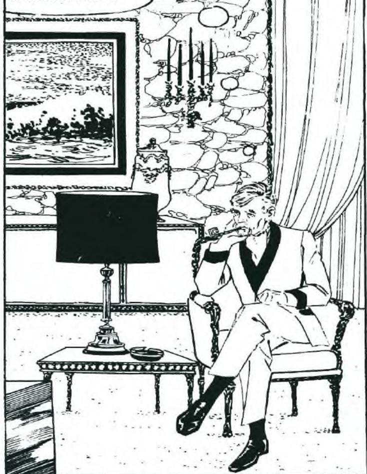
EL BACILO DE LOS DIOSES

Por PAOLA MUR

Dibujos de ÁVILA











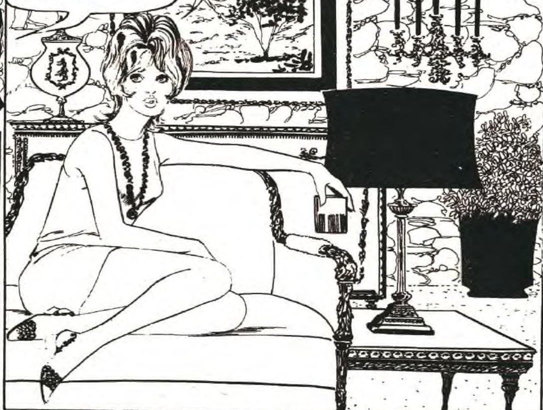



Tu padre sufrió un ataque de humildad, Fernanda. Es el prototipo del investigador que prefiere el silencio al ruido infernal de la fama.


Tu gallarda estampa me suplantó muy bien, Federico. No estaban tan fuera de lugar allí; sos mi principal colaborador en el laboratorio.
Y usted mi mejor maestro. ¿No habrá un festejo íntimo?


Los brindis aliviaron la tensión emocional del momento. Pero Fernanda seguía excitada (¿o fue un estado de angustia el que la impulsó después a la pregunta?)...
¿Aceptarás esa entrevista con Verónica Palmer?
¿No escuchaste cuando le dije que sí?


Y ahora hasta mañana, doctor. Ha sido un día agotador y me voy a dormir.
Nos veremos en el laboratorio, muchacho. Ningún premio interrumpe la diaria misión del científico.


Los ojos se le volvieron tristes. Cayó como derrumbada en un sillón. Pero no tuvo que hacerle consultas para enterarse de lo que ocurría.
A Verónica la tentó el hombre buen mozo antes que el ayudante de un investigador, papá. Se pegó a él como una estampilla.
¿Quién es Verónica?


Una reportera gráfica de la revista Hoy. En el lunch que siguió a la entrega del premio absorbió a Federico con sus desplantes de mujer fatal, para embobarlo.


Y vos sufrías. Sé lo que sentís por él. Desde que comenzó a trabajar conmigo te gusta. ¿Se lo dijiste alguna vez?
Esas cosas no se dicen. Si compartiera mis sentimientos se habría dado cuenta.
¿Qué te tiene tan pensativo esta mañana, Federico?
Nada importante, doctor.
Reflexionaba sobre su importancia y su humildad. Otro, en su lugar, se creería en la cima del mundo.
Cuestión de carácter. No soy de los que tergiversan el microscopio.
¿Nunca se te ocurrió pensar que para los bacilos, que vemos agrandados, no somos más que un minúsculo y lejano ojo?

(Me dijo que saldría a las siete y ya son y cuarto. Un minuto más de espera y haré sonar la bocina.)

Cuando la oyó se asomó. Los últimos reflejos del atardecer parecían estallar en esa cabellera rubia que asomaba por la ventanilla del auto...

(¡Verónica vino a buscarme!)

¡Hasta mañana, doctor Basualdo!

Es la primera vez que respetás el horario, Federico. ¿Debo desearte buena suerte?

(¿O deseársela a mi hija Fernanda y esperar que esa mujer que comienza a alterar tus hábitos sólo sea un ave de paso?)

Fue casualidad, ¿sabe? Pasaba por aquí y recordé que usted me dijo que trabajaba hasta las siete.

¿Tiene tan buena memoria para todo?

No lo crea. Sólo para lo que de verdad me interesa. ¿Conoce algún sitio dónde podamos tomar un café en la más absoluta intimidad?

¿Es aquí donde me hará la entrevista para su nota?

¿De verdad creyó en eso? Los científicos resultan aburridos al gran público. Vine a conocer al hombre, no al ayudante de un sabio como Cosme Basualdo.

El primer roce de manos fue casual. Pero el segundo lo provocó Verónica, cuando salían a la noche nueva que olía a jazmines, y a ese misterio de la aventura del amor que comienza...

Sería tonto seguir tratándonos con tanta formalidad, Federico. ¿Puedo tutearte?

Ninguna ley lo prohibe. Además, sos del tipo de mujer que impulsa a cualquier hombre a no respetar las leyes. Sobre todo a esa que ordena esperar un tiempo prudencial...

...para el primer beso.

El segundo fue con el auto detenido, a la sombra protectora de una calle solitaria y arbolada...

¿Qué te atrae en un tipo que no es más que el ayudante de un científico premiado?

Todo lo buen mozo que ese tipo es... y lo brillante que puede llegar a ser con sólo aceptar la oferta que estoy a punto de formularle.

¿Renunciar ahora que estamos por concretar un descubrimiento que puede revolucionar la dermatología, Federico? ¿Por qué?

Me han hecho un ofrecimiento, doctor Basualdo, que me abre las puertas de un futuro mejor.

No hablemos de eso aquí. Te espero esta noche en mi casa. Mientras tanto meditálo con calma. ¿De acuerdo?

Fernanda se limitó a observar la cara de preocupación que trajo su padre. Y olfateó algo en el tono que empleó para anunciarle:

Federico llegará en un momento. Sería bueno que nos dejaras hablar a solas.

Como quieras.

(Se saludaron con una formalidad que aterra, y ahora están sentados uno frente a otro, como buscando las palabras.)

¿Y bien, muchacho? ¿Seguiste mi consejo y has reflexionado en esa decisión que querés tomar?

—Me ofrecen un cargo de químico jefe en Cosméticos Luminax; algo que está al alcance de mi capacidad y satisface mis deseos de progreso.

Entiendo, Federico. El sacrificio en un laboratorio universitario no abulta ninguna cuenta bancaria.

¡No soy un filántropo ni un héroe, doctor!

¡Sos una pieza indispensable en un equipo que trabaja para un bien común! Me desilusionás. Vas a comercializar tu capacidad.

¡Soy un hombre libre! Aquí tiene mi renuncia.

¿Sabés qué haré con ese papel? Ahora mismo...

No lo hagas, papá. El tiene razón. Es dueño de sus actos. Nadie puede obligarlo a perjudicar sus ambiciones.


Está bien. Fernanda me vuelve a la seguridad. Presentá tu renuncia mañana, en el laboratorio. ¡Y agradecé de esa manera todo lo que te enseñaron allí!

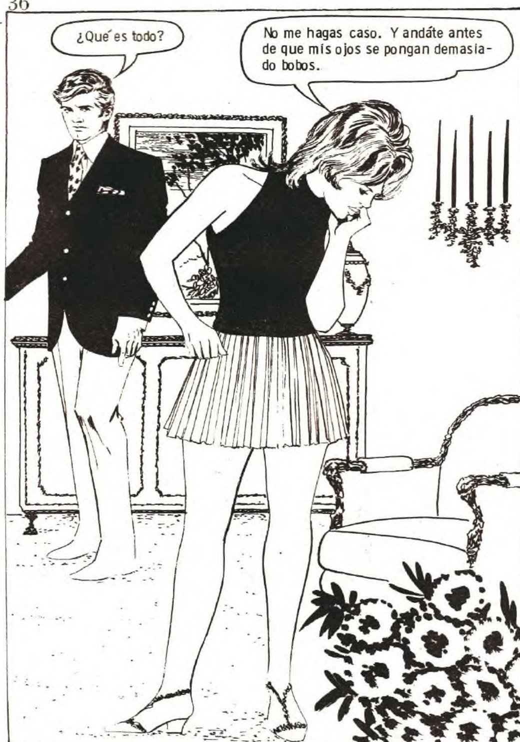

Otros se van del país cuando ya saben lo suficiente. Vos encontraste una manera de quedarte, pero sin devolver adecuadamente lo que el país esperaba de vos.


Pero cuidáte, Federico. ¡El bacilo de los dioses está ensuciando tu sangre!


¿Qué quiso decirme tu padre?
Nada; un viejo proverbio que solía repetir mi abuelo. ¿Quién te ofreció el empleo en Luminax?


Verónica Palmer. Ella trabaja en el departamento de publicidad de esa compañía de cosméticos.
Ahora lo comprendo todo.







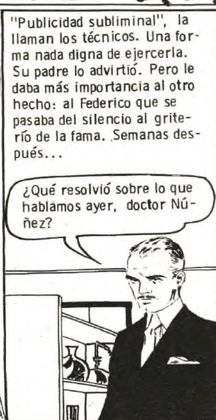
Cuando lo vio fundirse a las sombras dejó la ventana. Buscó algo en el revistero: un ejemplar, el último, de Hoy. La nota de Verónica Palmer, escrita en un estilo ágil, estaba en las primeras páginas.







"Publicidad subliminal", la llaman los técnicos. Una forma nada digna de ejercerla. Su padre lo advirtió. Pero le daba más importancia al otro hecho: al Federico que se pasaba del silencio al griterío de la fama. Semanas después...








¿Qué dijo?
Aún duda. Vas a tener que convencerlo vos, Verónica.


Será un placer hacerlo, Berdiales. Hasta ahora nada me falló con Federico. Lo saqué de una cueva para traerlo aquí y lo alejé de una tonta colega que lo adoraba en serceto.


¿Cuál es la verdadera razón de que no quieras usar ese producto para la compañía? ¿Puede resultar pernicioso?
Tal vez sí. Pero hay otra cosa.


El verdadero descubridor es Cosme Basualdo. Sería como un robo.
A veces te volvés trágico, Federico. El no hizo ningún anuncio sobre su hallazgo. ¿No puede un pupilo anticiparse al maestro?


Las luces del club nocturno eran tenues. Como la piel de Verónica, que vibraba bajo sus manos, en medio de esa música que parecía envolverlo en nebulosas densas y acariciantes...
Luminax paga muy bien las novedades. Es hora de que me llevés en tu propio auto...


Cuando uno está subiendo no se fija en los escalones que pisa, querido. Ni en los que va dejando atrás. Sos un tipo inteligente, ¿o no?


"Para los bacilos no somos más que un ojo minúsculo y lejano..." Recordó la frase de Basualdo. Y la suya: "No soy un filántropo, ni un héroe..."
(Quiero ser alguien, salir de las sombras. ¡Claro que un pupilo hábil puede anticiparse al maestro!)


-¿Verónica? He tomado una decisión. No quise esperar hasta mañana para hacértela conocer: Berdiales y vos ya pueden ir pensando en la publicidad de esa crema.


¡Bravo, Federico! Comenzás a pensar como un ser humano despierto.


Vi este anuncio cuando lo imprimían en el diario, papá. Una página entera que debió costarle una fortuna a Luminax. Hasta pusieron tu nombre en un rincón de la propaganda.
¿Mi nombre? ¡Dejáme ver, Fernanda!


"Un descubrimiento de nuestro nuevo técnico, el doctor Federico Núñez, ex-ayudante del galardonado científico Cosme Basualdo."


¿Quién los autorizó a mencionarme? ¡Es una actitud que no voy a tolerar!
Es un método publicitario legal. No podés hacer nada para evitarlo. Mencionan nada más que una verdad.


El bacilo de los dioses camina veloz por la sangre de Federico. Debió ser idea suya. ¿Puede una mujer cambiar tanto a un hombre?
Yo me pregunto otra cosa, hija.

¿Podés vivir aferrada al recuerdo de un ser como él?

Estoy en tu misma situación: no puedo hacer nada por evitarlo. Los sabios como vos tendrían que inventar una pastilla, un polvito mágico, algo que ayude en estos casos.

¡Insisto en que no debieron hacerlo, Berdiales! Es desleal.

¡Es lícito, doctor Núñez!

¡Usted ocúpese de terminar la elaboración de esa crema y deje en mis manos las técnicas publicitarias de la empresa!

Tiene razón, Federico. Basualdo no puede molestarse demasiado. Lo estamos promocionando también a él.

Están complicándome en algo que no me gusta, Verónica. Esta noche necesito estar solo para reflexionar.

Tengo entradas para el teatro. Iba a pasar a buscarte a las nueve y media por tu casa.

¡Dije solo, absolutamente solo! ¡Adiós!

Si cambiás de parecer llamame. Estaré ansiosa, esperándote.

La soledad de su departamento lo alivió un poco. El silencio se parecía al del laboratorio de la universidad. La imagen de Basualdo pasó fugaz por su memoria. Pero de Fernanda apenas recordó la voz: "¿Qué quiso decirme tu padre?... Nada, un viejo proverbio que solía repetir mi abuelo..."

("El bacilo de los dioses está ensuciando tu sangre...")

(Llaman a la puerta. Debe ser Verónica.)

No quiso abrir. Necesitaba estar solo para pensar. Pero por más que se esforzaba sólo ella ocupaba su mente...

(Verónica y sus ojos de miel. "Si cambiás de parecer llamame. Estaré ansiosa." Ansioso estoy yo. Podría dejar que golpeara hasta cansarse...)

(Pero no puedo.)

¿Usted...?

Sí, Federico. A pesar de todo lo que pasó creo que seguís necesitando mis consejos de maestro.

Le ofreció una silla que Cosme Basualdo no aceptó. "¿A qué vino?", preguntó con dureza. "Leí el anuncio de la crema que estás elaborando para Luminax."

Sus cualidades se parecen mucho a las de ese producto que estábamos investigando en el laboratorio de la universidad.

Dijo bien, doctor. "Estábamos". Yo seguí trabajando en él.

También yo, muchacho. Y le encontré propiedades peligrosas. ¿Hiciste la reacción de...?

Un nombre técnico que sin embargo no asustó a Federico. Cuando su imprevisto visitante terminó de hablar...

¿Sabe qué pienso, doctor? ¡Que está mintiéndome! Aún me guarda rencor por haberlo abandonado. Lo molestó saber que ambiciono mucho más que el silencio de su cubículo de apóstol.

¿Es posible que hayas cambiado tanto?

Vine a ver al hombre que necesitaba ser ayudado, pero no puedo soportar la petulancia de un necio. ¡Fui más tonto que Fernanda con vos!

(¿Qué tiene que ver Fernanda en todo esto?)

¿No era Basualdo el que acaba de salir? ¿Para qué diablos vino a verte?
Me interesa saber a qué venís vos, Verónica.
¿Fingís ignorarlo? A convencerte de que la soledad es mala consejera, Federico. Todavía tenemos tiempo para llegar al teatro.
¡No tengo ganas de ir a ninguna parte!
¿Seguro...?
Fueron al teatro. Otra vez las nebulosas que brotaban de Verónica lo envolvieron en sus vahos pegajosos. ¿Era amor?
¿Estás mejor ahora?
Si hablás no me dejás oír la obra.
La soberbia nubla tus ojos, Nerón. Estás sumido en la luz encandilante que termina por cegar.
Los hombres que reptan son los únicos que no saben apreciar la gloria, Séneca. Eres mi preceptor, pero careces de inteligencia.
¡Desprecio tus consejos inútiles! ¡Fuera de mi vista!
Te dejaré el último, sin embargo: "Los dioses, antes de destruir a un hombre, lo infectan de vanidad." ¡Recuérdalo!
(Los dioses..."El bacilo de los dioses...")
¿En qué estás pensando? ¿Fue tan mala la obra?
Los clásicos siempre dejan alguna enseñanza, Verónica. Los clásicos y los abuelos de algunas muchachas soñadoras...
Había olvidado que los científicos son algo loquitos, y suelen hablar cosas sin sentido. Ya estamos frente a tu departamento. ¿No me invitás a subir para tomar un café?
No. Mañana tengo mucho que hacer en los laboratorios de Luminax. ¿O querés que esa crema sea un verdadero fracaso?
Berdiales se le acercó, pero él no levantó la vista del microscopio. Estaba haciendo la reacción de...
¿Cómo marcha eso, doctor Núñez? La publicidad hace dos semanas que está en marcha. ¿Será posible lanzar el producto al mercado en la próxima?
Podré contestarle muy pronto. ¿Dónde está Verónica que no apareció en todo el día por aquí?
Fue al aeropuerto, a recibir al señor Zabala, el gerente de producción que regresa de una gira por Europa.
¿Está encargada también de las relaciones públicas?
Es una muchacha completa, doctor. Quedo esperando esa respuesta que me prometió, en mi despacho.
Recordó haber visto por ahí la foto del gerente de producción. Un tipo joven de mirada vivaz. No quiso preocuparse. La reacción ya estaba lista. Podía saber si su maestro había mentido o...
(Cosme Basualdo tenía razón: el resultado es negativo. Ese producto puede ser pernicioso.)
¿Podré saber ya cuál es esa sorpresa que me reservan, Verónica?
Se enterará cuando lea los diarios, señor Zabala. Los ejemplares del día lo aguardan en su despacho.


Por fin llegás. Tengo algo que decirte.
Ahora imposible, Federico. Después que deje al señor Zabala te veré.


(Debo comunicárselo, sin embargo. No habrá crema. Mi dignidad de químico está en juego. Hay ciertas reglas que no pueden dejarse de lado...)


No quiso esperar. Entró al edificio de la administración. Un laberinto de pasillos que desconocía.
¿La oficina del gerente de producción? Al fondo, doctor. Leerá "Señor Zabala" en el cristal de la puerta.
Gracias.


¡Muy buenos anuncios, Verónica! Realmente un nuevo producto revolucionario. ¿Cómo consiguieron contratar a ese químico que trabajó con Basualdo?
Fue fácil.
SEÑOR ZABALA


Yo lo conocí cuando fue a recibir el premio de la Academia de Ciencias para su maestro. Le hablé de un buen sueldo y lo convencí.
¿Estás segura de que no hiciste nada más? Aún recuerdo cuando viniste a ofrecer tus servicios para nuestra publicidad.


Ese día te mostraste muy insinuante conmigo. No es que me queje de eso, pero pienso que pudiste repetir actitudes y...
¿Has vuelto celoso de la gira, Lalo? Porque aquí, a solas, puedo llamarte así, ¿verdad?


Vamos, desarrugá el entrecejo y no pienses mal de quien se moría extrañándote.
(¡Verónica! ¿Pude ser tan idiota...?)


La furia le subió a los ojos. Debió tenerlos rojos cuando entró y ellos separaron el abrazo como chicos sorprendidos en cu...
Lo demás fue simple...
En este informe explico las razones por las que no puede fabricarse esa crema.
¿Quién es usted?


Verónica se lo explicará mejor que yo. Si le dice "un tonto", le dirá poco. Dejaré mi renuncia en el laboratorio. Continúen como si nada hubiera pasado.


¡Es extraño, papá! Casi tuvieron que retrasar la edición para modificar el texto.
¿A qué te referís, Fernanda? ¿Sucedió algo en tu diario?


Enteráte vos mismo. En ese anuncio de la nueva crema de Luminax ya no figura tu nombre, ni el de Federico. Ni siquiera las cualidades que promocionaban son idénticas.
¡Dejáme verlo!


Leyó y después le contó lo que había sucedido días atrás. Los ojos de ella dibujaron una expresión melancólica, dulce...
Si él te hizo caso, probó esa reacción y ordenó retirar el producto, significa que ha despertado a tiempo de su necedad. Eso es bueno.













No se lo dijo. Cuando ganó la calle buscó un teléfono público. Marcó un número que encontró en su agenda y la voz que atendió sonó tan triste como la de Federico.





Federico no sabe qué es el amor. Lo sabrá cuando descubra el tuyo. Hasta tenés una buena excusa para ir a verlo: estoy segura de que tu padre querrá tenerlo otra vez trabajando a su lado.
Seguro que sé dónde vive. Pero, ¿qué puedo hacer yo? El nunca se dio por enterado de mis sentimientos.


¡Claro que sí, Fernanda! La idea no es mala. Lo perdió todo junto con la vanidad. ¡Corré a decirle que sé lo que pasó y que mañana lo espero en el laboratorio!
(Nunca es más recuperable un hombre que cuando fue capaz de expulsar ese bacilo que los dioses suelen meterle en la sangre para destruirlo, como decía el abuelo.)


Oyó los golpes en la puerta. Volvió la cabeza asustado, hasta que se le ocurrió un nombre:
(Verónica otra vez. Habrá recordado un nuevo argumento para su perdón. Le diré que no es necesario, que ya la perdoné. Al fin de cuentas se parece a mí; es una pobre mujer sin...)


"Amor" iba a decir, pero ya había abierto y la vio. Entonces dijo:
¡Fernanda!
Con el tiempo comprendería que eran sinónimos esas dos palabras. De momento la hizo entrar y sus ojos comenzaron a gustarle, mientras sus palabras rearmaban las piezas de una destrucción...


Papá lo supo todo, ¿sabés? Me pidió que te viera y te informara que quiere que vuelvas.
FIN

ALÉGRESE



-No, doctor, aún no lo necesito, pero deseaba saber si estaba disponible. . .



-El pintor que vino a decorar el living, ¿por casualidad no se llamaba Picasso?



-Creo que habíamos quedado en ir nosotros a la casa de ustedes para Navidad...



-Dos cuadras derecho y luego al doblar a la izquierda hay una pequeña iglesia al lado de un bar...

PÁGINA ALEGRE



-Perdonen que nos quedamos tanto, pero a Antonio no le gusta manejar de noche...

LA SOMBRA DEL IMPERIO

Por GIAN - GALEAZZO BRUNO

Dibujos de HAUPT















10035


"Cuando vestí la toga viril mi madre, mi hermana Julia y mi abuelo se sintieron orgullosos de ver al pequeño Manlio Valerio convertido en hombre..."
Mi nieto será el más célebre abogado del Imperio. Ya he hablado con...


Perdón, abuelo. Seré militar, como mi padre.
¿Qué? ¿Acaso crees que la única gloria la traen las armas? Yo te digo, jovencito presuntuoso, que la historia recuerda mejor a los pueblos que se han distinguido por obra del intelecto que por la gloria guerrera.


No lo dudo, abuelo. Pero deseo seguir los pasos de mi padre.
¡Y morir como él en tierra extraña! ¡No tener siquiera el consuelo de una tumba honrada por la familia!¡No, hijo, no!


"El silencio que siguió a las palabras tal vez proféticas de mi madre fue penoso."
Está bien. Tú lo has querido. Podías haber sido un magistrado importante en la administración del Imperio... ¡Y sabe el Cielo que los necesitaremos cuando muera nuestro César Augusto, si Nerón llega al trono!


Pero eliges algo distinto. La fuerza en lugar de la ley.
Abuelo, la ley necesita del amparo de la fuerza para ser efectiva. Nuestros ejércitos garantizan la paz romana en todo el orbe y custodian la civilización contra la barbarie. ¿No es digna su misión? ¿No fue noble la muerte de mi padre?


"Mi abuelo cedió y me permitió que me incorporara a las legiones de las Galias como centurión. La suerte, el arrojo propio de la edad, todo me fue favorable."






¡Los estandartes no! ¡Viva Roma!


"Los ascensos son lentos en las legiones imperiales, pero llegan. Yo fui uno de los pocos que ese año pasamos de ser centuriones a la categoría de decurión, al mando de un centenar de jinetes de nuestra excelente caballería."


Debemos reconocer, nieto mío, que estabas en lo cierto. Has nacido para la milicia. Llegarás lejos en nuestras cohortes.
¡Manlio, hijo mío!


"Hoy recuerdo las pocas palabras de mi madre, la forma en que pronunció mi nombre..., imagino cómo lo dirá cuando reciba las noticias de nuestra derrota en este desierto infernal..."


"Lo que más me duele es haber traído conmigo a Vinicio..., cuando lo vi cortejando a mi hermana me alegré tanto por los dos..."
¡Hola! ¿Tú eres Vinicio Scevola, verdad?
Sí, Manlio. De niños solíamos aporrearnos en el gimnasio, antes que mi padre fuera nombrado en las Galias.


¿Vienes de allá?
Hace dos meses que llegué. Y como la única familia ligada por lazos de profunda amistad a la mía es la tuya, tu abuelo me aloja en tu casa. Estudio leyes y filosofía.


Y además me enseña historia y gramática. Es un verdadero sabio, y también es muy fuerte, pese a ser un estudioso. ¡Deberías verlo arrojar la jabalina y el disco, Manlio!
Tendré que verlo, hermanita. Tu entusiasmo me sugiere unas cuantas cosas más.


¡No te sonrojes! ¡Es natural que dos personas jóvenes se sientan atraídas como evidentemente se sienten ustedes!
¡Manlio! ¡Siempre fuiste mi confidente! ¡No puedo ocultarte esto, que tan importante es para mí! Vinicio y yo nos amamos y queremos casarnos.


Felicitaciones, Julia. Me alegro por ti..., y en cuanto a Vinicio, si te hace dichosa será un hermano para mí, y si no ocurre eso, por mejor que arroje la jabalina se llevará la paliza del siglo.


Perdón, decurión. Hay movimientos en la falda del monte. El centinela que monta guardia hacia occidente ha visto luces.
Bien. Vayamos a ver qué ocurre.


"¿Cómo demonios pedí que me trasladaran a este condenado rincón de la tierra cuando supe que el genial general Vespasiano conduciría nuestras legiones en Siria y en Palestina ? ¿Acaso pretendía encontrar la muerte oscura que será mi único destino?"


Sí..., creo que esos galileos infernales preparan un nuevo ataque. ¡Despierten a los hombres que deben tomar la última guardia! ¡Llamen a Vinicio y a Pertinax!
¡A tus órdenes, decurión!


"¿Por qué te habré hecho caso, Vinicio? Recién te habías casado con mi hermana Julia cuando supiste que viajaría al Asia Menor en las cohortes de Vespasiano..."
¿No comprendes que para concluir mis estudios necesito viajar a Palestina?


¿Por qué no te dedicas a ser feliz con Julia en lugar de perder tu tiempo estudiando filosofías extrañas?
No se trata de filosofía, sino de religión, hermano.


¿Sabes qué son los esenios? ¿Qué piensan los cristianos?
Soy soldado, no filósofo. No me interesan las sectas extrañas a Roma.


Sin embargo eres un hombre inteligente y comprenderás la razón de la búsqueda de Vinicio.
Estarás de acuerdo conmigo que la religión oficial de Roma es algo exterior y formal, que no satisface al espíritu de nadie.


Puede ser. Pero indudablemente el hombre necesita creer en algo.
Por eso mismo Vinicio y yo necesitamos saber qué hay de verdad en lo que enseñaba el esenio Juan, a quien llamaban el Bautista, y el galileo Jesús de Nazareth.


"Y te traje conmigo, Vinicio, para ayudarte en tu búsqueda de la Divinidad... sin saber que al aceptarte a mi lado te condenaba a muerte."
¿Qué ocurre, Manlio Valerio?


Pienso que nuestros amigos galileos no aguardarán al amanecer para atacarnos. ¿Cuántos soldados quedan?
Cuarenta y dos... La mitad, heridos.


¿No crees oportuno enviar mensajes a Tito pidiendo socorro? Sus legiones aún están en Tariquea.
El general me ordenó ocupar la fortificación de este monte y conservarla mientras él une sus tropas con las de su padre Vespasiano para atacar Gamala...


No puede distraer una sola cohorte para ayudarnos.
Con tu permiso, decurión, no estoy de acuerdo contigo. El monte Tabor es fundamental en la estrategia del general Vespasiano y nosotros no estamos en condiciones de enfrentar a tres mil enemigos con sólo cuarenta y dos legionarios.


"Sin embargo no hace mucho vi al joven general Tito demostrar que un romano vale por cincuenta galileos... fue cuando entramos en Tariquea."


Lo que pensaba, decurión. Las fortificaciones de Tariquea se interrumpen en el lago. Los galileos piensan que las aguas los defienden.
¿Atacaremos?


Que un jinete ordene al grueso del ejército que nos siga... nosotros nos adelantaremos.
¿Cincuenta hombres contra una ciudad?


"La mirada del general era habitualmente cálida, pero sus ojos podían convertirse en llamas heladas."
Cincuenta romanos, decurión Manlio Valerio. ¡Adelante!


"Vadeamos el lago y ante la sorpresa de los habitantes penetramos en la ciudad, mientras el grueso del ejército atacaba las murallas desde el lado exterior."


¡A las puertas! ¡Hay que abrir las puertas!




¡General!
Estoy bien. ¡A caballo!


¡Abre las puertas, Manlio! Dejemos entrar al grueso del ejército con mi padre a la cabeza.




¡Abrid de una vez!


"Mi corazón salta de gozo al recordar el final del combate."


Eres digno de mi sangre, hijo mío. Sin ti el asedio hubiera durado semanas.
Debes agradecer que siga con vida al valor de mi decurión Manlio Valerio. Me salvó cuando caí del caballo y estaba rodeado de enemigos.


¿Qué recompensa pides, decurión?
Continuar sirviéndote, general; envíame al sitio de mayor peligro.


"Había que ocupar el monte Tabor cuyas fortificaciones controlaban la vía de Gamala, el siguiente objetivo de Vespasiano."
Si nuestros informantes no nos han mentido llegaremos al anochecer.


¿Habrá enemigos custodiando el monte, decurión?
Confío que muy pocos. Aún no deben haber recibido la noticia de la toma de Tariquea.


Ya ves adónde te ha conducido tu curiosidad, Vinicio. Te ves mezclado en una desordenada lucha contra un pueblo casi salvaje.
No es curiosidad, sino búsqueda de Dios, cuñado.

En estos meses que hemos pasado recorriendo Palestina aprendí muchas cosas, Manlio.

¿Por ejemplo?

Se trata del hombre a quien llamaban Jesús, a quien sus seguidores consideran el Cristo, el Salvador. Estoy recopilando sus enseñanzas.

Temo que el clima y el sol de Palestina te hayan nublado la razón, cuñado. Apenas salgamos de ésta pediré a Vespasiano que te mande de regreso a Roma.

¡No es así! Escucha...




















¡Ahhhhhhh!


¡Los galileos! ¡Han vuelto!


"Habían vuelto, sí. Más de dos mil hombres, arqueros y máquinas de guerra."


"Y aquí estamos. Tras cuatro días de asedio, reducidos a un puñado de hombres, sin víveres ni agua."
Si queremos servir a Roma debemos conservar el monte, Manlio. ¡Pide refuerzos a Tito!
Tal vez tengas razón. Quizá si no llegan a tiempo para salvar nustras vidas, por lo menos conservarán la posición...


...y los estandartes de la cohorte se salvarán de caer en manos enemigas.
¿Los estandartes?


No hagas caso... esta noche me han asaltado con demasiada frecuencia los recuerdos. Tú irás con mi mensaje a Tito.


Me niego. ¡Tratas de salvar mi vida! ¿Por qué no envías a Pertinax o a Junio Septimio, o a otro?
Porque tú no eres soldado y no me sirves combatiendo. ¡Cumple mi orden!


"Es lo único que puedo hacer para salvar a tu marido, Julia. Tal vez ni siquiera así lo consiga..."
Dile a Tito que custodiaremos las águilas romanas... Que no pierda tiempo.


Fingiré un ataque con veinte hombres para distraer a los galileos y permitir que Vinicio cruce sus líneas, tú permenece en la fortificación con los demás.
Comprendido, decurión. Eres un valiente.


Sé que lo haces por salvarme, Manlio. Preferiría quedarme a tu lado.
No seas terco. Tu lugar es al lado de mi hermana. Vete y espero que tengas suerte en tu búsqueda.


Los hombres están listos, decurión.
Cuídanos las espaldas, Pertinax. ¡Adelante romanos!







¡Salvemos al decurión!



¡Dejen los caballos! ¡Subamos a lo alto del monte!


"¡Con qué rapidez ha pasado la noche! Seguramente Vinicio llegó ya junto a Tito... pero no podrán arribar a tiempo..."
¡Se retiran!
No te engañes, Pertinax. Se reagrupan para un nuevo ataque. Saben que estamos perdidos.

"Vuelvo a mis tablas de escribir y advierto que mi subordinado considera absurda mi actitud. ¿Para qué perder los últimos minutos de vida en divagaciones? Pero necesito expresar mi pensamirnto, ordenar mis recuerdos, gritar sin voz mis angustias..."

"Los emblemas patrios cuántas vidas han costado a Roma..., tenías razón, abuelo. ¿Y ahora? ¿Y ahora qué?"
¡Los galileos!

¡Muerte a los romanos!


Esto es el fin. Has sido un subordinado valeroso y un amigo leal. Te lo agradezco.
Fue un placer servir bajo tus órdenes, decurión.


"Ya no hay tiempo para nada... ni para despedirnos, ni para estrechar fornidas diestras de amigos. Sólo la empuñadura de la espada y el grito de guerra."






¡Viva Roma!


"Las filosas puntas penetran en mi cuerpo y siento que el estandarte pesa demasiado y que la espada cae de mi diestra..."


"Y entonces, primero lejanos, luego más cerca, tambores, pífanos, trompetas... ¡Es la Legión Flavia que llega!"


¡Viva Roma!

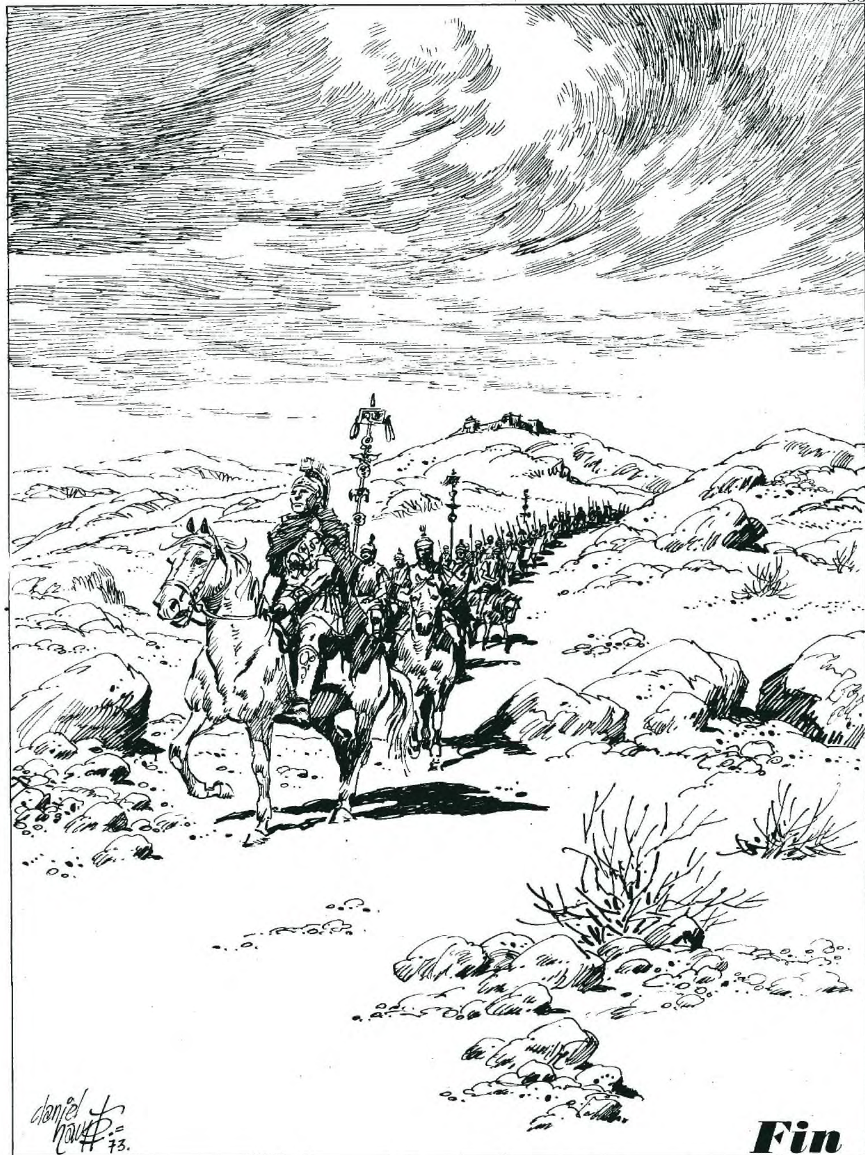





¡Manlio!


Murió defendiendo el estandarte. Digno hijo de su padre.
Solía decir que mientras los estandartes sigan en manos romanas, la patria estará segura.


¿Seguirás con nosotros hasta Jerusalén o prefieres volver a Roma? Eres libre de elegir.
Iré a Jerusalén.


daniel hau
73.
Fin

GOTITAS DE ALEGRÍA



-No creí que desistieran
tan pronto. . .



-Nuestro noviazgo
deberá ser muy bre-
ve. Me caso con
Gustavo pasado ma-
ñana. . .



Pájaros en la lluvia

Por PAUL MONIER

Los fiordos noruegos no son otra cosa que valles sumergidos, que cobran un mágico aspecto bajo el sol del verano. Y Ardal es una aldea que yace en el fiordo de Bokn, en las tierras bajas...

Dibujos de LUCÍA VERGANI

...donde la Corriente del Golfo hace templada y uniforme la temperatura, hasta la tétrica temporada de las lluvias...

Los petreles no temen al mal tiempo, Guld. Míralos preparándose a recoger los desechos de la pesca que quedarán el el muelle.

Los años opacan tus ojos, abuelo Moh. Son golondrinas. Todavía es verano en Ardal.

Yo ví petreles. Sucede que la lluvia confunde a los pájaros y los hace mezclarse a las bandadas de otras especies. Y eso es malo. Cada uno debe estar con los suyos.

¿Lo dices por Ina?

Amarraron al muelle, descargaron la pesca y Guld se quitó los gruesos guantes que olían a sal y a escamas. El viento le trajo la voz y la sonrisa volvió a dibujarse en su cara...

¿Pensabas que no vendría a esperarte?

¡Eres como los pájaros, Ina! Siempres están aquí a la llegada de las barcas.

Porque vivo deseando el regreso del más apuesto de los pescadores de Ardal.

¡Te prohibí que vinieses, Karelina! ¿Qué ganas con comprobar lo que yo mismo te aseguré cierto?

Mato la última esperanza, padre. Mi corazón todavía se resistía a dar crédito a tus palabras.

(¡La pobre hija de Gunnar Larsen tendrá que borrarse a Guld del corazón! A menos que pase algo antes de que sea demasiado tarde para los dos.)

Quizás Ardal no te guste en el invierno. Los días se hacen muy cortos, las lluvias eternas y el valle sombrío.

Me gustará porque tú seguirás estando aquí. Y eso me basta.

A veces le temo a la sabiduría de mi abuelo Moh. Suele, desde que yo era niño y quedé a su cuidado, aconsejarme valiéndose de historias de pájaros.

10055

"Había uno equivocado, Guld - me dijo anoche - un mísero petrel que amaba a una golondrina..."

Eso es falso. Las especies jamás se mezclan.

Lo mismo le dije yo. "Este petrel era demasiado joven e inexperto para saberlo", me contestó. Se refería a lo que pasa entre nosotros, Ina.

¿Adónde diablos pudo ir con esta lluvia? Llegó anticipadamente del saladero de pescados y no la encuentro en casa. ¿Ha estado saliendo a mis espaldas el último tiempo?

¡Hable usted, señora Jana! Es mi ama de llaves y está encargada de su cuidado. ¿Adónde fue Ina? ¿Acaso la atrae algún pescador?

Lo ignoro, señor Sorejen. Su hija es demasiado hábil para burlar mi vigilancia si se lo propone.

Tu abuelo será el equivocado esta vez, Guld. No eres un mísero petrel, ni soy una golondrina tornadiza. Te amo desde que llegué, hace un mes, a Ardal.

Vine a visitar a mi padre por una semana y me quedé por ti, aún contra su voluntad.

Estás habituada a vivir en una ciudad como Bergen, que es muy distinta a esta aldea. Cuando te aburras te irás.

Anochecía. Ya no había pájaros picoteando la arena de la playa. Sólo estaban la lluvia y el viento de testigos. Ella formó una cruz con sus índices, la besó...

Prometo amarte hasta la muerte; y aún más allá de la muerte. ¿Te animas a lo mismo, Guld?

¡Exajeras! Como esos chiquillos que, por temor al castigo, prometen no prepetir travesuras y reinciden en la primera tentación.

¡Tienes miedo! Acaso serás tú quien se aburrirá de mí.

Le alzó las manos que aún seguían formando la cruz y apretó los índices a su boca en un extraño beso rabioso. Después dijo:

¡Hasta la muerte, y aún más allá de la muerte!

¡Ina!

¡Es él, Guld! No debe verte. Tomaría represalias. ¡Huye al amparo de las sombras!


¿Subes o bajo a buscarte?
Ya voy, padre.


¿Quén estaba contigo?
Nadie.


¡Sólo bajarás de tu cuarto cuando decidas decirme la verdad! Odio la desobediencia y el engaño.
Puedes castigarme, pero no tendrás otro nombre para tu odio.


¡Y los dos hicimos la promesa, abuelo Moh! ¿Te das cuenta que ella no es una golondrina ni me cree un petrel?


Los jóvenes suponen que el futuro nunca llega, Guld. Y se arriesgan a prometer lo que no saben si serán capaces de dar. Pero Dios es sabio y los perdona cuando olvidan juramentos.


Dejó de llover al alba. Las barcas de Ardal se hicieron al mar y la pesca del bacalao fue buena. Pero sólo el abuelo Moh se alegró...
Si Martin Sorejen la vio contigo, hoy no estará esperándote en el muelle.


Una muchacha enamorada es capaz de huir hasta de su casa para ver al hombre que quiere.
¡Fíjate en los pájaros, Guld!


Ya no hay lluvia que los confunda. Los petreles vuelan con los petreles. Y las golondrinas se van. El invierno llega.


Se quedó el último, esperándola. Hasta que las sombras de la noche que cada día sería más larga, le trajo una voz que tardó en reconocer...
¿No lo sabes aún, muchacho?


¿Qué es lo que debo saber, señor Larsen?
Lo que hizo Martin Sorenjen. Fui de los primeros en enterarme. Mi barca está averiada y no salí hoy. Con mis propios ojos los vi. Tomaban hacia la carretera del norte, con el auto lleno de maletas.


Se llevó a su hija a Bergen. En el saladero dijo que no volvería y enviará a otro para dirigirlo. ¿Adónde vas ahora, Guld?
¡A comprobar que está mintiéndome, Gunnar Larsen!


(El quería que me casara con su hija Karelina, cuando ella y yo éramos amigos, antes que llegara... ¡Hay luz en la casa! Llamaré a la puerta y enfrentaré al señor Sorenjen.)


"Jana lo sabe y me proteje", solía decirle Ina." Jamás le dirá a mi padre que vengo a encontrarme contigo, en la playa..." Nadie podía protegerlos ya. Jana tenía lágrimas en los ojos. Y una carta en la mano...
Me pidió que te la entregara. Sospechaba que vendrías a buscarla. Y es lo último que puedo hacer por ella.


("No quise pronunciar tu nombre. El habría descargado su furia contigo. Me lleva a Bergen, pero algún día sé que volveremos a encontrarnos. Hasta la muerte, y aún más allá de la muerte. ¿Recuerdas, Guld?")


Comenzó a llover. Recién se dio cuenta cuando sus botas se hundían en los charcos. Lo mismo siguió hasta la playa. Necesitaba el ruido del mar para aturdir sus oídos...
(Al menos tuvimos tiempo de formularnos la promesa. Viviré esperando sus cartas.)


¡Vuelve, Guld!


No debiste buscar la soledad. En el dolor se necesita la compañía de aquellos que nos quieren.
¿Sabes ya que se ha ido, abuelo Moh?


Sé muchas cosas, muchacho. El amor son dos pájaros en una jaula. Si uno escapa, el otro debe dejar la puerta abierta. Siempre hay otros deseosos de ofrecer consuelo.


Si hablas de Karelina...
Hablo de pájaros. Yo sólo hablo de pájaros.


Se sentirá muy solo un tiempo, pero después el olvido le hará comprender que la vida continúa a su alrededor.
Conozco a Guld, padre. Cuando éramos niños me confiaba sus gustos. Jamás los cambiaba.


Ina Sorenjen seguirá fija en su memoria. Cuando hay un imposible, el amor se transforma en obsesión.


¡Pobre Karelina! Te han robado al hombre que quieres y estás compartiéndole hasta la tristeza. Para ti también, es un imposible y una obsesión.


El invierno borró pájaros del cielo de Ardal. Las barcas siguieron partiendo al alba y retornando al atardecer. Sólo la de Gunnar Larsen continuaba amarrada al muelle, esperando el nuevo motor que debía llegar en el barco que cada semana venía de Alesund, un puerto del norte.


¿Lo trae en este viaje, capitán?
Sí, Larsen. Pero hazme un favor mientras ordeno que lo bajen.


Lleva la saca de correspondencia a la estafeta postal.
¡Con gusto!


Oh, lo siento. Mis manos inactivas están endureciéndose, capitán. Pero ocúpese de mi motor y yo recogeré las cartas.


Fue casualidad que la viera. La letra redonda y nítida decía: "Guld Hansson, Ardal" y el remitente un nombre que le dio rabia: Ina Sorenjen...
(Ella está entorpeciéndole el olvido. Cada semana debe enviarle sus recuerdos desde Bergen, a escondidas de su padre. Pero esta vez...)


Es la correspondencia que trajo el barco de Alesund, Pert. El capitán me pidió que te la entregara.
Gracias, Gunnar.


Se quedó con la carta de Ina. Con algo de vergüenza, pero suponiendo que hacía un favor a Karelina, su hija. Y volvió por el motor. La barca del abuelo Moh regresó al atardecer...
Estás inquieto, Guld. Y cualquiera sabe la razón. Hoy llegó el barco del norte, ¿verdad?



Lo primero que harás al amarrar será correr hasta la estafeta postal. Lo has hecho desde que Ina se fue.
Pero las últimas tres semanas no hubo cartas de ella, abuelo. Si tampoco la recib sta vez, pensaré que ya no llegará nunca.


No, muchacho. No hay correspondencia para ti. Lo siento.
Yo más que usted, Pert. Pero, ¿se ha fijado bien?


El nudo del pecho pareció ahogarlo. Buscó excusas: el señor Sorenjen controlaría severamente los movimientos de su hija; ni siquiera dejaría de vigilarla por las noches...
Cuatro semanas es mucho tiempo, Guld. Ina consiguió el olvido más pronto que tú. ¿Qué esperas para imitarla?


Sigo fiel a mi promesa, abuelo Moh. "Hasta la muerte, y aún más allá de la muerte".
¿Qué Dios te obligaría a cumplir con algo tan descabellado? Ya te lo dije: El sabe perdonar la imprudencia que los jóvenes cometen con el futuro.


No podía escribirle a Bergen. No lo había hecho nunca. ¿Cómo saber entonces qué pasaba con Ina? Gunnar Larsen, cuando acabó de colocar el nuevo motor a su barca, se dirigió a la taberna...
(¿Debo abrirla o simplemente quemarla? Las dos cosas serían una actitud miserable de mi parte.)


(Pero cualquier padre tiene derecho a volverse un canalla por la felicidad de su hija... La quemaré después de leerla.)


Apenas tuvo tiempo de estrujar la carta y esconderla en el bolsillo de su chaqueta. Se mordió la curiosidad y se entregó al festejo...
¡Tus cosas comienzan a mejorar, Gunnar! Ahora sólo falta que cases a Karelina.
Puede suceder muy pronto. Les aseguro que estoy en camino de conseguir la felicidad de mi hija.


("Si demoré en escribir fue porque no me animaba a decirte que pasó algo muy triste, Guld...")
¿No vas a festejarlo, Gunnar Larsen?


Me refiero al motor nuevo de tu barca. ¡Podrás volver a salir a pescar y nos devolverás el dinero que te hemos prestado!
¡Vamos, invítanos a beber! Será lo último que gastes sin haberlo ganado.


(Mi padre tarda esta noche. Habrá recibido el motor y estará colocándolo. Guld también debió recibir algo hoy. Acaso el barco del norte le trajo carta de Ina Sorenjen.)


(La habrá leído hasta cansarse y ahora se marcha a la playa, a recordarla; comprendo su dolor. También yo sé lo que es amar lo que está muy lejos.)


El viento anunciaba tormenta, barría la playa y desgastaba las fuerzas del pájaro joven que se había arriesgado a enfrentarlo...
(Es demasiado débil para vencer. Un minúsculo petrel contra la furia)


(Ha caído al mar. Pronto será un pobre pájaro muerto. Como yo sin Ina)


Se ha hecho muy tarde. Karelina debe estar preocupada por mi tardanza. Me marcho a casa.
El vendabal no te tumbará, Gunnar; llevas un buen lastre de alcohol...


(¡Maldita lluvia! Sin el capote llegaré calado hasta los huesos...)


Apuró el paso, pero acaso sus botas tenían las suelas gastadas, o trastabilló en alguna piedra del camino que sus ojos nebulosos no vieron...


No tuvo tiempo de exhalar un grito de auxilio o de dolor. Le quedó la cara sobre el charco que la lluvia hinchaba. Hubiera muerto ahogado si alguien no pasaba por allí...
(¡Gunnar Larsen! Sangre en su frente y los ojos cerrados...)


¿Qué pasó, Guld?
Lo hallé en el camino. Ayúdame a quitarle la chaqueta y a ponerlo sobre la cama. Se ha dado un feo golpe en la cabeza. Luego iré por el doctor.


Había llegado ebrio otras veces, pero nunca así. Karelina contuvo el miedo y las lágrimas. Cuando quedó a solas con él trató de limpiarle el barro y la sangre...
La carta, hija... la carta.
¿De qué hablas, padre?


El no debe verla... ¡Búscala...! Destrúyela...


Volvió a perder el sentido. El médico de Ardal llegó, puso una cara que asustó a la muchacha y dio una frágil esperanza...
Curé su herida, pero habrá que esperar. Sólo esperar, porque sería peligroso moverlo de aquí. Reza por él, Karelina. Lo necesita.


Mi abuelo dice que en dolor es mala la soledad. Yo estaré a tu lado, hasta que todo pase. Será preciso que haya un hombre en la casa.
Mi corazón se mostrará agradecido, Guld.


Siguió un tiempo extraño. Se turnaban para velar el agitado sueño de Gunnar que titubeaba entre la vida y la muerte...
La noche ha sido larga y fría, ven a tomar el café que he calentado para tí.


Te muestras fuerte ante la adversidad, Karelina. Eres una mujer de temple. Otra se hubiese derrumbado.
Estoy habituada a la adversidad. Tú deberías saberlo mejor que nadie.


También hay pajaros ciegos, muchacha. Pero todos acaban por formar un nido; hasta los petreles más solitarios y tercos.
¿No has salido a pescar, abuelo Moh?


Eran los grises días de la niebla, que borraba el horizonte del mar, y aferraba las barcas al muelle. Sólo el barco del norte podía arriesgarse a la travesía. Llegó en la mañana y Guld pasó por la estafeta postal...
Tampoco hay carta para tí.


Tus manos regresan tan vacías como lo está tu corazón. Es tonto seguir esperando lo que ya no vendrá, y mantenerse fiel a una promesa sin sentido.


Ina y tú fueron dos pájaros confundidos en la lluvia. Ella debió comprenderlo en Bergen y le falta coraje para hacértelo saber. Aunque su silencio es una manera de decírtelo. Vuelve a Karelina.


Si algo malo sucediera vas a quedar muy sola. Tu padre es lo único que tienes.
He pensado en eso, Guld. Y estoy resignándome a la idea.


Sucede que también yo estoy solo. Una vez supimos acompañarnos. Me gustaba tenerte cerca y hablarte de mis sueños.
Recuerdo aquellos días que fueron hermosos y fugaces. Pero después secedieron cosas que te alejaron de mí.


Acaso cegado por un sueño que ya no puede ser realidad. He despertado, ¿sabes? Mis ojos vuelven a ver. Y te miran.
Karelina...


Fue la primera palabra que Gunnar balbuceó desde que había caído en el sopor de la agonía. Corrieron hacia él. La luz de la esperanza iluminó los ojos de su hija...
¡Has regresado a la vida, padre!


La carta... ¿No la destruiste aún?
No entiendo lo que dices. Todavía deliras. Trata de calmarte hasta que regrese Guld con el médico.


El esfuerzo pareció agotarlo. No volvió a hablar. Y el doctor llegó. Estuvo observando sus ojos, pulso y reacciones. Finalmente pasó con ellos a la otra habitación...
Ahora sí debemos actuar. Necesita ser llevado a un sitio donde pueda ser operado. Su cerebro ha vuelta a funcionar.


¡Voy en busca del doctor! El dijo que debíamos avisarle.
Costará dinero, pero es la única posibilidad de salvación. ¿Puedes conseguirlo?
No. Su barca ha estado inactiva aún antes de su enfermedad.

Mi abuelo y yo tenemos algo ahorrado, Karelina. Alcanzará para trasladarlo adonde sea necesario.


¡Oh, Guld! Tu generosidad compromete mi eterno agradecimiento.
Vaya a ordenarlo todo, doctor. Estaremos dispuestos a salir cuando usted lo crea oportuno.


Los nuevos acontecimientos no cambian mis deseos respecto a ti, Karelina. Aún sigo solo.


La sintió temblar en sus brazos. Era un pobre pájaro frágil que, sin embargo, le hizo recordar a la golondrina que el último verano había buscado también en ellos un fugaz refugio, para abandonarlo después...
Voy a informar a mi abuelo lo que pasa. No tardo en volver.


¿Puedes oírme, padre? El está ayudándome en todas las cosas. Va a juntarse a mi soledad y me ayuda a salvarte.
La carta... Más que nunca debes destruírla.







El médico regresó por la tarde. Los reunió en la sala y anunció sus planes.

















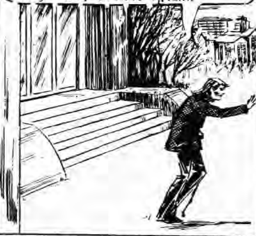
El amor no es compartir una soledad. Es algo más, mucho más que eso. Cualquiera sabe que aún no has olvidado tu verdadero amor. Cuando leas esta carta sabrás porqué elegí venir a Oslo.



Mientras él abría el sobre arrugado le explicó cómo y por qué había llegado a su poder. Y cuando le rogaba que perdonara la actitud de su padre, Guld dejaba la habitación...



("Si demoré en escribir fue porque no me animaba a decirte que pasó algo muy triste, Guld...") ¡Taxi!



¿Conoce la Clínica Erikstrad?

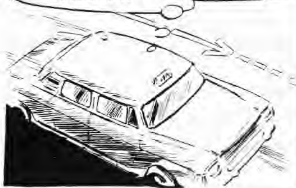
Sí, señor. Queda en las afueras de la ciudad. Cuestión de media hora de viaje, con buen tránsito.



("Estuve enferma, ¿sabes? El médico que trajo mi padre me aconsejó reposo. Pero no era eso lo que necesitaba. Mi mal se llamaba Guld. Aún sigo en cama. Y la enfermera que me cuida prometió echar esta carta al correo. Tienes que saber lo que va a pasar conmigo...")



("Mi padre consultó a otros médicos. Creen que mi cabeza no funciona como es debido. No pude convencerlos de que todo el remedio consite en que me lleven a Ardal, y pronto han de internarme en un lugar de Oslo. Se llama...")



¡Clínica Erikstrad, señor! Hemos llegado.

Gracias por apurar la marcha. ¡Quédese con el vuelto!

ERIKSTRAD KLINIK



("Allí puede alcanzarme la muerte. Pero la muerte no importa, ¿verdad, Guld?...") ¡Seguro que importa, Ina!)



"Soy un pariente de la señorita Sorenjen". El portero fue fácil de convencer. Pero el médico de guardia se resistió...

Tengo orden de no dejarla ver a nadie, con excepción de su padre. Pero ella ha estado repitiendo un nombre desde que llegó: Guld.

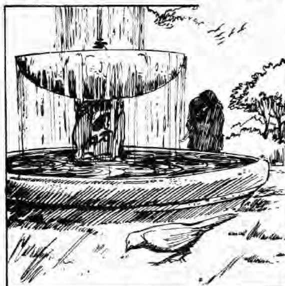
¡Es el mío, doctor!













Había sol, a pesar del invierno. Y los pájaros en la lluvia. Y otros que saciaban su sed, cuando corrieron de la mano hacia la oficina del médico de guardia que no tuvo que esperar palabras para saber qué debía hacer...



El verano ha vuelto a Ardal, Guld. Los petreles están mezclándose a las golondrinas.

Tus ojos han recuperado la nitidez, abuelo Moh. ¿Qué supones que será lo primero que haré al amarrar al muelle?









RISAS



- ¿Dos días que no come? ¿Puede darme la dirección de su dietista?



-Claro que me acuerdo cuando nos casamos. Hace exactamente cuarenta y nueve libretas de cheques.

JUAN CEPILLO

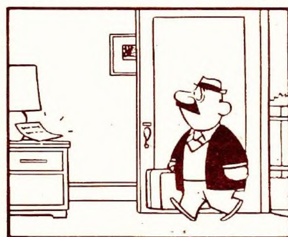













BUZ SAWYER

LA RECOMPENSA

Por ROY CRANE











- Entonces, llegó al lugar adecuado.







¡Sí, señor! ¡Rubíes, diamantes, perlas. . . !

Pero, ¿de dónde las sacó?

Las encontré. Y hay una recompensa de cinco mil dólares por ellas.

¿Y espera cobrarla?

Sí. Y usted podría ayudarme a capturar a los ladrones. Nos repartiríamos la recompensa.

!

Un momento, señor Snow. Ya le dije que estoy de vacaciones.

¿No quiere ayudarme, entonces?

Esos ladrones son profesionales. Probablemente estén armados. Creo que debería entregar esas joyas a la policía y dejar que ellos capturen a los maleantes.

¡No!

¡No! ¡Esos asaltantes volverán aquí, y yo los atraparé con su ayuda, o sin ella!

¿De qué hablabas con el señor Snow, Buz?

Tiene pensado capturar a unos ladrones de joyas.

Me ofreció la mitad de la recompensa, si lo ayudaba. Pero le dije que estaba de vacaciones, y. . .

¡A comer!

¡Este almuerzo está delicioso!

Son todos productos de granja, señora.

Les gustará mucho este lugar.

Pruébate las joyas, Lindy.

¡Caramba! ¡Mira cómo brillan!

Si no se las hubiera mencionado a ese Sawyer, podríamos quedarnos con ellas y. . .

¡Shad Snow! ¡Sabes bien que no son nuestras!

Sí, lo sé. Fue un mal pensamiento. Pero nunca tuve mucho para ofrecerte, Lindy, y estas joyas son espléndidas.

Su padre me dijo que es investigador. ¿Qué investiga?
Toda clase de crímenes.
Por ejemplo, hace poco evitó que desviaran un avión hacia La Habana.
¡No diga! ¡Eso lo leí en los diarios!
¡Ese sí que es un trabajo emocionante! ¡Toda la vida esperé que me sucediera algo excitante!
(Tenga paciencia, señor Snow. Con esas joyas robadas algo ocurrirá.)

Después del desayuno, le mostraré el granero, señor Sawyer.
Bien, señor Snow.
Está detrás de la colina... Aquí es donde enterré al viejo Shep... ¡Sniff! ¡El mejor perro guardián que he tenido! ¡Era como de la familia!
SHEP
¿Qué le pasó, señor Snow?
¡Esos ladrones le rompieron el pescuezo aquí, en el granero! ¡Por eso quiero agarrar a esos canallas con mis manos!

¿Ve ese montón de paja? Las joyas estaban ocultas abajo.
¿Quién las escondió?
"Los asaltantes. La semana pasada, dos jóvenes alquilaron un cuarto. Nunca habían estado en una granja. Revisaban todo..."
"Y, anteanoche..."
Quizás nos vayamos mañana. Pero siempre recordaremos su pastel, señora.
¡Oh, qué amables!

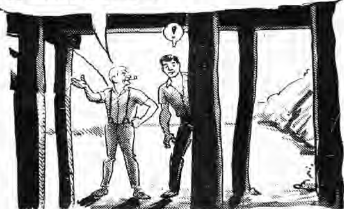
Ayer, cuando me desperté, el coche ya marchaba. Me extrañó que no hubieran esperado para el desayuno.
"Entonces, Shep comenzó a ladrar. Pero pronto dejé de oírlo, de modo que no me preocupé. En eso, escuché que un coche se alejaba."
"Fui hacia el granero y hallé a Shep muerto. Las gallinas cacareaban intranquilas. Se me ocurrió revisar el nido, y..."


Esos jóvenes son los ladrones de joyas, no hay dudas.


Y eso es un problema para mí.
¿Por qué? Devuelva las joyas y recibirá la recompensa.

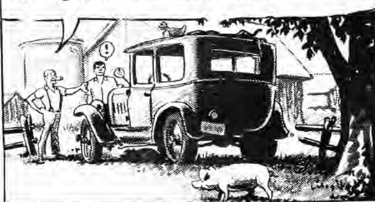

Sí, pero eso saldrá en los diarios y esos pillos no volverán. Y hay otra cosa: una recompensa de cinco mil dólares más por capturarlos.


Todo ese dinero me hace falta. Le explicaré por qué. ¿Ve este sótano que estoy haciendo debajo de la casa?


Bueno, lo único que sostiene la construcción, hasta que haga nuevos cimientos, es media docena de troncos.
!


Además, necesito una estufa para el invierno que se acerca...


Terminar el sótano y adquirir una estufa me saldrá casi cinco mil dólares.


Mire este cascajo, señor Sawyer. No sé si llegará hasta el año próximo.
!


Por eso necesito los cinco mil dólares extras. Capturando a los asaltantes los conseguiré.


¿Aquí encontró el señor Snow la maceta con las joyas robadas?
Sí, Christy.


Y piensa atrapar... ¡Epa!
!
SWISH!


¡Santo Cielo!
¡El viejo zorro puso una trampa! ¡Rápido! ¡Llámalo!


¡Señor Snow! ¡Venga al granero, rápido!
¡Espere que traiga mi escopeta!


¡Cayó en la trampa...!
¡Aleluya! ¡Los ladrones!


¡Oh, era usted, señor Sawyer!
¡Sí! ¡Sá-queme de aquí, mal-dito sea!


Trabajo todo el día para terminar este sótano antes de que llegue el invierno, señor Sawyer.
¡Vaya tra-bajito!


Pero para pagar el só-tano, paso la noche en vela, esperando atra-par a los maleantes y ganar la recompensa.


¡No sé cuándo voy a descansar!
Quizá pueda prepa-rarle una alarma, para que no deba quedarse despierto toda la noche.


Primero coloco un hilo a través de la puerta del granero, y lo ato a un interruptor eléctrico.
?


Luego, tiendo un cable ha-cia su ca-sa...
!


...y lo conecto a esta campani-lla, que sonará si los pillos tra-tan de entrar al granero.
¡Usted es un genio, amigo!


¡Por Dios, Shad! ¡Apaga la luz y duérmete!
Apagaré la luz, Lindy...


...pero no podré dormir-me. Los ladrones pueden llegar de un momento a o-tro y...


BRRINGGGGG!
¡La alarma! ¡Están aquí!


¡Señor Sawyer! ¡Los maleantes están aquí! ¡Vamos! ¡Traiga su arma!
BRRRRINNGGG
BAM. BAM. BAM!


La dejé en mi casa.
¡Entonces usaré el mosquete de mi abuelo!


¡Salgan con las manos en alto!

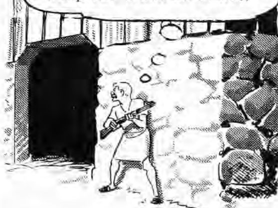

¡Obedezcan o dispararé!


CRAK, CRAK!
Mmm. Por lo visto piensan permanecer ocultos.


¡Pero quizás los haya herido! ¡Iré a ver!
¡Aguarde, señor Snow!


Quédese aquí. Yo iré por detrás del granero y trataré de sacar a esos tipos, si están allí.
¡Eso se llama usar la cabeza!

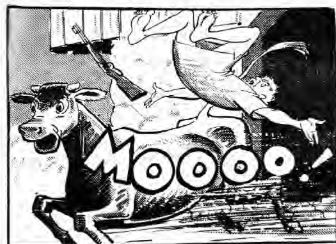

(De todos modos, me acercaré más, pera que no puedan escapar.)


(¡Diablos! ¡Puedo oír respirar a uno de ellos!)


¡Bravo! ¡Los ladrones de joyas están rodeados! ¡No escaparán!


CRASH!


¡Levanten las manos, canallas!
POW
MOOOOO!


MOOOO!


¡Señor Snow! ¿Se siente bien?


¡Usted y su maldita alarma para ladrones!


Pensé que les gustaría comer aquí, mientras pescaban. Por eso traje este refrigerio.
¡Buena idea, señora Snow!


Si recoges unas cuantas moras, esta noche haré pastel.
¡Oh, sí!


Mientras, en el granero...
¡Diablos! ¡La maceta con las joyas desapareció!
CACKLE-CACK!


Fue un almuerzo delicioso, señora Snow.
Aquí tiene las moras.
Yo seguiré trabajando con el sótano.


¡Pero...! ¿Ustedes de vuelta?
Sí, abuelo. Queríamos saber qué fue de los "huevos de la gallina".
Llame a los otros.


¡Ohhh! ¡Son...!
Volvimos porque extrañábamos mucho sus comidas, señora.


¡Todo el mundo cara a la pared!
Están desarmados.


Bien. Átalos a las sillas.


Sujétalo bien a éste. Por su aspecto, parecé un hueso duro de roer.


Ahora, abuelo, díganos qué hizo con cierta maceta con joyas.
¿Qué maceta?


¡Ajá! Se está haciendo el tonto, Spooky. Entonces, disfrutemos de la casa. Trae el pollo asado y la ensalada.
¡Con todo gusto!


¡Mmm! ¡Exquisito! Ahora, con respecto a esas joyas. . . ¿Dónde están?
No sé de qué me habla.


¡Oh, qué pastel!
No nos engañará. Sabemos que sacó las joyas del granero donde las escondimos.


¡Sus huellas lo delatan! ¡Nos dirá qué hizo con ellas, por las buenas o por las malas!


Dígame, abuelo, usted planeaba capturarnos para cobrar la recompensa, ¿eh?
¿Qué recompensa?


No se haga el tonto. Encontramos la trampa que nos tendió en el granero.
¡Ja, ja! ¡Me hubiera gustado verte cabeza abajo, Chips!


Cállate, gracioso. Lo que es más, abuelo, puso una inteligente alarma para ladrones, y tenía su escopeta bien cargada, ¿no?
¡Gulp!


Otro trozo, Spooky. Está en nuestras manos, abuelo. Díganos dónde escondió las joyas.
No diré una palabra.


No queremos lastimar a nadie, viejo. Pero nos obligará a hacerlo.
¡No diré una palabra!


Mire, anciano. Usted y su esposa nos cayeron simpáticos. . . ¡Pero eso no impedirá que le arranque el secreto por las malas, si hace falta!
¡No me asusta, jovencito!


¡Deberían tener vergüenza!
¡Hacerle esto a un pobre hombre!
Negocios son negocios, señora.


Spooky y yo siempre fuimos pobres.
Sí, nunca nadie quiso darnos nada.
Eso no es excusa para robar y maltratar a la gente.


¡Nadie le pidió su opinión, amigo!
SMACK!


¡Ya que no quiere hablar, emplearé métodos más drásticos, viejito!


¡Trae a su esposa!
BUMPETY-BUMP!


Ve a buscar el tractor.


Buz, ¿qué le haran a los Snow esos desalmados?
Temo imaginarlo, Christy.


¿Y qué haremos nosotros, papá?
¡Quiero desatar estas ligaduras, pero no puedo!


Mmm. Ese teléfono... Trataré de acercarme a él, y llamaré a la policía.
¡Bravo, papá! ¡Buena idea!


¿Alcanzas al receptor, querido?
No, Christy.


Pero tengo una idea.


Así está mejor. Ahora, trataré de tirar el teléfono al piso...


Veo que su casa está sostenida por unos troncos, señor Snow.
!


Es una locura construir un sótano "después que la casa". Spooky, pon en marcha el tractor. Veremos qué pasa si uno de los postes se cae.


¡Malditas hienas! ¡No se atreverán!
SPLINTER
CREEEK
CRACK
CRACK


Ahora, empujaremos otro madero, abuelo...
CRACK-CREAK!
KA-RACK!


¡No pueden hacernos esto! ¡Hace dos años que vivimos en esta casa, y...!


En su lugar, yo me preocuparía por mi salud. Esta casa puede caerse encima suyo.


¡Tengan piedad de nosotros! ¡Somos gente inofensiva!
Lo siento, señora.


Queremos las joyas, pero si su marido insiste en mantenerlas ocultas, nada evitará que la casa caiga sobre ustedes.


¡Shad, diles dónde escondiste la maceta con las joyas!
¡Jamás! ¡Me quedaría sin la recompensa!


Le aconsejo que escuche a su esposa, abuelo.
¡Debes decirles dónde pusiste esas joyas!


¡Lindy, si lo hago, no conseguiré el dinero para hacer el sótano!


¡Shad Snow, óyeme bien! ¿De qué valdrá tener un sótano, si la casa se viene abajo y muero?
!


KLING
¡Bravo, papá! Sacaste el téléfono de la mesa.
OW!


¡Sí, y cayó sobre mi cabeza!
Trata de agarrar el receptor, querido.


Bien, ahora intenta llamar a la policía.


Ya saqué tres maderos, anciano. Ahora quitaré el poste de la esquina.
CREAK! CREAK!
!

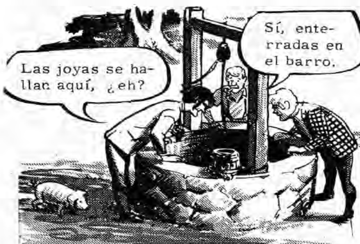

La casa se derrumbará a menos que nos diga dónde escondió las joyas.
¡Va a aplastarme, Shad!


¡No, aguarden!


¿Oíste eso, Spooky?
¡Hablaré!


Bien, abuelo. ¿Dónde están?
Las escondí.


¡No empecemos otra vez! ¿Dónde están, dije?
En el pozo.


Las joyas se hallan aquí, ¿eh?
Sí, enterradas en el barro.


¿Cómo hizo para bajar?
Bueno...
No importan los detalles. Súbase la balde, señor Snow.


Tráiganos las joyas.
Bien.
Espera, Spooky. El viejo es un tipo lleno de recursos.


Parece demasiado ansioso por bajar.


¿Cómo sabemos que no romperá la maceta y desparramará las joyas en el barro?


El abuelo se quedará aquí. Quítate las ropas. Tú sacarás las joyas del pozo.
¿Yo?


¡Aguarda, Chips! ¡Pronto oscurecerá! ¡Y ese pozo parece la boca del lobo! ¿Cómo haré para ver las joyas?
¿Qué profundidad tiene el agua, abuelo?
Pues, un metro.


De acuerdo. Recuerdo haber visto una linterna en la cocina. Iré a buscarla.


Mientras...
¡Apúrate, papá! ¡Alguien se acerca!
¿Apurarme? ¿Alguna vez trataste de marcar un número "con la nariz"?


¡Vaya, vaya! ¡Pensaban llamar a la policía, pero no lo harán ya!
SNAP!


¡Esta vez me aseguraré que no puedan moverse!


¿Qué haremos ahora, Buz?
¡No lo sé! ¡El señor Snow está perdido!


Muy bien. Baja, Spooky.


¡Ayyy! ¡El agua está helada!


¡Cállate y trata de localizar las joyas!
¡Brrr! ¡No encuentro nada!


Busque por este lado. Le estoy alumbrando. Las veo desde aquí.
¿Dónde? Yo no veo nada.


Tome la linterna. Fíjese. Las localizará fácilmente... Inclínese un poco más.


¡Aaaayyy!


¡Señor Snow!
¿Cómo se liberó de esos bandidos?
Los engañé. Están prisioneros, hijo.


¿Prisioneros?
Sí. ¿No recuerda que quería conseguir la recompensa extra?


¡Socorro! ¡Sáquennos de aquí!
¿Cómo lo logró?
Fue fácil. Los hice meter en el pozo.


¡Nos estamos helando!
Fue listo para esconder las joyas en el pozo, señor Snow.


¿Sabe una cosa? Las joyas no están allí, sino en el altillo de la casa.


¡Vaya! ¡Y yo pensé que tú eras el hombre más astuto de la tierra! El señor Snow te ha superado.
¿Olvidas que estoy de vacaciones, querida?


¿Qué? ¿Usted capturó a los ladrones de la joyería de Boston, Shad?
Sí, comisario. Me darán una recompensa, ¿no?


Y aquí están las joyas. Por ello, recibiré otros cinco mil dólares, ¿verdad?


¿Sabe, Sawyer? Me divertí mucho jugando al policía y al ladrón.
¡Vaya! ¡Entonces le cambio su vida por la mía, Shad!

fin

¡LLAMEN AL DOCTOR BLANCAS!

Por **HÉCTOR PEDRO BLOMBERG**

ADAPTACIÓN

Dibujos de PEREYRA

Era el 3 de febrero de 1852, y mientras en las cercanías de un incipiente poblado conocido con el nombre de Caseros las fuerzas de los generales Justo José de Urquiza y Juan Manuel de Rosas libraban una sangrienta batalla, dos hombres, también ensangrentados, iban de un lado a otro socorriendo a los numerosos heridos.



Uno era el médico y poeta Claudio Cuenca, y el otro uno de sus más destacados alumnos de la Escuela de Medicina, el joven Alberto Blancas, un mozo andaluz llegado al país de niño y ahora un muchacho de veinte años.



Como olvidados del fragor de la batalla, entre ambos transportaron al herido hasta el patio de una finca vecina, transformada en improvisado hospital de sangre.



Así, en tanto el doctor Cuenca se inclinaba sobre el herido, el joven andaluz regresó hasta el campo de lucha. Y ya estaba atendiendo a otro soldado, cuando vio a un oficial federal que levantaba una bandera blanca al tiempo que gritaba:



La orden se repitió a lo largo del caserío, y unos instantes después, al cesar del fuego, una vanguardia del general Urquiza, al mando del comandante Pallejas, avanzó hacia el campo enemigo.



La gente de Rosas hizo lo que se le ordenaba, y a la vez que eran tomados prisioneros, el comandante se volvió hacia un grupo de sus soldados.



El sargento y varios soldados se encaminaron hacia la casa y recién entonces el comandante pareció ver al muchacho que curaba a un herido. Pallejas se le acercó.



El joven Blancas se puso de pie.







De pronto, un repentino tiroteo había cortado la explicación del muchacho, al tiempo que el comandante dejaba escapar un grito de rabia.



Alberto Blancas corrió detrás del jefe urquicista.



Mas el comandante estaba demasiado indignado como para detenerse.




Pallejas se desprendió de la mano que se apoyaba en su brazo y echó a correr hacia la casa. Lleno de ansiedad, el joven estudiante contempló cómo se alejaba, inmóvil y desolado. Unos minutos después el estruendo de nuevos disparos mezclado con gritos y maldiciones lo estremeció.



Impulsado por su desesperación, Alberto Blancas también corrió hacia la casa. Sin embargo, aún no había llegado al patio de la antigua vivienda colonial cuando ya todo había terminado. El joven se humedeció los labios. Un silencio pesado y sombrío le oprimió el corazón, pero siguió avanzando. El comandante Pallejas, muy pálido, apenas si lo miró.



Lo que vieron los ojos del muchacho fue un cuadro que jamás olvidaría. Tendidos y sin vida hallábanse hombres de Rosas y de Urquiza, hermanados en aquel golpe final de la muerte. Junto a una puerta, todavía con una venda en las manos, también estaba el doctor Cuenca, un doctor Cuenca ahora inerte, con una mueca amarga en su sonrisa...

...y los ojos muy abiertos, sorprendido. Lentamente, Alberto Blancas se volvió hacia el comandante.



El comandante Pallejas no contestó. ¿Para qué? Sabía que el joven estudiante jamás aceptaría lo que él dijera en su descargo. Por eso, más para sí que para el muchacho, murmuró:



Luego, girando sobre sus talones, el comandante Pallejas salió de la casa, lenta y pesadamente. Parecía haber envejecido diez años en unos pocos minutos.



Esto había acontecido en el verano de 1852, y dos años más tarde, a fines del 54, el joven Alberto Blancas vivía uno de los momentos más anhelados de su existencia.







El doctor Guillermo Rawson asintió y por un instante ambos se quedaron callados, como rindiendo silencioso homenaje al médico desaparecido. Al fin, poniendo una mano sobre el hombro de su joven y flamante colega, el doctor Rawson preguntó:







Fue así cómo, primero como ayudante de uno de los médicos más prestigiosos que entonces contaba el país, más tarde al frente de su propia cátedra, el doctor Alberto Blancas se tranformó en profesor en la misma Escuela de Medicina donde habíase recibido. Naturalizado después ciudadano argentino, el mozo andaluz muy pronto comenzó a destacarse...

...él también como una de las figuras más sobresalientes de su generación. Y cuando en 1861 un terrible terremoto asoló la ciudad de Mendoza...



Sin vacilar, acompañado por un grupo de sus mejores alumnos, Blancas partió hacia la ciudad cuyana, donde, trabajando infatigable y abnegadamente, organizó hospitales de sangre, atendió heridos y tomó medidas contra posibles epidemias. Para él, durante esos días, el tiempo no tuvo medida.



Más tarde, ya de nuevo en Buenos Aires, el general Mitre, entonces gobernador de la provincia, lo citó a su despacho.





Completamente entregado a su profesión, el doctor Alberto Blancas era ya un hombre de treinta años cuando, un día, en el momento en que iba a entrar en su casa de la calle De Las Artes...





No tuvieron que andar mucho. La joven Mercedes Vallejo vivía en una de las casas vecinas de esa misma cuadra. Al entrar en la habitación de la paciente, el médico vio a una muchacha de rostro muy pálido tendida en una reposera. Sus cabellos eran muy largos y negros y tenía los ojos cerrados.

El doctor Blancas tomó el pulso de la joven y de inmediato se volvió hacia la criadita que los observaba con manifiesta curiosidad.

¿Quieres dejarnos a solas un instante?

Sí, doctor.

La criada se marchó y el doctor Blancas, no bien estuvo la puerta cerrada, acercó una silla a la reposera, y sentándose junto a la muchacha murmuró:

Ya está bien, señorita. ¿Me quiere decir ahora qué broma es ésta? Usted no está enferma... e imagino que no lo ha estado jamás.

Mercedes Vallejo abrió los ojos, y por primera vez en su vida, el doctor se sintió completamente turbado. Nunca había visto a una mujer tan hermosa como aquélla. Empero, esforzándose por mantenerse sereno, insistió:

¿Quiere explicarme a qué se debe esta comedia? Usted no está enferma.

Ella parpadeó enrojeciendo.

Justamente, eso es lo malo, doctor Blancas. Que nunca me enfermo... y si no me enfermo, ¿cómo puedo requerir sus servicios?

¿Comprende? Todos los días lo veo entrar y salir de su casa; sé también que atiende a algunas de mis amigas y todas cuentan maravillas de usted. Fue por eso que... que...

...que simuló un desmayo para hacerme venir. ¿No es así?

Así es, doctor. Pero usted me perdona, ¿verdad? ¿No está enojado conmigo?

Mercedes Vallejo fijó sus ojos turbadores en el rostro severo de su interlocutor, y de inmediato, el médico sintió que algo muy dulce y muy extraño le oprimía el corazón.

Sinceramente, a decir la verdad, yo... yo...

El doctor Blancas sacudió la cabeza. ¿Cómo podía enojarse nadie con una joven tan hermosa como aquélla? Lentamente, casi sin darse cuenta, una sonrisa se fue asomando a sus labios. Ella también sonrió, resplandeciente, al tiempo que le tendía una mano.

¿Amigos...?

Esa tarde tomaron el té juntos, y luego una y otra vez más. Así comenzó el romance. Se casaron unos meses más tarde, y desde el primer instante Mercedes Vallejo demostró que era la mujer ideal para un hombre como el doctor Blancas...

Un momentito, señora. El doctor la atenderá enseguida.

Ligada íntimamente a numerosas familias de la todavía Gran Aldea, una tarde, la misma Mercedes fue la introductora de un hombre alto y moreno, de mirada penetrante y recia contextura.

¿Te acuerdas de mi tío Agustín? El estuvo presente el día de nuestra boda.

El recuerdo es muy vago, señor Vallejo. Pero ese día, ¡yo estaba tan emocionado y hubo tanta gente...!

Lo comprendo, doctor. Y créame, yo también pasé por un momento semejante.

¿Y qué lo trae por aquí? ¿Es la suya una visita de cortesía o viene a consultar al profesional?

Gracias a Dios, mi salud es perfecta por ahora. Sencillamente quería conversar con usted.

Les serviré café.

Bien, usted dirá.

No sé que le habrá contado mi sobrina de mí. Hace un tiempo estuve en el ejército, pero desde hace varios años soy oficial de policía. Se están reorganizando los cuadros y he pensado que usted podría colaborar con nosotros.

¿Yo...? ¡Vaya idea...!

¿Por qué se extraña? He conversado con el jefe y queremos que se haga cargo del cuerpo médico. Usted goza actualmente de gran prestigio y estamos convencidos de que sería un eficaz colaborador en nuestras tareas.

¿Comprende? No siempre se trata de perseguir bandidos. Hay circunstancias que nos es muy necesaria la opinión de un buen profesional. ¿Qué me responde?

Bueno; nunca se me había ocurrido. Tendré que pensarlo.

De acuerdo. Le daré dos días. Luego vendré por la respuesta.

El doctor Blancas reflexionó sobre el ofrecimiento y luego lo comentó con su esposa.

¿Y qué has decidido? ¿Aceptarás?

Sí; soy médico, e imagino que será para mí una nueva experiencia.

Fue así como, incorporado a la repartición como médico policial, el doctor Alberto Blancas inició una nueva etapa de su vida profesional. La mayoría de las veces eran casos de rutina, una riña, alguien mordido por un perro, una mujer golpeada por un esposo iracundo y cosas por el estilo. Así un día tras otro, durante varios meses.

Hasta que una mañana de 1865, llamado con urgencia, fue conducido hasta un comercio de la calle Cuyo. El dueño había sido asesinado y la policía había detenido a uno de los empleados.

Lo sorprendimos infraganti, cuando intentaba huir llevándose todo el dinero que había en la caja.

Como usted ve, el caso es muy simple. Lo mató para robarlo.

¡Yo no lo maté...! Me iba a llevar el dinero, sí, pero yo no lo maté. ¡Don Pancho ya estaba muerto cuando yo entré en el negocio...!

El doctor Blancas se inclinó sobre el hombre que yacía en el suelo, contempló la terrible herida que tenía en el pecho, y luego se puso de pie. Con el ceño fruncido se acercó al capitán Vallejo.

¿Sabe qué pienso? Que es muy posible que este hombre diga la verdad.





Así, mientras el doctor Blancas revisaba más detenidamente a la víctima, el empleado Esteban Paredes pudo probar que a la hora del crimen él todavía no había salido de su casa. Salió para su empleo a las siete y cuarto de la mañana y había hecho el recorrido a pie.







Vallejo miró curiosamente al doctor, pero no hizo ningún comentario. Sin embargo, iniciadas las averiguaciones y de acuerdo con los datos aportados por el médico, comenzaron a interrogar a los vecinos.





Con esos nuevos datos, la policía inició la búsqueda del carnicero Ledesma, un negro enorme que había trabajado en los mataderos. Detenido dos días después en un rancho de la costa, ni siquiera intentó negar su crimen.





Si el doctor Blancas había sido un hombre respetado, a partir de ese momento el respeto se transformó en admiración. Vallejo se sentía realmente eufórico.





El doctor Blancas sonrió. En realidad, sentíase satisfecho de su intervención, pero más que nada, feliz al ver la admiración en los ojos de su esposa. Para él, ése era el mejor de los premios. Durante los meses que siguieron, continuó colaborando con la policía, aunque durante largo tiempo en casos de simple rutina.



Luego, un día, mientras se disputaba una carrera cuadrera, hubo un tumulto y varios de los asistentes se trabaron en riña. Cuando la policía intervino, uno de los hombres se hallaba tendido en tierra, sin vida.


















Cuestión de rutina, mi estimado amigo. Nada más que rutina y un poco de observación. En mi lugar, usted también lo habría descubierto.
Es muy posible; pero aún sigo sin entender....


Sin embargo, todo es muy simple. Aquí, en nuestro país, el facón es el arma habitual de la gente del pueblo. Con él trabaja, come o pelea...


Pero póngalos en riña y obsérvelos. Por flojo que sea un paisano, da la cara y es muy difícil que ataque de atrás. Luego, fíjese cómo manejan su arma...


Llamó al sargento y al cabo Molina y les indicó que simularan una pelea.
¿Nota el detalle, Vallejo? ¿Ve cómo pelean? Los dos son criollos y usan sus armas al igual que un soldado su espada, apuntando hacia arriba. ¿Se da cuenta ahora?


Me bastó ver la herida para descubrir de inmediato que no era obra de un facón criollo, sino de un puñal europeo. Eso por un lado, y por el otro, como ya le dije, esa tendencia de la gente nuestra de pelear dando siempre la cara, me dieron la filiación del culpable.


Vallejo asintió. Dicho así, todo parecía muy simple. Pero él, como veterano en esa tarea de perseguir al delito, sabía ahora que detrás de la tranquila sencillez del doctor Blancas, florecía un espíritu sagaz y observador, un conocedor profundo del ser humano y de sus más inexplicables reacciones. Sin embargo, si el médico se hizo famoso....


...por su lúcida sagacidad, no menos admirado fue por su notable abnegación, especialmente cuando Buenos Aires se vio asolada por la epidemia de 1867 que provocó numerosas víctimas entre la gente más humilde. Durante esos meses terribles, se vio al doctor Blancas acudir de un lado a otro de la ciudad...


...aislando a los enfermos, estableciendo cordones sanitarios y ordenando severas medidas.
¿Me entendió, oficial? Que nadie saque nada, ¡nada en absoluto! ¡Y préndale fuego al rancho con todo lo que tiene adentro! ¿Está claro? ¡Más vale perder unos cuantos muebles que una vida...!

Durante esos meses, multiplicándose, durmiendo apenas unas cuantas horas por día, el doctor Blancas vivió en continuo riesgo de su vida para salvar la de los otros. Y fue en medio del dolor de ese desastre, cuando una mañana Vallejo lo llamó ante un nuevo hecho sangriento.







Por aquellos días de 1868, la Recoleta, no obstante su proximidad, era un barrio triste y desolado, habitado por muchos negros y gente muy pobre. El encuentro de aquel cadáver fue comentado por los diarios de la época con truculencias de folletín...


EL NACIONAL

UN HOMBRE DEGOLLADO EN LA RECOLETA.

A ANARQUIA SE F

Empero, agitado el país por problemas políticos, viviendo el largo drama de la guerra contra el Paraguay y enfrentando el gobierno una grave estrechez económica, aquel crimen fue olvidado muy pronto por todos, menos por Vallejo y el doctor Blancas. Sin embargo...









En los años que
llevaban trabajan-
do juntos, Valle-
jo había aprendi-
do a no hacer pre-
guntas, y si el
doctor Blancas
le daba esos datos
era porque esta-
ba completamen-
te seguro.













Los dos hombres se despidieron y cada uno volvió a su tarea específica. Surgieron luego nuevos casos, pero aunque sencillos, los informes del doctor Blancas eran siempre un valioso auxiliar para la policía. Luego, un día de 1871, una noticia estremeció a la ciudad.

¡FIEBRE AMARILLA EN BUENOS AIRES!

HAY VARIOS CASOS FATALES

TAS DE LAS P

Y tal como había ocurrido cuatro años atrás, de inmediato se vio al doctor Blancas trabajando denodadamente, combatiendo el terrible flagelo. Como médico policial, asimismo, su tarea era una de las más ingratas.



Fueron cinco largos meses de prueba, que costaron la vida a miles de habitantes. Y mientras algunos habían podido abandonar la ciudad, fueron otros muchos los que arriesgaron su vida atendiendo a los enfermos, integrando comisiones de socorro con admirable abnegación y prestando toda clase de ayuda. Luego, cuando el flagelo fue vencido...



...el mismo presidente Sarmiento agradeció personalmente la generosa actuación de aquel grupo de personas, hombres y mujeres, argentinos y extranjeros.



Entre estos héroes se encontraban el doctor Blancas, su esposa Mercedes, el capitán Vallejo, además de otros muchos, que con menos suerte que ellos, cayeron en esos largos meses de lucha.



El doctor Alberto Blancas, maestro de muchos jóvenes médicos, hombre abnegado y precursor en nuestro país del científico investigador policial, falleció en 1906, luego de haber vivido una larga y provechosa existencia; la existencia de quien fue entre nosotros personificación del doctor Watson, el amigo y colaborador de Sherlock Holmes.





- Tata, ¿puedes sacar a Atahualpa Yupanqui que quiero escuchar este disco de John Lennon...?



Son dos conjuntos de diferente ritmo, pero me gusta oirlos tocar todos juntos.



-Y para conseguir el efecto buscado he mezclado una cinta grabadora con los ladridos de Boby.



- Te prevengo que son irrompibles, papá...



-¿A qué viene eso, Inés? Yo no tengo dolor de cabeza ni te he pedido una aspirina.



- Son dos hermosos bebés, señor, algo así como un sonido estereofónico.

FLAVIA MAZZINI

DAMA DE COMPAÑIA

Por FRANCINA SIQUIER



Dibujos de MANDRAFINA


Un hombre como Federico Westerby no era común. Casi dos metros de estatura, cuerpo de atleta, bien proporcionado, cara de galán, a la que los anteojos le daban expresión intelectual. Y no podía causar buena impresión sorprenderlo abrazando a la novia de uno...


Eso fue lo que le sucedió a Javier cuando, encontrando abierta la puerta de la casa de Flavia, penetró en el vestíbulo.
¡Javier! Voy a presentarte a Federico. Es un gran amigo al que hace tiempo no veía.


Los dos hombres intercambiaron un indiferente saludo y Javier estudió a aquel individuo que sin duda se sabía atractivo y estaba acostumbrado a las atenciones femeninas.


Nos conocemos desde la época del colegio inglés. Nos hemos visto poco, pero...
Sigue firme la vieja amistad y por eso he venido hoy a pedirte un favor.


Javier, pese a que como descendiente de vascos, podía tener más flema que un sajón si se lo proponía, estaba perdiendo la paciancia.
Si quieren hablar a solas...


Su tono era retador, pero Federico no pareció captarlo y con encantadora sonrisa, aclaró:


De ninguna manera. Se trata de un problema familiar.


Ya instalados en el living, comenzó a explicar que la empresa en la cual trabajaba como ingeniero, lo enviaba por varios meses a Suecia, pero que le apenaba dejar a su madre sola, en la quinta de San Miguel, donde vivían.


Tu madre siempre fue muy inteligente y dinámica...
Cambió desde que tuvo un infarto. Le cuesta manejar el servicio, sale poco y la visitan unas amigas muy extrañas.


Mamá no tiene una compañía permanente y, repito, sus amigas no son de mi agrado. Creo que se aprovechan de su soledad.


Federico vaciló, callando quizás algo que se insinuaba en sus palabras.
En la quinta están sucediendo cosas raras. No puedo irme tranquilo, si no le consigo una especie de ama de llaves y dama de compañía...


Explicó que tendría que ser una mujer joven, de carácter agradable pero firme, respetuosa, que supiera hablar inglés y fuera culta.
Creo que usted busca un ejemplar de otra época...


Quizá Flavia, que es la mujer de las misiones imposibles, pueda encontrarla. Sé que tratarás de hacerlo.
Por supuesto, pero no conozco a nadie así.


Aunque tengas que recurrir a un aviso, sabrás descubrir a la mujer que reúna esas condiciones. Por favor, Flavia.


Venció su resistencia recordándole que, además de amiga, era la abogada de la familia y, por lo tanto, podría ejercer cierto control. Después de un rato, Federico se marchó. Había obtenido de Flavia la promesa de colaboración.


¿Que te pareció Federico?


Un fresco. Confía en la "abogada de la familia" y en una hipotética "dama de compañía" para acallar su conciencia por...


...dejar a su madre y seguro que se divertirá como loco en Suecia.
¡Javier! ¿Estás celoso?


No. Pero me gustaría que fueras menos efusiva cuando saludás a un amigo de la infancia, que, sin duda, te conoce bien.


Flavia se le acercó mimosa, sonriendo. Y en sus ojos, Javier encontró a aquella adolescente que conociera en la facultad y que siempre fuera suya. No deseaba compartirla con nadie y, mucho menos, con un hombre como aquél Westerby, demasiado peligroso por sus actractivos.


Indudablemente, Federico podía resultar peligroso pues las mujeres sucumbían a su interesante personalidad, pero con Flavia fue distinto. Con ella y con esa extraña muchacha que lo estaba aguardando en un bar céntrico, pálida, expectante, pero llena de orgullo.


No era una belleza, pero su mirada y su sonrisa lo impresionaron cuando la conoció, pocos días atrás, en el club. A él lo rodeaban las chicas de siempre, pero sintió la mirada penetrante, diferente.


Al acercarse, pudo escuchar el comentario de la joven que estaba junto a ella.
Ese es Federico Westerby. ¿No te parece sensacional?


Lleno de curiosidad, no exenta de vanidad, esperó oír la respuesta, pero sólo vio una sonrisa que podía significar muchas cosas. Y eso fue lo que lo impulsó a acercarse e iniciar una charla.


Los ojos oscuros seguían sin expresar nada. La sonrisa, más frecuente e indiferente... Y quiso saber su nombre.
¿Cómo te llamás?


Demoró la respuesta; luego, serena y displicente, contestó.
Me llamo Victoria.


Le bastaron dos salidas con ella para darse cuenta de algo: no sería para él una aventura más. Por eso, ahora, iba a verla y a despedirse, no tan sólo por el inminente viaje a Suecia, sino para evitar en el futuro complicaciones, esas que podrían derivarse de una relación seria. Federico Westerby no deseaba enamorarse.


Estrechó la mano cálida, que no se demoró en la suya.
Disculpáme el retraso. Estuve en casa de una amiga, la doctora Flavia Mazzini, para pedirle un favor.


Se sorprendió a sí mismo, explicándole el motivo de esa visita, hablándole de su problema familiar, describiéndole su casa, su mundo... Todo eso no tenía sentido, si, por su propio deseo, no iban a verse de nuevo, pero, ¡había tanta calidez y receptividad en Victoria!


mentaron también el inminente viaje.
¿Vas a escribirme?
No, Victoria. Creo que será mejor para los dos.


Te consideraba un amigo.
Me gustás y creo que te gusto. Es mal comienzo de una amistad y por ahora, no puedo atarte a promesas vagas...


Lo inseguro, siempre es vago. Como no tenés sentimientos definidos, salís con mujeres sólo para divertirte.
Me juzgás mal.


Tal vez. ¿Nunca te enamoraste?
Demasiadas veces para que fuera amor lo qua sentí. Por eso, en esta etapa, lo que más me interesa es mi trabajo.


Victoria no hizo preguntas ni comentarios; luego, pidió que la llevara hasta su casa. Todo había resultado para Federico, más fácil de lo que esperaba, hasta el momento de la despedida, cuando ella dijo...
Me agrada haberte conocido, pero me va a ser difícil olvidarte...


Las otras coqueteaban, se hacían las interesantes, no confesaban sus sentimientos reales, su propósito de conquista.
Victoria, en cambio, expresaba su angustia, que era lo mismo que decirle que lo amaba. Y el impulso de él fue más fuerte que la razón.
¡Victoria!


Después de besarla, con excesivo apaionamiento, se avergonzó de sí mismo.
Disculpáme.


El perfume de ella estaba en sus labios.
No debiste hacerlo... Pero supongo que es la respuesta de un hombre como vos, a lo que yo dije.


Su última frase también fue desconcertante:
Creo que sos capaz de enamorarte y no querés reconocerlo. Pero será como vos lo quisiste. Adiós.


Pudo haberla detenido, llenar su rostro de besos, (deseaba hacerlo), pero la dejó marchar, porque las mujeres como Victoria provocan miedo en los hombres acostumbrados a sumar conquistas.


En el siguiente día, otra despedida.
Habíamos quedado en vernos anoche, ¿qué te pasó?


Dedé esperaba su respuesta, la exigía. No estaba acostumbrada a ser postergada y durante los meses que salieron juntos, él le había dado un trato preferencial, porque se trataba de una mujer inteligente y hábil además de atractiva.
Estuve con Flavia Mazzini. Le pedí que me ayudara a resolver el problema de mamá.


Dedé, por supuesto, estaba enterada de sus planes; comentó punzante.
Ya te dije que tu madre iba a sufrir mucho con tu ausencia. No la conozco, pero imagino cómo es y lo que representará para ella verse sola.


Sí, la joven le había pedido, de mil formas distintas, que él no aceptara ese trabajo en Suecia, sin lograr convencerlo, porque Federico defendía su libertad en todos los sentidos.
Sabés que voy a partir, así que deberías facilitarme las cosas.


Por lo nuestro, no te procupes. Dejemos todo como está. Cuando vuelvas, cambiarás de manera e pensar.
La voz firme daba a entender que él la extrañaría, que la distancia le iba a hacer comprender que la necesitaba...

Se acercó mimosa, provocando el beso. Si Federico defendía su libertad, ella hacía lo mismo con su amor por aquél hombre difícil, al que todavía no era posible pedir definiciones.
Varios días después, Flavia Mazzini pensaba en el amigo ausente, mientras se abocaba a la tarea de elegir una dama de compañía para Margaret Westerby, entre quienes acudieran al aviso insertado en la prensa.
Fueron cinco finalmente las seleccionadas. Dos mujeres maduras, con experiencia anterior, una enfermera retirada, algo mayor que las anteriores, una muchacha de origen inglés, muy joven y bonita, y por último, una profesora de idiomas, bastante joven también.
Indecisa, pidió consejo a su secretaria.
¿Cuál le gusta más a usted, Susana?
La que parece tener más interés en el puesto. La profesora...
Pienso lo mismo, pero no desempeñó nunca un trabajo así y sólo tiene referencias de alumnos...
Me pareció seria y responsable.
Es posible, pero ¿será capaz de pasarse varios meses prácticamente encerrada en la quinta de los Westerby?
Creo que no la defraudará...
Flavia la citó para conversar más detenidamente con ella. Y en la tarde siguiente, Agustina Rivero contestó a todas sus preguntas, demostrando ansiedad por el empleo.
Vivo con parientes lejanos, por eso me agradaría un trabajo como éste...
Flavia no podía sospechar quién era ella realmente, ni saber qué propósito la guiaba hasta allí, pero la asombró que se esforzara en parecer mayor de lo que sin duda era, y que se mostrara tan ansiosa.
Si la señora Westerby no quedara satisfecha conmigo, seré la primera en reconocerlo y retirarme.
Perfecto. Probaremos entonces... Mañana la acompañaré a la quinta.
Se lo agradezco mucho.
Margaret Westerby se sorprendió, esperando otra clase de mujer para el puesto a desempeñar en su casa, pero Flavia la tranquilizó.
Su espíritu es muy joven, Margaret, y una persona mayor podría deprimirla; creo que la señorita Rivero es la apropiada.
He cambiado mucho espiritualmente, Flavia, a causa de mi enfermedad y el prolongado encierro. Quizá me haga bien la presencia de esta joven...


Le fue designado a Agustina un dormitorio contiguo al de la señora Westerby, y de inmediato puso en él su toque personal: algunos cuadernos, un par de fotos, una caja de pinturas y unos cuantos libros preferidos.


En la siguiente tarde, conoció a las amigas de la anciana señora, las cuales eran sin duda la causa del pesimismo de ésta...
La señora Ferraro dedica su vida a las obras de caridad.


Herminia Ferraro era una mujer diminuta, amargada, que rezumaba falsedad. Su voz lacrimógena resultaba aplastante.
Aporto sólo un grano de arena para aliviar el mucho dolor que hay en el mundo.


A propósito, ¿me trajiste los bonos para ayudar a los niños huérfanos?
Sí, sí, por sunuesto. Luego te los daré.


Le presento ahora a Zulema Abaid, a la que podemos preguntarle qué presiente con su venida a esta casa.


Margaret había hablado con inocente convencimiento, resultando evidente que la fuerte personalidad de aquella extraña mujer, la dominaba.
Es usted muy joven. ¿No sentirá miedo en esta casa tan grande y casi vacía?


La dureza de la mirada aumentaba la fealdad de aquel rostro de ave de rapiña. Agustina sonrió.
¿Por qué habría de sentirlo? Me gusta el lugar y quizá pueda usted darse cuenta de eso, ya que parece poseer poderes para ello...


Hijita, no hay que tomar estas cosas en broma.
Tampoco demasiado en serio, señora...


Durante el transurso de la tarde, no llegó a establecerse un diálogo ameno. Agustina sirvió el té, y poco después las dos amigas de la señora Westerby se despidieron, demostrando que rechazaban la presencia, allí, de la joven.


La noche penetraba en la casa, que constaba de dos plantas y era de un sobrio estilo colonial. Margaret, un poco cansada, dormitaba en su sillón, Agustina contemplaba el parque lleno de sombras y de pronto, una infinita tristeza se apoderó de ella.


(¿Cómo pudo ocurrírseme venir aquí? Si Federico se enterara...)
Porque Federico Westerby la conocía, aunque bajo otro nombre.

(Claro que por las cartas de su madre o de Flavia no me identificará. No puede imaginar que Agustina Rivero, sea la muchacha que él conoció...)

Trató de tranquilizarse, pensando que tenía varios meses por delante para estar allí, penetrando en la intimidad del hombre que amaba y de cuya vida no se resignaba a desaparecer, y a la vez, haciendo algo por la madre de él, tan sola, tan desvalida espiritualmente.



Eran complejos los sentimientos que la motivaran a presentarse a la solicitud de una dama de compañía. Enterada de que iban a poner el aviso, esperó con ansia su publicación y, aunque físicamente trató de parecer diferente y mayor, no lo hizo para representar una farsa.



Al conocer a Margaret, experimentó inmediata simpatía por ella, comprendiendo cuán abatida y sola se sentía. Su primer plan consistió en ayudarla a recuperar el equilibrio anímico, reconociendo que no iba a ser tarea fácil. Los primeros intentos se circunscribieron a hacer algunas modificaciones...





Con recursos conocidos y viejos pero no por ello menos eficaces, consistentes en luz, flores, música y lecturas, Agustina logró su primer triunfo a los pocos días de estar en la casa...





Margaret Westerby, que desde hacía un par de años llevaba la vida de una inválida, del brazo de la joven redescubrió su jardín.

Es bellísimo, pero está descuidado. Claro, el pobre Federico siempre tan ocupado...



La réplica de la muchacha fue mental.

(Muy ocupado, pero no sólo por el trabajo. Sus propias diversiones le hicieron olvidar que su madre también necesita distraerse.)

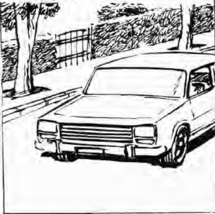


¡Y eran tantas y tan simples las formas de lograr que la señora cambiara su vida!

He visto su auto en el garaje. Tengo registro, así que, si me lo permite, la llevaré a dar un paseo.



Margaret cedió, creyendo que la joven buscaba una excusa para salir. Pronto adquirieron la costumbre, todas las tardes, de recorrer los alrededores, hasta la hora del té, que era cuando llegaban las invitadas de siempre.




Hasta que un día, habiendo regresado demasiado tarde, encontraron a las amigas de la señora Westerby, esperando.
¡Margaret! ¿Cómo te atreviste a salir con ella?


Lloriqueando, Herminia increpó a la joven
Usted no debió sacarla. Ella no puede agitarse, su corazón...


Su corazón ya está sano. Lo único que le hace mal es angustiarse con problemas que no deberían traérsele.


Se hizo un silencio violento. Zulema se puso roja y Herminia más pálida, pues ambas sabían que la frase estaba dirigida a ellas. En cuanto a Margaret, pidió el té, tratando de suavizar el efecto de aquellas palabras. Apreciaba ya a Agustina, pero quería a sus amigas y la tensión del momento la afectaba.


Agustina comprendió que había llegado el momento de obrar; alejándose con una excusa del living, hizo un llamado.
¿Puedo ir mañana a verla, doctora Mazzini?



Conversaron especialmente de lo que preocupaba a la joven: la influencia nefasta que ejercía Zulema Abaid en la psiquis de Margaret y las elevadas sumas de dinero que le sacaba Herminia Ferraro para obras de caridad nunca bien definidas...
Quisiera que usted investigara, doctora, y por ello le he traído unos cuantos de estos bonos que no me parecen bien avalados.


Ha hecho usted muy bien. Quizá esto confirme las sospechas de Federico... Le agradezco su cooperación.
Aprecio a la señora Westerby.


Más tarde, Flavia comentó con su secretaria lo ocurrido.
No nos equivocamos con ella. Es una muchacha inteligente y audaz.


Demasiado audaz, sin duda, porque hacía falta valor para fingir lejanía cuando llegaban cartas de Suecia que Margaret gustaba comentar.
Fíjese, Agustina, lo que me dice...


El párrafo final hizo estremecer a la joven.
"Debo confesarte, mamá, que te extraño, igual que a muchas cosas y personas, que en Buenos Aires parecían no ser tan importantes ni necesarias..."


"Me alegra que haya cambios favorables en casa, gracias a esa señorita Rivero a quien deseo conocer. Yo también, cuando regrese, que será antes de..."


". . . lo previsto, pues mi trabajo está muy adelantado, procuraré que cambie mi propia vida."


Me alegra que diga esto, porque, hasta ahora, mi hijo ha vivido un poco superficialmente en lo que respecta a los sentimientos.


En realidad, Federico recordaba con mayor frecuencia cada vez lo que dejara atrás y las personas, cual piezas de un tablero, iban ocupando el lugar que les correspondía. Evocando ciertos rostros de mujer, miraba con indiferencia a las bellas suecas.


Le gustaba Suecia, país de hermosos bosques, de numerosas islas y fiordos. Los lagos formaban una cadena desde el Kattegat al Báltico. La tierra estaba surcada por ríos de aguas verdes y frías.


Estocolmo le agradaba, y en especial la ciudad vieja, ubicada en uno de los pequeños islotes del archipiélago, con sus antiguos palacios imperiales y sus museos. En la ciudad nueva, caminado por Drottingatan, Fegerigsgatan y Kinsgatan, pese al colorido y la luz su nostalgia se acentuaba a medida que transcurrían los meses.
RE


Cierto día, Margaret Westerby sorprendió a Agustina.
Debiéramos fotografiarnos juntas, para que mi hijo la conociera.


Lo siento. No me agradan las fotos.
¿Por qué, querida?


La brusca negativa resultaba incomprensible para la anciana señora.
Usted tiene un bello rostro, un cuerpo perfecto. Claro que eso resaltaría más si se vistiera menos austeramente...


Al sugerir esa transformación, Margaret sonreía. Siguió insistiendo en su idea de fotografiarse las dos, pero Agustina persistió en su negativa. No se quería exponer a que él la reconociera... La última carta recibida la impulsó a preparar el terreno para marcharse de la casa, antes de producirse el regreso de Federico.


Un par de semanas después, hizo un comentario.
Mi tía no se siente muy bien. Le es difícil llevar la casa sola y me extraña mucho. ¡Hace tantos años que vivimos juntas!


¿No irá usted a dejarme, verdad, Agustina? Me ha hecho mucho bien su compañía... Puedo darle algunas tardes libres...
Algún día tendré que irme, señora Westerby. No se olvide que regresará su hijo.


Margaret observó que había una expresión extraña en el rostro de la joven. La convivencia hace que quien no sea un hábil simulador, demuestre sus sentimientos, y a Agustina se la veía temerosa, angustiada.


En cambio, cada vez le infundía mayor seguridad a Margaret. Consiguió que se interesara por trabajos de jardinería, que mantuviera correspondencia con parientes de Inglaterra... Como si quisiera que volviera a acostumbrase a la soledad, pero llenando de alicientes sus días. El mayor triunfo de Agustina, fueron aquelas palabras que, una tarde, trajo Flavia.


Sus amigas son dos estafadoras. Agustina, sospechando la verdad, me trajo los bonos para la villa inexistente.
No entiendo.


Son dos impostoras que pretendían explotarla económicamente, con supuestas obras de caridad. En los bonos no figuraba ni el nombre ni...


...la dirección de ninguna asociación legítima. Hemos descubierto todo. Zulema Abaid se gana la vida "adivinando el porvenir "de gente que...


...como usted, tiene una buena posición. Le regalan cosas o dinero.
Yo lo he hecho así muchas veces sin decirle nada a Federico...


Lamento haberle dado esta mala noticia, pero era necesario.
Lo sé. Y le agradezco a usted y a Agustina cuanto han hecho, para que no siguieran burlándose de mí.


El principal mérito es de Agustina. Una excelente muchacha que, según me ha dicho, deberá irse pronto.


Trataremos de impedírselo cuando llegue Federico, que estará aquí antes de lo que ella supone, pues no le comenté su última carta...


Contando las horas y los minutos, Margaret Westerby se dedicó en adelante a preparar el recibimiento de su hijo, sin comentar nada con la joven, intuyendo que ésta pensaba irse poco antes de la llegada de aquél, tranquilizada por el hecho de no dejarla sola.


Se pintó la casa, se hicieron algunas compras y nuevos arreglos.
Gracias a usted, Agustina, que tiene un gusto exquisito, todo ha quedado muy bien.

Y llegó esa mañana que no tuvo para Agustina matices diferentes en la cual Federico descendió del avión que lo traía de regreso.



Nadie lo esperaba, pues si bien anunciara a su madre la fecha probable del regreso, no precisó el día. Ante la casa, le sorprendió el jardín florecido, la fachada recién pintada, pero, mucho más, aquella muchacha que acudió a abrir la puerta...



El color huyó de las mejillas sin maquillaje. Tuvo que sostener a la muchacha para que no se cayera, y eso le convenció de que no era un fantasma.





Desesperada, le explicó que su primera mentira, la del nombre, había sido una broma inocente puesto que sabiendo que él tenía ascendencia inglesa, adoptó el de la famosa reina, pensando que podría resultarle más bonito.









La llegada de la señora Westerby impidió que Federico contestara. Tras el emocionado abrazo, la anciana sonrió.



No le importó a Federico la confirmación de esa verdad; después de los engaños anteriores y esperando la oportunidad de volver a conversar a solas con la joven, asumió ante ella una actitud cortés; durante la siesta, mientras Margaret Westerby descansaba, se sacó él la máscara y su ira afloró.



Te irás, conforme planeaste, diciéndole a mamá que piensas regresar más adelante; aceptará sin sufrir tanto, que no vuelvas.



Parecía sincera, pero él no quiso reconocerlo ni seguir hablando de lo ocurrido. Esa noche, la primera en Buenos Aires después de muchos meses, fue una noche de insomnio. La presencia de aquella muchacha, bajo el mismo techo, lo inquietaba.




Todo salió bien. Margaret aceptó la separación que creía temporaria, insistiendo en que su hijo acompañara en el auto a Agustina, hasta su casa.
No quisiera molestarlo. Yo...
Es lo menos que puede hacer. Usted se ha portado muy bien conmigo.


Durante el trayecto, Federico recibió una sorpresa más. Nunca creyó que la joven tuviera el valor de decirle...
No te veas tan perfecto. Nunca atendiste a tu madre como debías.


Por salir con tantas mujeres, por vivir escapándole a un amor estable, la dejaste demasiado sola. Espero que hayas cambiado.
No me explico tu proceder...


- El día que te enamores de alguien comprenderás de cuántos asacrificios, de cuántas cosas se es capaz, por cariño.
Quizás ese día ya pasó.


Así se despidieron. Agustina regresaba a un montón de horas en blanco, pero estaba preparada para ellas, porque nunca se había ilusionado con una permanencia mayor en casa de los Westerby; en cambio, Federico...


La abogada, que también era una amiga, recibió sus confidencias.
Estoy desesperado, Flavia. Mamá no hace más que hablarme de ella, y no puedo contarle la verdad, esa que te descubrí a vos...
Y que no me pareció tan tremenda ni imperdonable. No me equivoqué al pensar que Agustina Rivero era un ser poco común.


Tan impostora como las amigas de mi madre, según me explicaste.
No hagas esa comparación; Agustina o Victoria, como prefieras llamarla, tiene una maravillosa capacidad para el bien.


Reúne todas las condiciones que pedías para "dama de compañía", que son las mismas que querrías encontrar en una esposa.
¿Qué insinúas?


Flavia solamente sonrió. Una forma que tienen las mujeres para decir muchas cosas sin emplear palabras gastadas. La otra manera de hablar, es por medio del llanto y a ella recurrió Agustina al saber que Federico había ido a buscarla.


Vengo a llevarte conmigo. Mamá lo sabe todo y nunca imaginé que se pusiera tan contenta. Nos espera.
¡Qué vergüenza! Hasta ahora pensé que obraba bien, pero, de pronto...


Yo estoy avergonzado, por no haberte dicho que te amaba desde que te conocí, y por no haber comprendido enseguida que en tu engaño estaba la prueba de un gran amor.
FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



-Es por poco tiempo. Sólo hasta que tome confianza y le pida directamente a él...



-Tenía justo la condición que ella estaba buscando en un hombre: era soltero.



-¡Qué modernos eran en aquellos tiempos!

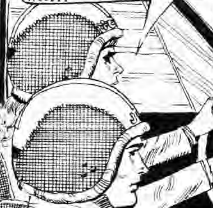
EL RALLY

Por JORGE C. MORHAIN

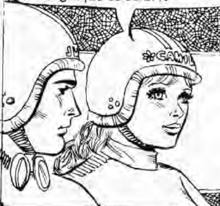
Dibujos de SZILAGY




















¡Vaya, si es Claude!
¡Cielos! ¡No hay leones aquí en Mónaco! ¿Por qué se habrá venido de África?


Camille detuvo el auto unos metros antes, para darse lugar a un arreglo de última hora. Claude los alcanzó corriendo, y el abrazo abarcó a ambos.
¡Amados! ¡Los extrañé tanto... a los dos!


Las manos de Claude y Camille quedaron enlazadas, luego del abrazo.
¡Qué bella te has puesto, Camille! ¡Eras una adoslescente desgarbada cuando inicié el último safari!
Lo que pasa es que tus safaris duran tres o cuatro años. Hace un rato nos acordábamos de tí. ¿Tardarás en partir nuevamente?


Tardaré por lo menos un mes. Hay varias cosas que quiero hacer en Mónaco. ¿Qué tal si empezamos a hacerlas juntos?



El que Calude tuviera algo que "querer" hacer realmente era asombroso. Eso, y las anécdotas y el lenguaje brillante de Claude conquistaron a Camille.
¿Pararás en este hotel?
¡Claro que no! ¡La rutina de mi primo me desespera!


Pues entonces hablaré con papá y mamá. Alquilamos un piso cerca del casino, y no dudo que podremos disponer de una habitación. ¡Vamos en el prototipo!


Julien los acompañó hacia el piso en Montecarlo. Pero fue como una sombra. Ni la familia de Camille reparó en él. Claro, a Julien sólo le importó la actitud de Camille. Todos habían crecido juntos, y la mutua costumbre había llevado al noviazgo a Julien y a Camille. Y él la amaba. Tarde en la noche dejaron el piso, y la pared que levantaba Claude entre los novios era evidente ya.


¡Es increíble lo hermosa que está Camille, Julien...!
No es de ahora. Siempre fue bella. Pero, ¿cuál es el verdadero motivo de que estés en Mónaco, Claude?


Vamos, Julien. ¿Te olvidaste de todas las carreras que corrimos juntos y todas las que ganamos? Quiero correr contigo el rally.


¿Ah, sí? Pensé que solamente la caza te apasionaba.
Sí, pero no pude olvidarme del automovilismo. Además, sentí hablar del Citroën-Masseratti, y con nosotros al volante no habrá quien nos pase. Aceptas o lo dejas.

Julien dejó a Claude en la puerta del casino y siguió a su hotel en La Condamine. Pero la idea flotaba en su mente.

(Me extraña que sólo haya venido a correr. Ojalá no lo haya traído la presencia de Camille.)

En un pequeño taller de La Condamine tenía su cuartel Julien. Allí preparaba su Citroën-Masseratti y dirigía la pequeña empresa comercial que significaba el rally de Montecarlo.

Usted ha dormido mal, Julien.

¿Se nota en la cara, cierto?

Es difícil conocer sus emociones por su rostro, pero hoy dice de preocupación.

Se aproxima la carrera. Llámame a la señorita Camille, por favor.

La noche anterior habían convenido con Claude que sería él, Julien, quien le informara del cambio de planes. Prefirió hacerlo por teléfono. No quería ver la reacción de ella, fuera cual fuese.

No es que te considere mal volante o mala acompañante, sino que con Claude formamos una pareja probada, ajustada por la experiencia...

La voz de Camille resultó fría e indiferente. Claro, pudo ser consecuencia de la hora temprana.

A último momento se inscribió Giorgio Pianta, con su Alfa Romeo. Necesitarás el mejor copiloto si quieres ganarle.

Contra la costumbre, Camille no apareció por el taller sobre el mediodía. En el piso de Montecarlo dijeron que había salido con su madre y que regresaría muy tarde. Julien no quedó convencido.

(Pensábamos ir a Niza esta tarde. Es más, estaba en el programa, y aunque no sea más copiloto debió venir.)

Claude no "necesitaba", según él, las giras de entrenamiento. Pero Julien necesitaba un acompañante. Un día llevó a un mecánico y al otro al cadete del hotel, ya que en ninguno de los días apareció Camille para ocupar su puesto. Frente al palacio de Rainiero encontró a Pierre Maublanc.

Me has obligado a modificar la lista de inscriptos, Julien Bruant.

¿Quién se lo dijo, Pierre? Pensaba hacerlo yo.

La otra mitad del famoso binomio, Claude Fernand con Camille, en el casino.

Encerró su sorpresa, o tal vez su dolor, en un saludo apresurado. Dejó al cadete en su hotel.

(A mí ni una palabra. Sobre todo ni una palabra de Camille...)

Sin querer estuvo enfilando a Montecarlo, al piso de Camille. Ella abrió la puerta.

¡Oh, Julien! Siempre telefoneas antes de venir...

Pero además tú vas al taller todas las mañanas. Y hace dos días que no vas.

E... estoy sola. Entra si quieres.

Tal vez estás esperando a Claude. Pero no te preocupes, Camille. No vine con un cargamento de reproches.



Bebieron café, observando por la ventana, más allá del edificio casi blanco del casino, el mar y el cielo tan azules de la Costa Azul. La voz de Julien quiso cortarse...

No quiero reprocharte por algo que usurpé como un derecho, sin comprender qué distintos éramos ambos. Y qué parecidos tú y Claude. Qué parecidos ambos: el uno para el otro.



Camille llevó su mano a la boca, y tal vez quiso decir algo.

No, no lo digas. Hace mucho tiempo que calculé varios modelos de futuro para nosotros. Y éste era uno de ellos. Sólo que no con Claude.

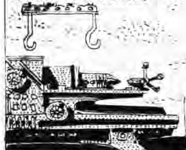


Te comprendo, Julien. Pero... nada pude hacer; y aún quizás dure demasiado poco todo.., esto de Claude y yo. ¿Correrán juntos, verdad?

Sí. Calude ya se ha inscripto. Hasta la vista.



Contra lo previsto, Claude se presentó en el taller. Era evidente que Camille le había contado la escena.



¡Vamos, vamos, viejo Julien! ¿No conoces a las chicas? ¿Cómo pudiste tomarla en serio?

¿Tú no pudiste?



Ella no es un carburador ni un prototipo, primo: es una mujer. Una polea loca, una rueda libre, una coupé sin dirección ni frenos.



Claude elegía los términos. Aquellos más conocidos, aquellos que reflejaban una idea gráfica para Julien, aquellos que reducían todo a un problema de mecánica.

¿Comprendes? Un mecánico u otro, un conductor cualquiera, hubiese servido igual.



Julien no pudo calcular esta vez su reacción.

¡La puerta es ancha y no podrás equivocarte, Claude! Volveremos a vernos en el rally. ¡Y en nigún otro lado! Nunca más.



Un viento frío inundó las calles de la ciudad esa misma tarde. Julien recorría habitualmente a pie el camino a su hotel. Pero hoy, ensimismado, no advirtió que lo hacía abrigado únicamente con su overall de mecánico.



Camille lo vio cuando ya estaba nevando.

¡Pero si es Julien! ¡Ven, te acercaré al hotel!

(¡Camille!)



No supo por qué lo hizo: aunque quería estar solo, subió. Quizás porque inconcientemente junto a ella también se sentía solo.

Debes haber aspirado demasiada nafta, Julien. Estás tiritando. ¡Si no tienes más que este sucio overall! Te dejaré en el hotel y mandaré un médico que te atienda.



Déjalo. Lo llamaré yo si lo necesito.

Como quieras, pero cuídate. Quizás yo no sepa apreciar todo tu valor, pero sí te considero el mejor volante. Por eso debes procurar no enfermarte.




No llamó al médico. Y las palabras de Camille provocaron pesadillas delirantes en su fiebre de toda la noche. Piedad... Sí, eso había en sus palabras. Pero el rally se largaba al día siguiente. Aunque nevase o él estuviese enfermo.
El sonido de tu motor es fabuloso.
PARIS MATCH
FRANCE
CITROËN
AIR FRANCE

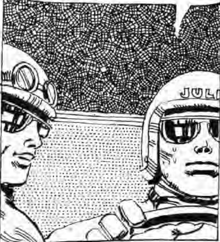

Aunque las apuestas benefician a Giorgio. Giorgio Pianta.
No lo sabía. Jamás apuesto.


Mientras se ubicaban en el lugar que les había correspondido por sorteo, Claude siguió hablando.
¡Tú sí que vives en las nubes, primo! Esta es una de las carreras más antieconómicas que existen. Los gastos no justifican correrla nunca.
¿Por qué corren tantos, entonces? Hay casi trescientos coches.


¿Por qué crees? ¡Las apuestas! Las apuestas financian el rally de Montecarlo.
No... me cuesta aceptarlo así, Claude.


Camille estaba en la largada.
¡No suelten el acelerador! ¡Toda la suerte del mundo!
RALL
807WOB
19
RALLYE MONTE CARLO


Seguía nevando cuando salieron de la ciudad. Pero era la parte de camino bueno, y pronto superaron a varias de las potentes máquinas en carrera.
19


Vamos bien, pero siento tu respiración agitada. ¿Te pasa algo?
Un resfrío. Y una noche sin dormir.


La carrera reglamentaba el tiempo a conducir entre ambos. Con el deshelador al máximo, Julien hacía esfuerzos desesperados por no perder el camino.
Déjame hablarte de Camille. Ella siente todo esto.
Vigila el camino. Dime si ves que me desvío. En silencio, por favor.


De pronto, un Alfa Romeo que habían superado hacía rato rugió en una curva, y los pasó como si fueran un poste.
¿Quién es?
Giorgio Pianta.


¡Voy a jugarme con todo! ¡Vigílame para que me mantenga despierto!
¡Sí! ¡No debe ganarnos la etapa!
807WOB


807WO
RALLYE MONTE CARLO


¡Un final de etapa apasionante! ¡Está superando la llegada el Citroën- Masseratti de Bruant y Ferrand perseguido a pocos segundos por el Alfa Romeo de Pianta!
¡Oh, lo hicieron!


Las efusiones de siempre, las fotos. Era mejor evitarlas, pero Claude las amaba. En medio de ellas el muchacho, llamando.
¡Una llamada de la señorita Camille Masson! ¡Para el señor Ferrand!
Es... es mejor que busque una cama, o no podré correr mañana.


Desde la cabina telefónica, Claude lo vio alejarse.
¡¿Eres tú, Claude? ¡Te felicito! ¡A ti y a Julien! ¿Cómo estás?
Yo bien. El que no sé si lo está es Julien. Tiene un resfrío tremendo.


¡Oh, es terrible! ¡Imagino que podrá correr!
Sí podrá. Yo me ocuparé de eso, Camille.


Por la noche, Julien debió llamar a un médico. Un médico que sentenció, circunspecto:
Gripe. Gripe de Hong Kong. Imposible moverse por cinco días.


¿Cómo? ¡No! ¡Es imposible! ¡Tengo que levantarme mañana! ¡Siempre he pasado accesos como éste sin dejar mi tarea!
Pues esta vez deberá hacerlo, o pescará una pulmonía realmente grave. Usted no es un carburador, amigo.


No, no lo era. Como tampoco lo era Camille. Tal vez tenía solamente habilidad para manejar carburadores, y no a una chica. Y con carburadores no podía hacerse un hogar.


Una larga vigilia afiebrada fue la noche. Al amanecer Claude lo despertó.
Vamos, muchacho. Hay que calentar la máquina, hacerle una revisión general. Sólo tú puedes hacerlo.


Ya no es necesario. No puedo seguir en carrera. Estoy fuera de la pista... con gripe.
¿Qué? ¡Ni lo sueñes! ¡Giorgio Pianta pensaría que le tuvimos miedo! ¡En esta etapa partimos con ventaja!


¡Vamos, de todos modos me toca manejar a mí! ¡Levántate! ¡Nunca te quedaste en la cama!
¡Vuelo de fiebre! ¡No te serviría de nada!


Lo arrastró hasta los boxes. Camille había volado en la noche y los estaba esperando. Enseguida advirtió la situación.
¡Estás con gripa! ¡No debes hacerlo, Julien!
Ya lo ves. Hasta nos damos el lujo de darles vantaja. Al auto, Julien.


¡Tu primo no está en condiciones de conducir, Claude!
Solamente conducirá a la salida. Luego cambiaremos los cascos y seguiré yo. Acostúmbrate ya a nuestro triunfo.


Largaron muy adelante. Y acelerando al máximo, para permitir el cambio de volante.


Apenas estemos en descampado cambiaremos el lugar. Si tú no me guías no podré seguir manejando.
No... no sé si podré.
FRANCE


¿Qué interés tienes, Claude? Vas a perder dinero costeando esto. ¿No había leones en Mozambique?
Demasiados para mi gusto.


Pero aquí me esperan veinte mil dólares americanos. Por medio de un intermediario jugué dos por uno a nuestra mano.
JULIEN


Las apuestas benefician a Pianta, te lo dije. Pero yo sabía que tú vencerías.
¡Te... te desprecio, Claude!


Julien llegó desmayado al final de la etapa. Claude pudo reanimarlo para la llegada en punta.
¡Te denunciaré a la prensa!
Y creerán que tienes parte en la ganancia. Además, Camille no lo sabe...


Camille llegó a tiempo para hacerse cargo de Julien. Viajaba con el equipo de auxilio, listo para recibirlos al final de las etapas. Lo llevaron a un hotel.


¡Lo obligaste a correr en este estado! ¿No ves que lo consume la gripe?
El equipo Bruant-Ferrand no puede perder, Camille. Eso es lo más importante.
HOTEL
HOTEL

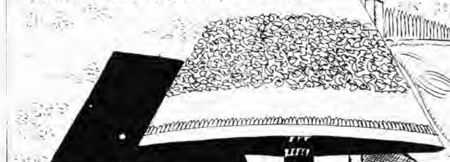



¡Eres egoísta, Claude!¡Solamente piensas en ganar, aún a costa de su vida! ¡Tienes sed de triunfo!

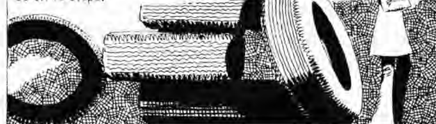

Claro, Camille no podía saber que detrás de ese afán de triunfo había otro, llamado veinte mil dólares.
¿Qué me pasó? ¿Qué estás haciendo, Camille?
Claude fue a ultimar unos negocios. Te desmayaste. Enseguida vendrá un médico, Julien, y yo me quedaré a cuidarte.


¿Porque gané?
No, Julien. Porque necesito imperiosamente ser tu amiga.


¿Sabes acaso la sucia realidad de esto?
Sí, Julien. Sé que te obligó a seguir en carrera, sin pensar en tu seguridad ni en tu vida. ¡Oh, cómo puede ser tan egoísta!


Claro, ella ignoraba la otra verdad, pero Julien no quiso revelársela. No pudo hacerlo, por Claude. Lo que no pudo evitar fue un dejo de despecho en su voz.


A él como a ti, no le importa el futuro.


Había dos días de descanso en el rally. El médico recomendó terapia intensiva, para sacarlo del shock, y Camille estuvo en los momentos más difíciles. Sólo un día después, un pálido y demacrado Julien entraba vacilante al taller alquilado en la etapa.


¡Julien! ¿No haces mal en venir ya al taller?
Mañana hay que correr. Y puedo caminar al menos.
BP


Estábamos muy preocupados por tu salud...
Te lo agradezco, Rosa.


Le extrañó la mirada de Rosa, su auxiliar contable. Claro que, pensó, tal vez nunca la había mirado a los ojos. De pronto recordó su voz, al fin de las etapas, felicitándolo por teléfono. Ahora estaba frente a él.
(¿Todos los hombres piensan igual?)


(¿Todos los hombres despreciados por una mujer se arrojan en brazos de la primera que los mira con ternura?)


Camille le parecía lejana ya. Claude se había encargado de apartarla, como quien aparta la niebla de un camino. Antes hubiera pensado que no podría amar a otra.
¡Julien! ¡Te busca el señor Ferrand!











El perfume de Rosa invadió el auto mientras corría por las afueras de la ciudad. No podía dejar de mezclar a ambas en su pensamiento: Rosa y Camille...

(El amor parece un Ave Fénix. Lo consumen las llamas, y renace con otra piel.)

No quiso compararlo con un largo rally, donde las etapas debían ser quemadas para llegar al rutilante final. Giorgio Pianta los saludó, al regreso.

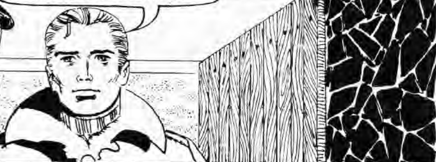
¡Chau, Rosa! ¡Chau, Julien! ¡Quiero felicitarte, ragazzo! El rally es tuyo.



En el taller habían clavado una nota.

Encontré a Camille. Estamos festejándolo. Ella partirá hacia Montecarlo enseguida para recibirnos allá. Te veré mañana.
Claude





De pronto sintió fuertes deseos de haber terminado ya. Un poco por el triunfo, y otro por saber qué pasaría con Camille y Claude.

Ya estoy lista, Julien. Vamos.

¡Vamos!

¿Sabes? Me he sentido muy contenta trabajando contigo. Más que patrón has sido un amigo.

No pienses agradecerme nada, Rosa.

No... es que quería desearte suerte. ¡No sabes cuánto me gustaría acompañarte en esta carrera! ¡Cuídate!

Gracias, Rosa...

De pronto estuvieron en la estación. Sacó el pasaje, y se lo dio. Detuvo su mirada en los ojos de ella. Su mirada, increíblemente dulce. No tenía planes para esto. Pero lo hizo.

Gracias, Rosa. Gracias por ser como eres.











Sólo al empezar la última etapa, con Claude al volante, habló Julien.

¿Amas a Camille?

¿Te cabe alguna duda?

Sí. Si en realidad la amases habrías hablado de la apuesta.

Estaban en el campo abierto, a la punta. Eran los favoritos. Entonces, como respondiendo a Julien, Claude salió a la pista y se detuvo.

¡Eh! ¿Qué haces, insensato? ¡Van a pasarnos!

Tú hablaste de apuestas, Julien.

Esta vez también las hubo. Necesito más dinero que nunca, para casarme. Y puesto que somos los favoritos, aposté en nuestra contra.

La boca de Julien se llenó de insultos, pero los contuvo. Quiso hablar del rally y del honor, y de la hombría de bien. Pero no había tiempo.

¿Cómo... cómo puedes ser tan sucio?

¡Sigamos de una vez! ¡Te lo ordeno!

No seas estúpido, primo. Es mi oportunidad y no la perderé.



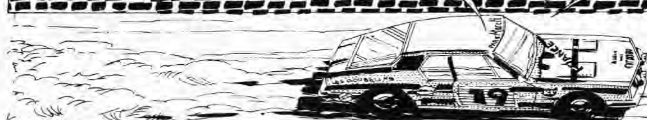
Le dolió pero no había otro método. Se sentó al volante, acomodó a Claude, y, como la primera vez, cambió los cascos. Tendría que ganar la carrera, solo.



Cuando empezó nuevamente el camino bueno, Claude despertó.

Sí, lo veo. Estamos otra vez en la punta. Eres el mejor volante que conozco, Julien. ¿Sabes? Nunca pude cobrar las apuestas de las primeras etapas. Me estafaron.

Pues ésta será tu segunda pérdida.




Antes... antes pensaba que eras un chicleur de carburador, un tipo que solamente vivía para motores. Ahora Camille me habla demasiado de tí.


¿No pensaste que será tu esposa cuando volviste a apostar?
Perdí mucho dinero en Africa. Por eso, por ella, para que no sufriera al saberme pobre, es que me metí en este negocio turbio.


Estás equivocado con Camille. No se casará contigo por dinero. Pero tampoco por un amor sin mañana, por un amor sin sinceridad, sin verdad.
¡Basta!


Se adelantaron velozmente, y, en rápida y silenciosa maniobra, volvieron a ocupar sus puestos.
No sé. A lo mejor me hacía falta un golpe como el que me diste. O a lo mejor me estoy volviendo tonto. Pero te ayudaré, y ganaremos el rally. Aunque yo pierda.


La apoteosis. La llegada. Las cámaras, los gritos, los saludos, frente al casino de Montecarlo. Bruant-Ferrand habían ganado.


Con extrañeza, Camille vio a un solitario Claude aplaudir a Julien mientras le entregaban la copa. Lo abrazó y lo besó, más distinto que nunca.
Es a Julien a quien debes besar. Es el quien ganó realmente.


Todo el día y la noche, una retahíla de agasajos y reportajes y alegría. En medio de ella, Claude y Camille, siempre juntos. De pronto Camille lo encontró solo, y se lo dijo.
Claude me contó toda la verdad.


Me explicó el asunto de las apuestas. Tengo que agradecerte tanto que lo hayas hecho reaccionar... ¿Qué me importa el dinero, si tengo su amor? Además... creo que ha aprendido otra cosa. Que sólo hay una forma de ganar, en todo: trabajando.


¡Ojalá... ojalá puedas ser tan feliz como yo, Julien!
Gracias, Camille.
Quiso decirle que ya era feliz, quiso hablarle de Rosa. Pero temió apresurarse. De pronto sintió cansancio de todo aquel bullicio, de todo aquel boato. Salió del jardín donde el Citroën-Masseratti brillaba bajo la lluvia reciente.


Junto a él, Rosa lo estaba esperando.
FIN

VAMOS A REÍR

-Soy yo quien se va a casa de mamá. . .



-Nada nuevo. Y tú, ¿tienes alguna novedad?



-¿Estás segura de que ésta es la primera vez que juegas a póker, Luisa?

LA MUJER QUE VOLVIÓ DE LA LLUVIA

Por PEDRO M. MAZZINO



Dibujos de KLACIK

10079

¿Sos siempre tan serio o estás pensando en el trabajo que te espera el lunes en el estudio, Fernando?

Pienso en vos, simplemente.

Era alta, rubia, espigada y todo eso que una muchacha de veintitrés años debe ser para tener imán con cualquier hombre. "Está loca por conocerte", me había dicho mi padre. Pero ahora, yo sabía que podía haberse ahorrado el "por conocerte"...

Pensá en voz alta, entonces.

Sos un típico producto de esta época, Nina. Vivís apurada, queriendo ganarle tiempo a todo. ¿Te preguntaste alguna vez para qué?

Nunca. Dejo esa pregunta para los viejos como vos. Nos separan ocho años, toda una generación. Y se nota.

Te enseñaron cosas que ya no se usan. Hay nuevos conceptos y filosofías que escapan a los que son de "ayer".

¿Por qué desmontaste ahora? Pronto oscurecerá, y debemos volver.

Necesitamos un refugio, para no empaparnos. ¿Ves esos nubarrones? En un instante se volverán lluvia.

No creo...

¿Quién te enseñó a conocer tan bien el tiempo?

Pasé todos mis veranos en esta estancia. Pero conozco algo más: a los hombres, por ejemplo.

Encendió un farol a querosene. Esa cabaña la usaban los arrieros cuando el temporal los sorprendía en pleno descampado. Acercó la luz a mi cara. Había una expresión extraña en la suya...

¿Te digo cómo te sentís ahora, Fernando?

¿Por qué no?

Temblás como una hoja a punto de volverse juguete del viento, como dice el poema. Estamos demasiado solos y lejos aquí. Tenés miedo.

¿A quién?

Era imprevisible. No contestó. Se limitó a salir y a espantar los caballos...

¿Por qué lo hiciste?

Para que el miedo te crezca. Tendremos que pasar la noche en esta cabaña. Vos y yo. Solos.

¿Y si no tuviera miedo?


Comenzaría a tener-lo yo.


Hay una luz en la cabaña, Aguirre. Usted tenía razón.
No podía ser de otra manera, Zuloa-ga.
Creo que salí rojo de vergüenza, por las conjeturas que ellos debían hacerse. Porque cuando subimos al auto Nina se quejó:
¡Sos un arruinador, papá! Pudiste esperar un rato más. Fernando estaba diciéndome que ninguna lluvia le había gustado tanto.


Los caballos debieron espantárseles y se quedaron refugiados allí. ¡Nina! ¡Fernando!
Tu padre y el mío nos hallaron. ¿Te parece mala o buena suerte?


Espero que esto sea el promisorio comienzo de algo, Zuloaga. Mi hija necesita sentar cabeza definitivamente.


Quince días después todo había pasado entre nosotros. Dejó de llamarme. Y al terminar el trabajo del estudio, mi padre me repetía la recomendación:
Llamála vos, Fernando. Si pelearon debe ser el hombre quien dé el primer paso para la reconciliación.


No peleamos nada. Simplemente, hace una semana me dijo: "hasta mañana", y todavía estoy esperándola. Es medio chiflada; lo que se dice un tiro al aire.
Sigo sosteniendo que...


¿Se iba ya, doctor Zuloaga? Quise llegar antes, pero el tránsito del centro es una locura a esta hora.
Para usted siempre estoy en horario de oficina.


Podría definirla con un montón de palabras. Era tan bonita como Nina, pero otra cosa distinta; acaso todo lo contrario. Parecía llegar de un mundo lejano y estar ausente en éste de nosotros. Mi padre creyó oportuno presentarnos...
Ella es Valeria Ver n, Fernando.


(Un verdadero ángel. Fue una lástima que apareciera cuando no pude quedarme y seguir mirando esos ojos llenos de sugestión.)















Era su manera de transformar las casualidades en justificativos. Decía "volví" cuando nos habíamos encontrado por azar. Cuando salíamos se largó a llover...

Sin embargo yo creo conocerte bastante bien, Nina.








¿Qué suponen que contestó? Entornó los ojos y alzó la mano como si estuviera sosteniendo en una paleta...
Vocacional, amigo mío. Ardo en deseos de poder expresarme con su locuacidad estética.
Entonces el destino nos ha unido esta noche.


(Me ignoraron olímpicamente. Ni siquiera me dijo "hasta mañana", como la otra vez.)
Me llamo Jean Pierre Duc. Soy de París, pero vine a Buenos Aires tentado por nuevos horizontes, hace un mes.


(Fue un mes, un fugaz mes de lluvia que se llamó Nina. Prometo no dejarme someter a la tentación de volver a ella si algún día nos encontramos por ahí.)


Era la lluvia, que llega y pasa. Mi cara fue suficiente para que mi padre supiese lo que había pasado al día siguiente. Pero no hizo muchas preguntas. Un asunto lo preocupaba.
¿Vas a quedarte toda la noche estudiando esos papeles?
Se trata de Valeria Vernon. Me consulta cada vez que tiene problemas en su empresa.


Para resolverle éste necesito un par de datos. Le telefonearé y ...
¿No sería mejor que me permitieras ir personalmente a preguntárselos?


Me dio la dirección. La suya era toda una casa, en Flores. Ni vieja, ni moderna. Algo clásico, que olía a tristeza.
(¿Me recordará? Nos conocimos hace...)


Pase, Fernando...
Su memoria me asombra. Yo pensaba que habiéndonos visto una sola vez...


Su padre acaba de telefonearme anunciándome su visita. Necesitaba otro informe aparte de los que viene a buscar usted.


El desencanto me abatió. Me dio todo lo que debía darme, pero quise permanecer un rato más cerca de ella. Forcé una charla circunstancial.
¿Vive sola en este caserón?
No. Con mi madre y...


¿Vas a tardar mucho en subir, mamá?
¡No debiste bajar así, Pablito! Podrías resfriarte.


Este es el otro habitante que me ayuda a compartir el caserón, Fernando.
Una criatura realmente encantadora, señora.


(No podía ser de otra manera. Muy hermosa, muy centrada y demasiado llena de valores para no tener dueño. Sin embargo...)


(" Este es el otro habitante..." Debió decir otra cosa, mencionar a su esposo. ¿Por qué no lo hizo?¿Será...?)


¿Viuda? No, Fernando. Valeria tiene esposo aún. Un hombre que no la merece y que la abandonó hace tres años, cuando Pablito, que lleva su nombre, tenía apenas dos.
Por eso esa expresión triste y esa ausencia que flota en su mirada.


¿Adónde se fue Pablo Vernon?
Es lo que Valeria querría saber. Lo ama aún. No lo olvidó nunca. Me lo dijo una vez, y advierto que sigue empeñada en ese sentimiento.


Una mujer sumida en una eterna lluvia. Me dio lástima, por ella. Y rabia, por el que la había despreciado. Cada vez que volvió por el estudio traté de crear un lazo entre los dos. Pero sólo se mostraba accesible para encarar los problemas financieros-legales de su empresa...
Debo irme ahora, doctores Zuloaga. Me costará conseguir taxi con esta lluvia.


No debió molestarse en traerme, Fernando.
¿Cree que es molestia, señora Vernon? Me da la oportunidad de estar más cerca de su inexplicable soledad. Debo ser franco con usted. Mi padre me ha contado lo que sucedió con su esposo.


No soy un caso tan raro. Hay muchas mujeres en mi situación. Un casamiento lleno de promesas y una realidad que va matando ilusiones. Hasta que, por fin, el más culpable es quien dice adiós.


Y la víctima queda extrañando al victimario. ¡No hay derecho! ¿Esconde alguna remota esperanza con ese hombre?
Mi hijo y yo todavía lo necesitamos.


Lo dijo con los ojos húmedos. Y me pareció más encantadora que nunca. E inaccesible. Llegamos a su casa. Ya no llovía. Retuve su mano cuando nos despedíamos...
Me gustaría... ayudarla.
¿A olvidar o a saber algo de Pablo Vernon?


Es por lo menos. el único consuelo que ansío, Fernando: ubicarlo, enterarme que vive. ¡Gracias por traerme! Hasta pronto.
Hasta siempre, señora.


Fue como si me cortaran la cuerda que unía mi balsa de náufrago al barco salvador. Mujer de un solo amor. De una sola, interminable lluvia. "Te enseñaron cosas que ya no se usan", recordé aquella frase de Nina. Valeria la ponía en práctica.
¡Por fin llegás, Fernando! Aguirre vino a pedirte ayuda.


Se trata de Nina, mi hija. Quiere irse a París, detrás de un pintamonas que la tiene enloquecida el último tiempo.
¿Jean Pierre Duc?


Le dije que lo habíamos conocido juntos y que fue la razón de nuestra despedida. Un delirante, un exéntrico que acaso la había enredado en la aventura incierta de un futuro frágil, como los que gustaban a Nina...
El vuelve a su país y ella pretende seguirlo a toda costa. ¡Háblale!


¿Por qué? La respuesta es simple, Fernando: lo amo.
No sabés nada de amor, Nina. Nunca supiste. Seguís viviendo a excesiva velocidad. Si sobrepasaras el límite de la prudencia...


Jean Pierre se parece a mí. En todo. Le fue mal con sus cuadros en Buenos Aires, y resolvió volver a París. Aquél es su mundo. Y será el mío.
¿Te ofreció casamiento?


No. Es un hombre libre, como yo. No cree en las ataduras que la sociedad impone a los que intentan protegerse con ellas de la inseguridad.


Loca, rematadamente loca. Una hoja del otoño al vaivén del viento, que, ahora, se llamaba Jean Pierre Duc. "El viaja el sábado", dijo, "yo en cuanto papá me dé el dinero suficiente". Resolví ayudarla...
Tenemos un asunto pendiente en París, ¿verdad?
Sí, hijo, esa sucesión que debe ser tramitada allá.


Iré a tramitarla yo, papá. Será mi excusa para acompañar a Nina. Lo que le pasa con ese pintor no puede durarle más que el tiempo que insumirán mis gestiones: dos o tres semanas.
¿Lo hacés por ella o por vos? ¿Sentís algo por esa muchacha alocada y variable?


Mi mujer ideal es distinta a Nina. Constante, firme en sus convicciones, fiel a lo que quiere, como...
¿Como quién?


"Como Valeria Vernon", debí decir. Pero preferí callarme. Dos días antes del viaje, ordenaba los papeles de esa sucesión-excusa en el estudio, cuando apareció. Venía a hablar con mi padre, pero él no estaba...
Puedo atenderla yo, señora Vernon. Estoy preparando mi partida a París, pero...
¿París?


Esa palabra pareció impresionarla. ¿Por qué?
El destino es caprichoso e imprevisible, Fernando. Usted dijo que le gustaría ayudarme. Tendrá una oportunidad ahora. Hace unos meses una amiga estuvo paseando por allá...


...conocía a mi esposo y creyó haberlo visto en una galería de Montmartre. El solía pintar algunas veces. Quizás...
Comprendo. ¿Quiere usted que investigue eso? Lo haré. Necesito algo: una foto de Pablo Vernon.


La llevaba en su cartera. Suelta, como al azar, pero yo sabía que debía mirarla de tanto en tanto, para fortalecer un recuerdo que le hacía mal, pero no podía impedir...
La tomé yo misma. Un año antes de su adiós.


¿Qué debo hacer si lo encuentro?
Sólo decirme que sigue vivo. Es lo único que deseo saber. ¿Le parezco tonta?


Me pareció una mujer enamorada. Envidié a ese miserable ser que se llamaba Pablo Vernon. Nina fue callada en el avión, pero al llegar al aeropuerto de Orly, cuando pisamos tierra francesa, tuvo un impulso de agradecimiento...
AMERICAN
¡Realmente sos un buen tipo, Fernando! Merecerías lo mejor.


La condición de tu padre fue que te alojaras en el mismo hotel que yo, Nina. ¿Dónde encontrarás a Jean Pierre?
No me lo dijo. A lo mejor porque no suponía que fuera capaz de hacer lo imposible por seguirlo.
TAXI


Eso me resulta incomprensible. ¿Te ama o no?
No lo sé. Nunca me lo dijo. Me basta con saber que soy yo quien lo ama.


Dos días después habíamos iniciado los trámites de esa sucesión-excusa. Ella recorría los barrios bohemios. Una noche, durante la cena...
Di con él. Alquiló un atelier en la calle Rivier. Se sorprendió al verme. Comparte ese lugar con otros pintores y prometió llamarme al hotel para salir, el sábado.


Está trabajando intensamente, ¿sabés? Quiere recuperar el tiempo perdido en Buenos Aires, presa de una incontenible inspiración. Tengo dos días para recorrer con vos la ciudad.


Los empleamos en visitar galerías de arte. Yo buscaba en cada cuadro una firma: Pablo Vernon. Preguntaba a cada "marchante" de pintura por él. Nada. Nadie lo conocía...
¿Por qué estás empeñado en encontrar a ese tipo? ¿Es amigo tuyo?
No. Es...


Es simplemente el hombre que tiene lo que yo más ansío.
¿Algún cuadro especial? ¿Desde cuándo te interesás por la pintura?


Tiene el amor de una mujer excepcional, Nina. Pero lo abandonó hace tres años.
¿Y vos ambicionás a esa mujer? ¿Estás enamorado de la misma que él dejó, Fernando?


No supe contestarle. Era una pregunta que me había hecho muchas veces. ¿Qué ambicionaba en realidad? ¿A Valeria o a esa forma que ella le daba a su constante amor?
¿Cómo es ella?
Se llama Valeria.


¡Increíble! Fernando Zuloaga, enamorado de Valeria Vernon..., la esposa de un tipo que la dejó para venirse aquí. Es lo que suponía : nunca terminaré de conocerte. Sos tan raro como yo. O como Jean Pierre.

La llamó el sábado. Se puso lo mejor que tenía para salir. Era casi verano en París. Me dijo que la pasaría a buscar en su auto, para llevarla al campo. Cuando dejó el hotel me asomé a curiosear...





Pasé el día vagando por Monmartre. "¿Pablo Vermon?... No, monsieur, no conozco a ese hombre. ¡Hay tantos pintores en París! Busque más adelante."







Hablaba en francés, pero al saberme argentino comenzó a mezclar palabras en castellano. Nos metimos en un callejón sombrío. Una puerta sucia y unas escaleras lúgubres. Arriba había un atelier...





No me reconoció. Acaso aquella vez, en esa muestra de Buenos Aires, sólo tuvo ojos para Nina. ¿Qué hacía allí cuando debía estar con ella, en el campo...?





Cuando cerró la puerta me quedé oyendo...



Vi el auto al que Nina había subido, en la calle. Un taxi me dejó en el hotel. Estaba en su cuarto, abatida. Sin lágrimas pero a punto de soltarlas...




Llegamos a un hermoso lugar, cerca de Lyon. Había un arroyo, trino de pájaros, pero Jean Pierre parecía lejano, como ausente.


"Para cortar el silencio y hablar de cualquier cosa, le conté que vos me habías acompañado..."
Se llama Fernando y es... un viejo amigo. Estos días anduve con él recorriendo galerías. Busca a un pintor, ¿sabes?


Un tipo que dejó a su mujer en Buenos Aires para venirse a París. Sucede que Fernando está enamorado de esa mujer.
¿Cómo se llama?


¿El pintor o la mujer?
¡Cualquiera de los dos! ¡El nombre, Nina! ¡Quiero saber ese nombre!


Pablo Vernon... ¿Lo conoces?
¡No!


Estaba pálido. Dijo que ya no quería estar allí. Subimos al auto y volvimos. Me dejó en el hotel y se despidió con un adiós que me asustó, Fernando. ¿Qué pudo pasarle?
Sólo una cosa, Nina: a lo mejor conoce a Pablo Vernon.


Iba a explicarle de qué modo la casualidad me había llevado al atelier de Jean Pierre, cuando el teléfono interno sonó. Alzó el tubo y...
¿Que alguien desea verme abajo? Oui, monsieur, dígale que ya voy.


¡Es él! No puede ser otro que Jean Pierre. Viene a pedirme perdón.
(Quizás no, Nina. Puede venir a corregir su mentira de esta mañana y a decirte que conoce muy bien a Pablo Vernon...)


No quise dejarla sola. Bajé tras ella. Estaba en el bar del hotel, con él. Desde la puerta oí las voces que parecían gritos...
¡Quiero la verdad! El tal Fernando estuvo hoy en mi atelier. Lo recordé cuando el hombre que lo guió hasta allí me dijo que era argentino. ¡Estaba contigo en aquella exposición!


Sí, puede ser, él busca a Pablo Vernon...
¡Y tú también! ¿Los envió Valeria? Debiste entender que lo nuestro terminaba cuando resolví regresar a París, Nina. Pero me seguiste. ¿Para qué? ¡Soy un hombre libre, absolutamente libre!


(Agregando cabellos largos, bigotes y barba a esta foto de cuatro años atrás, este hombre resulta ser...)


Me vio y dejó la mesa. Parecía alterado, con el rostro encendido y los ojos duros, trató de convencerme con una mentira que, a lo mejor, resultaba cierta...
¡Pablo Vernon murió! ¡Sépalo usted, amigo mío! ¡Y dígaselo a esa tonta mujer que lo envió!


No lo entiendo, Fernando. ¿Qué quiso decir?
Nada nuevo, Nina. Es un pobre hombre equivocado que...


¡Un accidente , en la calle! Creo que es el auto de...
CRAAASH


¡Jean Pierre! Iba ciego cuando salió.


La ambulancia no tardó en llegar. El policía que recogió los documentos pasó los datos al médico. Estábamos demasiado cerca para oír...
Tiene pasaporte, doctor. Aquí dice: "Pablo Vernon, nacionalidad: argentino. Edad..."
¿Entonces? ¿Lo sabías, Fernando?


Lo supe recién, cuando me dijo que Pablo Vernon había muerto.
Lo llevamos al hospital Saint Germain . ¡Será difícil salvarlo!


Nina lloró, exiliada en su cuarto. Cuando regresó parecía volver de la lluvia . Me vio en la cabina telefónica del hotel. Le abrí la puerta para que supiera con quién hablaba.
Vengo del hospital, Valeria. Aún vive. Si desea viajar a París hágalo rápido. Me encontrará en el hotel...


Debiste esperar, Fernando. Decírselo después, en Buenos Aires, cuando ya fuera verdad que Pablo Vernon no existiera. Es la mujer que amas, ¿no?
Ella necesitaba venir. Verlo, aunque fuera por última vez. No amo a Valeria, apenas ambiciono el amor que ella fue capaz de sentir.


Llegó a París en la noche siguiente. Fuimos juntos al hospital Saint Germain. Los tres. Nina y yo asistimos al reencuentro doloroso.
Es tarde, Valeria...


Moriré tan libre como deseaba ser. No nací para atarme a nadie. Fui a Buenos Aires para saber si podía estar cerca tuyo y del niño y no desear verlos... Pude...
Estás mintiendo, Pablo...


"El niño me contó lo que pasó una tarde que yo no estaba en casa. Jugaba en el jardín y un hombre se le acercó, llevaba barba y pelo muy largos..."


"Cuando le preguntó:'¿Vos quién sos?', el hombre salió corriendo, como huyendo. Eras vos, Pablo. Ahora sé que eras vos..."


Es verdad, Fernando. Yo estaba con él aquella tarde. Bajó de mi auto y quiso acercarse a ese niño que jugaba solo. Después, cuando volvió, comenzó a decirme que deseaba volver a París.
Se sentía débil, Nina. Su ansia de estúpida libertad flaqueaba.


Todavía podés volver a nosotros. Te esperé siempre. Pablito también. Se lo dije cuando venía hacia aquí: voy a traer a papá.


Nos recibió el invierno en Buenos Aires. Y mi padre y Aguirre, en el aeropuerto de Ezeiza. Se limitaron a abrazarnos, pero no se atrevían a las preguntas. Estaban enterados nada más de lo sucedido a Valeria Vernon.
¿Van a estar mudos todo el tiempo?


Ya conocemos la mejor noticia, Nina. Zuloaga me contó que el esposo de esa mujer se salvó de milagro, y que volverán juntos muy pronto, a rehacer sus vidas.
Hay algo más, papá. Lo que pasó con una chica que se parecía a la lluvia.


Ella se miró a un espejo llamado Jean Pierre, ¿sabés? Y se vio horrible, desfigurada por una idiota ambición de ser provisoria en todas partes...


Mi hija volvió de París más loquita que nunca, Zuloaga. Cada día la entiendo menos. ¿Y vos, Fernando?


No contesté nada. Me limité a sentir su piel pegada a la mía. Seguía siendo alta, rubia, espigada, como antes, pero yo comenzaba a rogar que siguiera durándole ese deseo nuevo de alejarse de la lluvia...


IC 1973
ANDRES KLACIK
FIN

VAMOS AL CINE

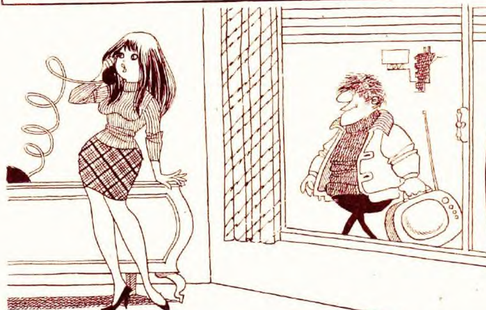
TEXTO: INÉS VILABOA - DIBUJOS: FERRONI (h.)



-A propósito,querida, ¿ mañana tu familia viene a pasar el día con nosotros?



-¿ Por qué eliges películas de terror, sabiendo que después tenemos que hacer todo esto?



-Te agradezco la invitación, Adela, creo que voy a ir al cine con Ernesto; dijo que hoy tenía deseos de ver una película.



-Sí, la película expone el problema con crudo realismo, pero lo que no he entendido es el problema.



-Quizás podamos entender mejor esta película dentro de unos años cuando la pasen por televisión.



-Dudo que hoy vayamos al cine, Dieguito; tu madre ha cambiado el tubo de oreja.

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES



Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

CON TODO EL AMOR DE LA VIDA

Dibujos de HAUPT











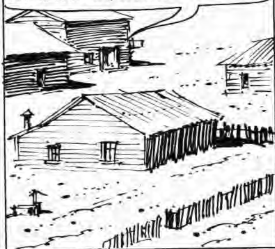




Pedro sentía un irrefrenable deseo de hacer algo, de cambiar sus destinos, de buscar otros rumbos, de crearse un universo nuevo, distinto al que tenían hasta entonces. Se lo propuso tímidamente a Nina, con los ojos un poco húmedos y la mirada un poco asustada.









Nina y Pedro viajaron hacia Arroyo Beta. Viajaron hacia la gran prueba del cariño que los unía, hacia la gran tragedia de sus mejores sueños de amor, hacia la gran lucha en la que los dos estarían solos.

Calculaban encontrar muchas dificultades, pero no tantas como las que tuvieron que enfrentar desde el primer instante. Llegaron cuando estallaba una terrible tormenta de viento.



Eran los días en que comenzaba la desilusión y la larga e inútil espera. Escaseaban los víveres. El oro había desaparecido de las costas. Los campamentos se transformaban en largas hileras de taperas abandonadas.



Nina y Pedro contaban con pocos elementos para hacer frente a la tarea que querían emprender. No los asustó el fracaso de los otros. Tenían fe en sus fuerzas y en esa suerte que siempre antes se les había negado. Pasaron dos semanas. Nacía la rebelión.





Es peligroso. El "Rumano" es capaz de corrernos a tiros de Winchester.




¡Vamos a trabajar en donde queramos...!
¡Guay del que quiera detenernos...!


Pedro Valdivieso comprendió que debía intervenir. Quiso hacerles entender que la violencia no llevaba nunca a buen puerto.


Usted es nuevo aquí. Usted todavía no está desesperado, todavía no tiene hambre. Todavía no se ha decidido a regresar derrota-do.


Pedro no supo qué responder y buscó entonces los ojos de Nina, buscó la mirada de Nina, su larga mirada azul para apoyarse en ella, para amapararse en ella, para calmar su desesperada sed en ella; pero no la encontró. Nina miraba a Sebastián.


Sebastián estaba solo. Era apenas un niño. Tenía la angustia de los niños solos.


Tenemos que pedir permiso para internarnos en el territorio del Páramo. El "Rumano"tiene que comprender nuestra situación. Vamos a hablarle.


Pero nadie lo escuchó. Ni Nina lo escuchó. Nina estaba mirando a Sebastián. Los mineros se internaron el el territorio del Páramo para lavar con sus "chayas"las arenas auríferas de los alrededores. La reacción no tardó en llegar.


¡Fuera! ¡Fuera...!


¡Lo están castigando! ¡Están castigando al mu-chacho...!
¿Qué hace, bárbaro? ¡Déjelo...!


¡Basta!
¡Auxilio! ¡Aquí!


¡Déjelo! ¡Será peor para todos! ¡Suéltelo!


Pero la advertencia de Sebastián llegó tarde. Los hombres que respondían a las órdenes del "Rumano"cargaron contra los mineros.


¡Usted tiene la culpa! ¿Por qué se metió. . . ?


Quise ayudarte. . .
Nadie se lo pidió. Ahora verá adónde vamos a parar todos. Aquí no se ayuda así. Aquí la ayuda se hace de otra forma. Aquí se mata para ayudar. Tuvo que haberlo matado.


Sos un niño, nada más que un niño. No puedes hablar de esa forma.
En este lugar no hay hombres, ni mujeres, ni niños. En este lugar hay viento y oro, hay fiebre de oro y tormentas, hay rabia de oro y odio.


¡Muchacho. . .!
Déjalo. Está envenenado.


No puedo dejarlo, por eso no puedo dejarlo. Tiene el alma enferma. Es un niño. Quizá sea el niño que siempre esperamos y que no vino. No puedo dejarlo así.


Nina corrió tras Sebastián. Pedro no la siguió sino después de un momento, cuando llegaron a él los helados estampidos de un tiroteo.


¡Nina. . .!




¿Qué ocurre. . . ?
Está herido.


La herida parece profunda.
¡Que no se muera!


Nina, no digas eso.
Que no se muera. Ruega que no se muera. No se nos tiene que morir. Es nuestro niño. Nuestro viejo niño. El tan esperado. . .


Comenzó a llover. Pedro cargó el cuerpo de Sebastián hasta su carpa. Nina no se movió de junto al lecho del muchacho. Vigilaba fervorosamsnte cada una de las contracciones de su pecho. La fiebre lo agotaba.


Tengo miedo. Tengo miedo, Pedro. Tiene las sienes calientes. ¡Que no se muera!


No se nos va a morir. Yo estoy rezando por él y por vos, y también un poco por mí, por lo poco que sé de los hombres, por todos los errores que cometo, por lo mal que hago de vivir sólo con mi corazón.


Mamá...


Aquel llamado encendía de angustia los ojos de Nina, los viejos ojos de Nina, los tiernos ojos de Nina. Tomó una de las manos del muchacho entre las suyas. Sebastián parecía tranquilizarse. Era como si se hubiera encontrado con un ser amado, aguardado a través de toda su inmensa fiebre.


Se muere.
No.


Es necesario quitarle la bala que tiene en el hombro.


En el lavadero del "Rumano" hay un médico. No podemos esperar más. Andá a buscarlo.


Pedro hubiera dicho muchas cosas, pero calló. Tuvo mucho miedo. No quería ser un cobarde. Le pudo haber explicado a Nina todo su terror y ella lo hubiera entendido. Pero ese muchacho se moría, se moría ese hijo de cualquiera que ahora era hijo del corazón de Nina.


Tomó un Winchester y salió en busca de un caballo. La tormenta era intensa. Truenos y relámpagos rompían a pedazos el horizonte. Pedro cabalgaba hacia el lavadero.


Había llegado a su destino. Debía actuar con cautela. El duelo era a muerte. De su vida dependía la vida de Sebastián. Tenía que sentirse capaz de enfrentar todos los riesgos para lograr la alegría definitiva de Nina, de su querida Nina, de su siempre amada esposa.


Logró llegar hasta el borde de la empalizada. Dio un salto. Ya estaba dentro del territorio prohibido.


Guardias a caballo recorrían lentamente las calles que cruzaban el lavadero.


La luz de un rayo le permitió descubrir un pequeño edificio que servía de enfermería. Ahí le resultaría fácil encontrar al médico o a alguien que lo orientara para poder llegar hasta él.


Iba a cruzar una calle cuando vio avanzar hacia él un jinete que se desplazaba lentamente. Estaba perdido. No podía dejarse vencer. Sebastián se moría. Nina lloraría mucho esa muerte y estaría triste.


Pedro alzó el rifle. Apuntó. Extendió la mano hasta alcanzar el disparador. Curvó el dedo alrededor del gatillo. Iba a disparar. El guardia avanzaba.


Pedro bajó lentamente el arma. El no era un criminal. No podía matar. No iba a matar.


¡Alto, o disparo...!


Pedro había sido tomado prisionero. A empellones fue conducido hasta un enorme edificio de madera que servía de cuartel general al "Rumano".


¡Boris Samerkic...!
¡Maestro...!


Boris Samerkic era uno de los tantos aventureros extranjeros que había llegado por aquellos días a nuestra Patagonia. Se lo conocía por el apodo de "Rumano". Había tenido suerte en encontrar importantes yacimientos de oro, situación que le permitió armar un verdadero ejército de mercenarios.


Boris Samerkic se sentía dueño y señor de aquella zona y no dejaba que nadie se aproximase a sus establecimientos y que nadie trabajase en lo que él había determinado, por propia cuenta, que era su territorio exclusivo.


Pero antes de lograr todo aquel poder y de atropellar con toda aquella prepotencia, Boris Samerkic había sido un inmigrante rumano que llegó a Punta Arenas muchos años atrás y conoció accidentalmente al maestro Pedro Valdivieso.


¿Qué hace usted acá? ¿Y su escuela...?
Cometí la tontería de dejarla y embarcarme en esta aventura descabellada.


Se acuerda, maestro, cómo discutíamos en la taberna de don Leandro...Yo me moría de hambre. Usted daba clases a un grupo de muchachos que vivía en los fondos de aquella pocilga. Usted les hablaba de amor y yo les gritaba que lo único importante en la vida es el poder del dinero.


¡Ahora soy rico...!
Era rico. Ya todos saben que no queda un gramo de oro en estas costas.


¡Eso es mentira! ¡Me respetan...!
Lo odian y le temen. Se lo ve muy viejo y muy triste, Boris Samerkic.

Cállese ya. Aquí se paga con la vida haber intentado robarme. Y usted entró en mi establecimiento a robar oro o comida, confiese.

Vuelve a equivocarse. Vine a buscar un médico. Alguien se muere en mi carpa. Se está desangrando.

¿Quién es? ¿Su hijo? ¿Su hermano? ¿Su socio? ¿Quién se le muere...?

No sé quién es. Parece un muchacho. Está solo y necesita ayuda.

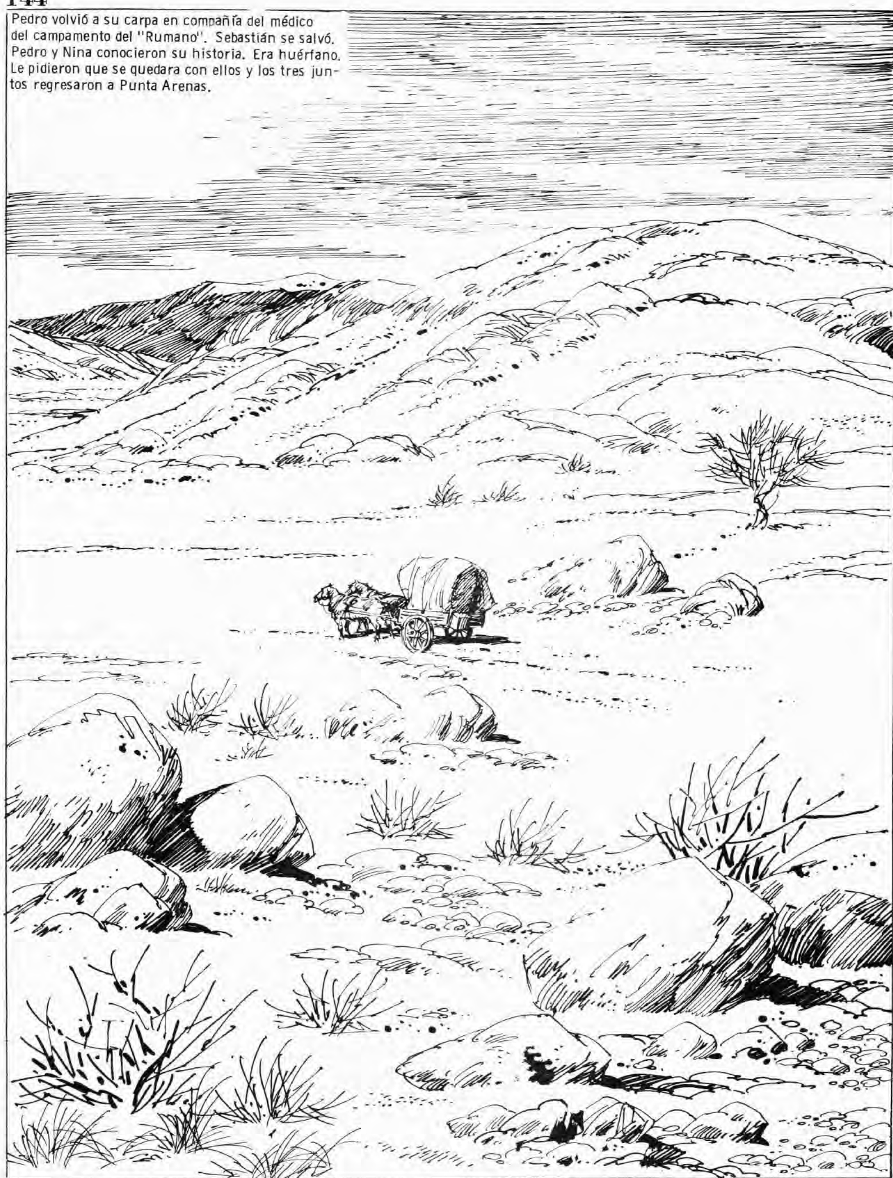
Boris Samerkic se sintió confundido. En todas la discusiones que había tenido con Pedro Valdivieso, el humilde maestro lo había vencido siempre. Ahora la actitud de aquel hombre bueno y simple lo desarmaba nuevamente.

¿Por qué se arriesgó a venir aquí a buscar un médico para un desconocido...?

Por amor.

Boris Samerkic calló. El maestro tenía razón. El maestro siempre tenía razón. Muchas veces Pedro Valdivieso había hecho callar al "Rumano" cuando discutían en la taberna de Punta Arenas. El maestro decía verdades que destruían a Boris Samerkic, que lo obligaban a pensar y a dejar de hacer las cosas que hacía, para hacer otras, que podían sorprender a todos y a él mismo.

Acompañen al maestro. Que el médico vaya con él. Y ahora déjenme solo. Por esta noche no quiero ver a nadie más.


Pedro volvió a su carpa en compañía del médico del campamento del "Rumano". Sebastián se salvó. Pedro y Nina conocieron su historia. Era huérfano. Le pidieron que se quedara con ellos y los tres juntos regresaron a Punta Arenas.





Boris Samerkic desapareció un día de nuestra Patagonia tan silenciosamente como había llegado, cuando perdió toda su fortuna y su poder. Pedro Valdivieso creyó verlo alguna vez en Punta Arenas, borracho y andrajoso, vagando por los muelles, pero era una imagen fugaz, un hombre que huía de los otros hombres, que estaba solo sin amor.

FIN

EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE



intervalo ALBUM

ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES
RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)



EDITOR RESPONSABLE
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.
SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas; de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable:COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos 45-1145 y 4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires.Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.



EL GRAN VALS









EL GRAN VALS

Una película M.G.M. - FOX,
dirigida por Andrew L. Stone.
Adaptación de Pier Michele.
Dibujos de Villagrán.

REPARTO

JOHANN STRAUSS (H) *HORST BUCHOLZ*
JOHANN STRAUSS (P) *NIGEL PATRICK*
JETTY TREFFZ *MARY COSTA*
BARON TEDESCO *ROSSANO BRAZZI*



Viena, 1845, los valses de Strauss. La ciudad a orillas del Danubio, la época romántica, la música inolvidable. Tales los elementos de una película brillante, basada en la vida de Johann Strauss, que atrapa al espectador en un torbellino de amores y de valses.

Desde luego, el sonido es uno de los elementos fundamentales de este filme sensacional: los valses de Strauss interpretados por orquestas espectaculares. Y esta dimensión no podemos ofrecérsela a nuestros lectores, lamentablemente.

Pero toda la sugestiva belleza romántica de aquella música puede ser hallada en las imágenes y el argumento de la película, y esto sí, vertido al papel a todo color, está impreso en las páginas que siguen para deleite de quienes sepan gustarlo.

Viena a mediados del siglo pasado. Cuando la alegre juventud de entonces deseaba inundarse de música y danzar elegía algunos de los brillantes salones. Por ejemplo el Zoegernitz...












¡Te opones porque celas del pequeño Schani! A pesar de sus diecinueve años posee talento y temes que empañe tu fama.
¡No quiero que mi hijo sea músico! Nos pagan mal y en las fiestas debemos comer con los sirvientes.


¡No lo ayudaré en nada que se relacione con la música! Y ahora déjame volver al salón.
De acuerdo, Johann. Yo me encargo de que él siga su vocación. ¡Muy pronto tendrás noticias al respecto!


Lo haré sola, Schani. Veré a Dommayer mañana mismo.
¡Es una locura! Contrata orquestas en su sala y yo no tengo ninguna.


La conseguirás, hijo mío. Con paciencia y ensayos formarás un conjunto que maravillará a los que vayan a oírlo. Ya empiezo a imaginar los anuncios... "El director y compositor Johann Strauss, hijo..."


¡Léalo usted mismo, amigo Strauss! Dommayer usufructúa su fama para el debut de Schani. ¡Fíjese en este volante que circula por toda Viena!


¡Han puesto "hijo" en letras pequeñísimas! ¡Cualquiera pensaría que soy yo quien dirigirá esa orquesta de improvisados y patanes!
Debemos hacer algo para desquitarnos. Hablaré con Haslinger, su editor.


El salón Dommayer estaba repleto el día del debut. Josef, el hermano de Schani, trataba de infundirle ánimos al nervioso iniciado...
¡Lo mejor de la ciudad está aquí! Hasta vino el barón Tedesco con la famosa cantante Jetty Treffz.


¿Estás seguro? Ese personaje sólo va adonde está lo mejor. Temo defraudarlo. A pesar de los largos ensayos, mis músicos son aún inexpertos.


El joven Strauss ha elegido mal la pieza inicial, querido.
Tienes razón, Jetty. Esta obertura suele tocarse en los teatros, con grandes orquestas. Auguro un desastre a sus quince músicos.


Hirsch y Haslinger estaban también allí. Cuando creyeron que el momento era oportuno...
Comencemos ya con nuestro plan.
¡Adelante, amigo mío!


¡Huuu! ¡Que bajen del escenario!


(El dueño del local donde actúa mi padre y su editor tratan de arruinarme. ¡No lo conseguirán!)


Detuvo la obertura y anunció, con voz que intentaba parecer serena:
Ahora tocaré una pieza que me pertenece. El vals, "Aceleración".


Las cosas cambian. Esta melodía es agradable y novedosa.
Comparto tu opinión, Jetty. La gente deja de abuchearlo.


¡Es maravilloso como ejecutante y como compositor!
(Usted también lo es, señorita Treffz. Me siento encandilado por su mirada azul.)


Alguien le avisó a Johann Strauss, padre. Corrió al Dommayer y se juntó a los curiosos que observaban y escuchaban desde las ventanas.
(Perfecto, hijo mío. Tu madre tiene razón: posees talento. Tu música me emociona. Y eso ya es mucho decir.)


¡Bravo, joven Strauss! ¡Bravo!
(Tu entusiasmo es desusado, Jetty. ¿Admiras al músico o al hombre apuesto que no despegó sus ojos de los tuyos en toda la noche?)


Cinco años más tarde, el rey agonizaba en su lecho de enfermo.
Schani está aquí, señor Strauss. Quiere verlo.
¿Le dijeron que la escarlatina que padezco es contagiosa, Hirsch?


No me contagiarás, padre. Necesitaba verte para agradecerte todo lo que has hecho por mí. Mi fama crece día a día.
No hice nada por ti, Schani. Y me arrepiento de veras.


Me contagiaste tu amor a la música y tu talento. ¿No es ésa la mejor herencia?
He de pedirte algo antes de morir: hazte cargo de mi orquesta. Llévala en triunfo por el mundo.


El te amó a su manera. ¿Te sientes capaz de tocar esta noche?
Lo haré en su homenaje, madre. Y con sus músicos.


Comenzó una época gloriosa. Recorrió Austria y llegó a San Petersburgo. Allí conoció a Olga Smirniski.
(Eres como tu música, Schani: maravillas, fascinas, llegas al corazón. Y entonces es imposible resistirse a tu embrujo.)


(La lluvia espanta al público. Pero ella queda allí, inmóvil, como un hada rodeada por una aureola luminosa.)


¿No temes pescar una pulmonía, Olga?
Nada temo a tu lado. Ni siquiera a mis padres que no ven con buenos ojos nuestra relación.




¿Qué haré cuando te vayas de Rusia?


Esperarme. Alguna vez volveré.
¡Has soltado las riendas, Schani! ¡Vamos a...!




Habría que estar tan loca como tú para creer en esa promesa de volver. ¿Cuántas siguen esperándote en vano?
La vida es una larga espera, Olga. ¡Disfruta el momento y olvídate del después!


Mi hermano es una hoja al viento, Caroline. Nada le dura. Pasa de un romance a otro y no piensa en el futuro.
Ahora trata de conquistar a Louise, pero se llevará un chasco con ella, Josef.

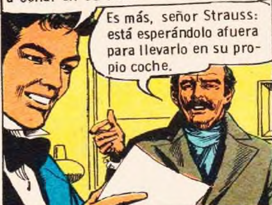

Mi hermano y su flamante esposa han tratado de persuadirme para que me case y siente cabeza.
Tienes veintisiete años, la edad propicia. ¿Qué te hace seguir soltero?


Las tentaciones como tú que me ofrece el mundo, Louise. Me gustas y...
¡Hola! ¿He llegado demasiado retrasado?


¡Albert!¿Dónde diablos estabas?
Con unos amigos en las cabinas bajas. Pero me deshice de ellos y vine a buscarte, Louise.


¿Lo ven ustedes? Cuando una muchacha me gusta de verdad, pertenece a otro.
No mientas. Schani. Sabías que ella estaba comprometida.


¿Cuándo tomarás la vida en serio?
No lo sé, Caroline. Acaso cuando mi corazón me ordene pensar en una sola mujer.


Sucedió poco después. Luego de tocar en un salón de Viena recibió una invitación...
¡El mismísimo barón Tedesco me invita a cenar en su casa!
Es más, señor Strauss: está esperándolo afuera para llevarlo en su propio coche.


Jetty ha quedado extasiada con su música esta noche.
Toca usted el vals mejor que su padre, joven Johann.


También lo bailo, señorita Treffz. Si usted y el barón me lo permiten, quisiera pedirle esta primera pieza.
Moritz suele ser muy gentil con sus invitados. ¿Te molestaría que aceptara?


En absoluto, querida. Strauss es nuestro huésped de honor.


Jetty es hábil, barón. Te lo preguntó de una manera que no dejaba posibilidad de negativa.
Sólo es amable con ese joven. Nada haría peligrar lo que existe entre ella y yo. Ni siquiera las conjeturas de gente como tú.


Me parece un sueño tener en mis brazos a una de las más famosas cantantes, señorita Treffz.
He dejado el arte para siempre, Johann. Ahora soy una simple mujer...


...que también cree vivir un sueño.


Fue inolvidable esa primera vez. Cuando el baile concluyó siguieron mirándose a los ojos, ante la creciente inquietud del barón. Días después...
¿Aún no estás listo para salir, Moritz?
He resuelto no ir a Bad Ischal, Jetty.


¿Por qué? El emperador nos invitó. El joven Strauss tocará para él en su casa de campo. No podemos desairar a ninguno de los dos.
Los preparativos del viaje a Londres ocupan mi tiempo. Pero si quieres ir sola...


Confiaba en que ella dijera no. Pero se equivocó. Jetty unió sus aplausos a los del emperador cuando Schani dejó de tocar su violín.
¡Magnífica interpretación, Strauss! Su música requiere ya los grandes teatros más que los salones de baile.
Me honran sus elogios, majestad.


El emperador tiene razón, Johann. Es usted un notable compositor. ¿Por qué no intenta el género de la opereta?
Dejo eso para los especialistas como Offenbach, Jetty.


Siento haberla llamado por ese nombre familiar. Debí decir señorita Treffz.
Lo dicho dicho está. Yo también quisiera llamarlo Schani, como sus amigos. He pensado mucho en usted.


Hermosa coincidencia. Desde aquel baile, en casa del barón...
Siga, Schani. ¿Qué pasó desde entonces?


¡Te necesito, Jetty! Estoy enamorado de ti.


Separó abruptamente el abrazo. Le clavó una mirada patética en los ojos azules y agregó:
Pero pertenece al barón.
Soy apenas su prometida, la mujer con la que piensa casarse y ofrecerle toda su riqueza.


Pero yo prefiero el amor, tu amor, Schani.




El día de la partida hacia Londres, Moritz Tedesco preguntó a su ama de llaves...
¿Dónde está Jetty, Hilde?
Aún no llegó, barón. Salió muy temprano esta tarde y...

Aquí estoy. Estuve en una fiesta de bodas con Johann Strauss. Acaso fue ese ambiente lo que apuró nuestra decisión.

¿Qué decisión?

Lo amo y voy a casarme con él, Moritz. Quise que fueras el primero en saberlo. A pesar de todo siento un inmenso afecto por ti.

Destrozas mi corazón, Jetty. Sólo puedo preguntarte una cosa: ¿lo has meditado? El no tiene mucho que ofrecerte y estás habituada al lujo y la mejor vida.

Además, tiene diez años menos que tú. Envejecerás antes. Eso es riesgoso con un picaflor como el joven Strauss.

Me arriesgo a todos los peligros. Nada me apartará de él.

Las sombras de la soledad y el desencanto ganaron los ojos del barón. Sintió ganas de gritar, de no dejarse robar lo que amaba, pero su generosidad pudo más que el despecho.

Bien, mi regalo de bodas será un cheque para que puedan enfrentar los primeros tiempos.

No. Quiero irme de ti con lo mismo que traje al conocerte: nada. Apenas he de pedirte algo: que nadie conozca la existencia de Karl.

De acuerdo, Jetty. Será un secreto que tú y yo compartiremos.

(Lo único que nos queda por compartir ahora.)

Josef trató en vano de hacerle comprender a su madre la situación.

Debes asistir a la boda. Schani sufre sabiendo que no ves con buenos ojos ese matrimonio.

¡Esa mujer es indigna de tu hermano!

Luego de esquilmar al barón Tedesco intentará hacer un pelele de Schani. ¡Vete ya con Caroline, Josef! Yo me quedo en casa.

Eres injusta, madre. Le amargarás el mejor día de su vida.

La puerta fue golpeada un rato después. Anna Strauss abrió y se sorprendió al verlo.

¿Qué hace usted aquí, barón?

Supe lo que pasa con usted, señora Strauss. Sólo vine a decirle que Jetty Treffz es una noble mujer que lo ha dejado todo por el amor de su hijo.

¿Absolutamente todo?

No quiso quedarse con una sola joya, con una piel, con nada de lo que yo le obsequié cuando fue mi prometida.

El sacerdote bendijo la unión. Schani puso el anillo en el anular de la novia y se besaron ante Dios y los hombres.

¿Aún sigues triste por lo de tu madre?

Sí, Jetty.











Un amigo, Weyl, se encargó de ello. O, mejor, indicó a su hija Lily que pusiera letra a esa melodía llamada "Danubio azul". Pero el día que se estrenó...

(El público se muestra indiferente. La canción no gusta.)


Lo siento, Schani. Fue un fracaso.
No importa, Lily. Tus versos son buenos. Me gustan a mí y eso basta. ¡No los cambiaré!


¿Te gustan los versos o quien los escribió, querido?
¿Otra vez haciendo tontas conjeturas, Jetty?


Lily Weyl es la hija de un gran amigo de mi padre.
Es algo más: una joven hermosa y alegre. ¿Comienzan a cansarte los diez años que te llevo, Schani?



La noticia los esperaba en casa. Josef estaba allí con Caroline. Tenía un telegrama en la mano.
¡Entérate, hermano! Te invitan a participar del festival de la Exposición Internacional de París.
¡Iré!


(Ir a París... Karl vive allá. Es un riesgo que no puedo correr.)
¿No compartes mi alegría, Jetty?


Fueron a París. "Danubio azul" volvió a ser interpretado allí. El éxito resultó espectacular.
¡Bravo!
¡Lo mejor que escuchamos en la exposición!


¡La gloria alcanza tu nombre, hermano! Tu editor ha recibido gran cantidad de pedidos de ese vals. ¡Serás millonario en cuestión de meses cuando se edite!
Gracias, Josef. Compartiremos la gloria y la fortuna.


Días después visitaban la exposición industrial. Jetty advirtió al joven que la llamaba. Sigilosamente se alejó de su esposo y...
Necesito hablarle, señora Strauss.


¿O debo decirte simplemente madre?


¿Qué quieres de mí, Karl? ¿Has gastado ya todo lo que puse a tu nombre cuando me abandonaste?


Quise ser independiente y fracasé. Estoy envuelto en un lío con la justicia y necesito cincuenta mil gulden. Tu actual esposo los posee, ¿verdad?


¡Vete ahora! Ya veré qué hago.


Sé que harás lo mejor, mamá. Si ese músico se enterara que ya estuviste casada una vez y que tienes un hijo, sabría todo lo vieja que eres y...
Adiós, Karl. Te haré llegar ese dinero.


Una tontería, sí. Casi un capricho de mujer vanidosa. Schani no debía saber que se había casado con una mujer viuda que tenía un hijo de diecinueve años. El barón Tedesco no había dado importancia a esa circunstancia, pero Schani era distinto.
Estás pálida. ¿Pasa algo malo?
No, querido. Volvamos con tus amigos.


¿Que faltan cincuenta mil gulden, contador? Es casi el dinero que recibí por la edición de "Danubio azul".
El banco me hace saber que fueron retirados la semana pasada, señor Strauss.


Schani la llamó enseguida. "¿Los tomaste tú?", preguntó. No pudo negarlo. Apenas se animó a inventar unos gastos inexistentes.
La nueva vida me obliga a comprar buenos trajes, sombreros, pieles. Los empleé en eso.


¿Te enseñó el barón a ser despilfarradora? ¿Aún no olvidas la vida rumbosa que llevabas con él, Jetty?
No discutamos eso, por favor. Yo...


No me esperes a cenar esta noche.
¿Adónde vas?


La discusión lo había descontrolado. Necesitaba consuelo y un buen trago de vino. La taberna que eligió tenía clientes conocidos.
¿Solitario cuando la gloria te inunda, Schani?
Hola, Lily.


¿Puedo acompañarte?
Hazlo. Pero recuerda que sólo vine a beber.


Estaba ebrio cuando salió. Lily llamó un coche, se sentó a su lado y trató de tender un puente entre los dos.
–Necesitas gente joven a tu alrededor. Mi padre me contó que tu mujer te lleva diez años. Eso quita inspiración a un artista.
¡Cállate! Amo a Jetty a pesar de todo.


¿Sábes qué busca ella de ti, Schani? Te usa para recuperar su perdida fama de cantante. Cuando termines de escribir esa opereta, "El murciélago", te obligará a exigir que sea ella quien la cante el día del estreno.


La duda le escarbó las entrañas durante días. Eludió encontrarse con Jetty mientras componía la opereta. Hasta que, al terminarla...
¡He concluído!
Sólo resta indicar el elenco para el día de la representación.


¿Pretendes ser tú la intérprete principal?
Eso arruinaría tu fama, querido. Pensé en Mary Stengenner, la nueva cantante. ¿Qué opinas de ella?


¡Opino que es maravilloso, Jetty! Confiaba en tí. ¡No podías fallarme! No es el interés lo que te ata a mí.
¿De qué diablos hablas?









Deja que ese canalla pague sus deudas con la justicia. Sigue el miserable camino de su padre. Es ése el dolor que quiero evitarle a Schani: el saber que su esposa es la viuda de un canalla.

Días después, alguien quiso ver a Johann Strauss en su oficina de Viena. Dijo a su secretario que lo hiciera pasar y...

¿Quién es usted? No creo haberlo conocido antes.

Vengo a subsanar esa omisión, señor. Soy Karl.



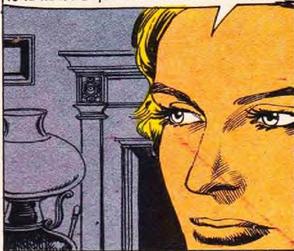







Una carta. "Barón Moritz Tedesco" dice el membrete. ¡Debí sospecharlo antes! ¡Has vuelto a verte con él!


¡Te desprecio, Jetty Treffz! ¡No eres más que una... !¿Tienes algo que decir en tu descargo?
Nada, Schani.


Sólo que me marcho de esta casa. Te devuelvo la libertad que reclaman tus insultos.


Josef llegaba en ese momento. Vio subir a Jetty a un coche. Y oyó el destino que le daba.
¡A la estación ferroviaria del sur!
(¿Qué diablos pasó con ella y mi hermano?)


¿Por qué se marcha, Schani?
Entérate tú mismo. Descubrí que ocultaba una carta del barón. Quizá regresa con él. Está sobre esa mesa.


Josef fue drástico. Abrió el sobre, vio el cheque y leyó la nota que lo acompañaba.
"A pesar de todo te adjunto lo que Karl te ha pedido. Entrégaselo y que se vaya de Viena para que tú y Johann sean felices..."
Entonces... ¡Lo que ese joven dijo es verdad!


Seguro, Schani. Te lo ocultaba por temor a que supieras que fue la esposa de un canalla que murió. Se lo contó a mamá en la fiesta de la boda...


Yo estaba cerca y lo oí. Ella te ama y sólo quiere tu dicha. ¡Corre a impedirle que se vaya! ¡Pídele perdón!
¡Lo haré!


Subía al tren cuando él la vio. El grito asustó a todos los demás, pero llenó de esperanzas el corazón de ella.
¡No te vayas, Jetty!


No debiste ocultármelo. Una vez, cuando te confesé mi amor, dije que te necesitaba. Me hubiese gustado saber mucho antes que también tú necesitabas de mí, de mi buen amor.
¡Schani!


Anna Strauss los acompañó cuando él fue invitado al Festival de la Paz Mundial de Boston. Allí, ante cien mil personas, tocado por una orquesta gigantesca el "Danubio azul" logró la inmortalidad que merecía.


¿Oyes los aplausos, madre? Johann Strauss, padre e hijo, se dividen los honores de esta consagración del vals que uno compuso y el otro arregló.
Sí, Schani. Todo está bien ahora. Eres lo que quise que fueras. Tienes la gloria que ilumina tu apellido.

Y, lo que es más importante, disfrutas el amor compartido, lo único que tiene valor para la íntima gloria.

FIN

YA SOY DELINEANTE...

... y de los buenos

Siempre había envidiado a los delineantes de la Oficina Técnica y deseado estar entre ellos... ¡Ya lo he conseguido!.. Seguí trabajando y estudié, en mis ratos libres, un Curso por Correo, con todas las garantías. Hoy soy feliz porque trabajo en lo que me gusta y mi situación económica es mucho mejor.

¡DIGA LO MISMO!

Usted obtendrá un

TITULO DE DELINEANTE

(DIBUJO TECNICO)

estudiando alguno de estos acreditados Cursos que le ofrece

ceac

GRAL. ARTIGAS 428 / BUENOS AIRES (S.6)

DELINEANTE MECANICO
DELINEANTE EN CONSTRUCCION
DELINEANTE GENERAL

ESTOS SON NUESTROS CURSOS

- Dibujo Artístico • Dibujo Humorístico • Dibujo de Chistes • Dibujo de Caricaturas • Dibujo de Historietas • Pintura al Oleo
- Delineante Mecánico • Delineante en Construcción • Delineante General
- Instalador Electricista • Montador Electricista • Maestro Electricista • Técnico Electricista • Iluminación Fluorescente
- Técnico en Motores • Mecánico de Automóviles • Mecánico Diesel • Electricidad del Automóvil • Localización de Averías
- Técnico Mecánico • Maestro Tornero • Maestro Fresador • Maestro Ajustador • Técnico en Soldadura • Maestro Soldador • Encargado Mecánico • Selección y Empleo de Ajustes y Tolerancias • Verificación y Medición Mecánica
- Decoración del Hogar • Decoratión General
- Técnico en Construcción • Maestro Albañil

solicítenos folletos explicativos en colores, sin ningún compromiso para Vd.

GRATIS

UNA SIMPLE ESTAMPILLA DE CORREO y este cupón puede ser el principio de una vida mejor para Ud. y para los suyos. Mándelo HOY MISMO, pues a nada se compromete:

Me interesan folletos de los Cursos de: ______________ *DEL* 36

NOMBRE ______________

DIRECCION ______________

LOCALIDAD ______________

GRAL.ARTIGAS 428/DPTO.34 L/BUENOS AIRES (S6)

No es obligatorio enviar este cupon. Puede escribir mencionando la revista y fecha o número.

Impreso en BLONDATEX - Agosto 7, 1973

Argentino Correo Central B	Franqueo a pagar Concesión Nº 372
	Tarifa Reducida Concesión Nº 2761